

AMENIZANDO EL TIEMPO

LAURA ISABEL MONTOYA HOYOS

Catalogación en la publicación – Biblioteca Nacional de Colombia

Montoya Hoyos, Laura Isabel

Amenizando el tiempo / Laura Isabel Montoya Hoyos. -- 1a. ed.
-- [Medellín] : L. I. Montoya Hoyos, 2019.

300 C:\Users\Pedro Tavares\Desktop\Autores Editoriales\Servicios Editoriales\Laura Montoya\diagramacion\v2p.

Incluye datos biográficos de la autora.

ISBN 978-958-48-2452-3

1. Cuentos colombianos - Siglo XXI I. Título

CDD: Co863.5 ed. 23

CO-BoBN- a1043770

Amenizando el tiempo

Laura Isabel Montoya Hoyos

Corrección de estilo

Juan Carlos Pérez

Diagramación

Giancarlo Moratti

Diseño de carátula

Jéssica Carvalho

ISBN 978-958-48-2452-3

Primera edición: junio de 2019

lauramontoyah@une.net.co

www.elblogdelauramontoya.com

Obra independiente

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Impresión y distribución

autoreseditores.com

DEDICATORIA

A Dios, a mi madre Laura, mi esposo y mis hijos. A Matías y María del Mar. Los amo más, de lo que las palabras pueden expresar.

PRÓLOGO

Distraerse, pasar el tiempo, amenizar los momentos de la vida. Para eso, se ha escrito estos 24 relatos cortos, todos diferentes en su esencia, pero encaminados a que el lector pueda bucear en cada uno de ellos y encontrar un espacio para entretenerse, relajarse y amenizar el tiempo.

ÍNDICE

Dedicatoria	5
Prólogo	7
El Mutante	11
Un viaje a lo desconocido.....	21
La hormiguita que dejó de ser invisible.....	33
En otro Cuerpo	45
Ataque de Pánico.....	55
Fuera de Tiempo	69
Hilos Invisibles	81
El Habitante de la Tierra sin nombre	93
Desalojo.....	105
Hermanas por siempre.....	119
Más allá de la muerte.....	135
En busca de Paz.....	147
La desnarigada.....	159
El niño que quería ser bombero	171
Tentáculos Ocultos.....	181
Un año sabático	195
La entrega del Hombre más buscado.....	205
Evocación	217
El hombre sin años	225
Solo Mía.....	241
Capricho del destino.....	253
El muerto Viviente	267



EL MUTANTE

Era una tarde de sol, los rayos iluminaban aquel recinto donde Isis dio a luz a su pequeño Adom. Un unicornio blanco, de pelaje brillante y fino y unos ojazos azules con los que iluminaba el mundo. Isis llevaba varios días tratando de dar a luz, se encontraba sola, en un país de Sudáfrica por el distrito de Maseru, cerca de Semonkong, una pequeña ciudad en el centro de Lesotho. Allí, se revolcaba entre la inmensidad de esa tierra verde, en su mayoría rocosa, donde el sol no alcanza a llegar a la parte inferior. Intentaba mostrar al mundo su primogénito. Decían que Isis era inmortal, sin embargo, cuando se oyó el estridente rugido con el que por fin parió, se escuchó un eco que se fue perdiendo entre la densa niebla y exhaló su último suspiro, pero le dejó al mundo su pequeño bebé unicornio.

Con el nacimiento de Adom, la tierra se volvió más fértil, y los días adquirieron cierto tono dorado, el sol se hacía más brillante, incluso penetraba hasta las profundidades donde antes no llegaba.

Adom, poco a poco se fue convirtiendo en un ser independiente y solitario, bastante hábil, reservado y analítico. Él, sabía que no era un unicornio cualquiera, sino que estaba dotado de talentos excepcionales. Todo el mundo le atribuía poderes mágicos, pues podía curar las heridas de cualquier persona o animal con el simple roce de su cuerno. Sin embargo, no estaba dispuesto a mostrarse tal como era, escondía con sigilo esa parte que, para él, debía defender con uñas y dientes, ya que sentía que era la herencia que su madre le había dejado al morir.

Lo imaginario es tan real como la vida misma, y aunque Adom, no entendía esa extraña condición con la que había llegado al mundo, se permitía ser así, hasta que llegase el momento en que debía mostrarse como lo que realmente era, por ahora él no se preocupaba no existían afanes.

Adom corría, cabalgaba mostrando su blanco pelaje por todas esas tierras, se sentía libre, le gustaba ir a beber especialmente a la cascada Maletsunyane de 192 metros de altura ubicada en el pequeño país africano de Lesoto donde había nacido, ese era su lugar preferido.

No conoció a su madre, pero la podía ver cuando visitaba su tierra, se asomaba desde lo alto donde comenzaba a nacer el agua, desde allí, podía ver a Isis, quien desde el más allá, cuidaba de Adom, se comunicaba a través de su cuerno con él, y le decía que estaba predestinado para grandes cosas.

Un día, cuando estaba en la cascada, con su cabeza erguida bebiendo de esas aguas cristalinas, emergió de allí una Elfa. De su cabeza se desprendía un hermoso rayo plateado, el cual expedía una luz enceguedora, además de su particular rayo, su cuerpo tenía dos alas luminosas, no era un espíritu, ni un ángel. No era humana. Adom quedó pasmado ante su belleza, pero a él no le gustaba que lo vieran, era reservado y temeroso, por eso salió al galope con todas sus fuerzas, sin embargo ella lo siguió, sabía que estaba destinada para él, y que era el único que podría conducirla hasta la luz, por eso lo seguía. Antary no quería perderlo de vista. Por más que Adom galopaba, sentía cerca la presencia de ella, la sentía pegada a él, era imposible no percibir su rayo de luz y las alas que parecía que lo

envolvían. Paró en seco y se encontró que a través de esos rayos de sol que se colaban entre los árboles, Antary lo miraba fijamente.

—¿Quién eres? —le preguntó Adom.

—Soy Antary. Me gusta acercarme a ti. Hace mucho que te observo, solo que tú no te percatas de ello. Solo hasta hoy, notaste mi presencia.

—¿Qué quieres?

—Soy un espíritu superior. Como puedes ver mi apariencia es casi humana, pero no lo soy. Conozco los poderes de tu cuerno y todas las capacidades con las que has llegado a este mundo, por eso te sigo. Tienes una misión que debes cumplir y yo tengo que hacer que se cumpla. El bien y el mal están en lucha permanente, y tú Adom, debes ir al mundo de los humanos, generar una nueva forma de vida y demostrarles que "Sólo una cosa hace un sueño imposible: y es el miedo al fracaso".

Adom, se quedó pensativo, no podía creer lo que oía, no podía ser cierta tal aseveración. Su mundo era ese en el que había nacido y crecido, y allí, era donde estaba su destino.

—¿No te has preguntado por qué tu cuerno se ilumina de manera especial?, ¿por qué a veces sientes que tienes que romper los antiguos esquemas?

—La verdad, no. Así he crecido. Para mí es algo natural —le respondió Adom.

—La maldad es imposible hacerla desaparecer por mucho que queramos, pero tú, debes intentarlo. Isis tu madre te lo pide, debes transformar la humanidad, transmutar la infelicidad de la tierra, estás dotado con una intuición que nadie posee, tienes el don de la telepatía, cualidades para predecir el futuro, además, con tu cuerno tienes el don de la sanación. Si tú accedes, la vibración de la tierra aumentará y esto llevará a que haya un nuevo estado de conciencia. Nada te hará entender, nada te hará comprender, solo tu fe, y la decisión de hacer lo que te pido, te llevará a poseer la fuerza vital que necesitas para pertenecer a ese nuevo mundo. Al principio, serás como un animalito al que sacan de su entorno natural, pero pronto, tendrás la capacidad de discernirlo todo y comenzar tu misión. Los humanos deben apren-

der a curar el alma antes que el cuerpo, la vida se hace fácil cuando se cree en la magia, por eso, para ti, será sencillo. Solo tienes que creer.

—¿Tú estarás conmigo? —preguntó Adom.

—Si voy contigo dejaré de ser quien soy. Perderé todos mis poderes y dejaré de existir —respondió Antary.

—Pero, solo no puedo. No quiero ir a ese mundo mágico del que me hablas, si tú no vas a estar conmigo. Serás la fuerza que necesito y la que me dará el valor para hacer lo que me pides.

Todo se iluminó, apareció la imagen de Isis en el cielo, un rayo enceguecedor cayó, y, pudo ver como Antary se desvanecía, convirtiéndose de repente en Isis su madre. Adom quedó estupefacto.

—¡Madre eres tú!

—Sí, yo soy. Desde el momento en que naciste yo sabía que esto ocurriría, por eso, al parir, te entregué mi vida, para dejarte ser y transferirte el poder que tienes y que hoy, debes usar, si queremos que el mundo de los humanos siga. El odio y el desamor se apoderó de la tie-

rra, la gente no vive en armonía, y poco a poco se auto destruyen unos a otros, así que Adom, hijo, es tu hora.

Un resplandor iluminó todo el lugar, Adom sintió que se moría, de su cuerpo salieron dos alas con las que se elevó hasta el infinito, de pronto se desintegró en mil partículas todo quedó negro. Era definitivamente el final.

Eran las 6 de la tarde, en el hogar de Octavio y Lucia nacía un niño con unos enormes ojos azules. Ellos no podían tener hijos y desde hacía muchos años estaban esperando ansiosos que un milagro sucediera. Ese día había llegado, Dios les mandaba ese ser que con tanto amor habían estado esperando. Lo llamaron Adom. Sus padres se sentían felices. Lucia exclamó: *¡Adom, has llegado producto de un milagro a nuestras vidas! ¡Eres la luz que iluminará al mundo!*



UN VIAJE A LO DESCONOCIDO

El autobús, iba tan veloz como una ráfaga. Eran las 8 de la mañana y Clara tenía su mirada fija en el horizonte y su iPad en la mano. Solo se escuchaba el sonido de los disparos, al paso que iba tomando las fotos por la ventana del autobús, donde 25 personas comenzaban su viaje en un tour por toda Europa. Estaban felices, todo era desconocido para ellos, las expectativas eran muchas y poco a poco todos se fueron haciendo amigos. Clara, continuaba su viaje en silencio, ensimismada, cabizbaja, pendiente solo de la ventana y de sus fotos, no hablaba con nadie, estaba imbuida en sus pensamientos, parecía que se buscaba a ella misma, o buscaba su alma que se había quedado perdida en ese infinito que se divisaba a lo lejos.

El bus hizo su primera parada, toda la excursión se bajó como de costumbre a almorzar en uno de los restaurantes del camino. Era muy extraño, todos viajaban con compañía y Clara permanecía sola y en silencio. Era un viaje demasiado largo para una mujer de más de 70 años que se aventuraba a una experiencia donde las jornadas eran ex-

tenuantes y bastante agotadoras. Había que lidiar con el equipaje, la comida, los horarios, subir y bajar maletas a diario y Clara, ya estaba bastante entrada en años para ese agite. Siempre vestía con falda larga que le llegaba a su tobillo, camisa blanca de puño, los botones de su blusa hacían una hilera formando un camino que se extendía hasta su pubis, se notaba débil, con su cuerpo encorvado, su pelo largo, amarrado con una trenza, su piel seca y ya bastante ajada por el paso del tiempo, su aspecto parecía el de una monja y así la habían apodado sus compañeros. Al verla tan sola, Elena se le acercó.

—Hola Clara, ¿cómo te ha parecido el viaje?

Clara la recibió de manera amable pero parca, parecía que no le interesaba intimar con nadie y mucho menos, sostener conversación alguna.

—Me ha gustado mucho. La verdad, hacía muchos años que había querido venir y recorrer Europa, pero no había sido posible. Mi esposo, falleció hace 6 meses, y yo tuve recientemente un derrame cerebral, que me tuvo mucho tiempo limitada, así, que tan pronto pude y me sentí

bien, decidí viajar sola, y después de que el tour llegue a su fin, seguiré a Croacia a pasar unos días con mi hermano.

—Cuánto lo siento Clara, debes de haber quedado muy sola.

—Me quedaron mis tres hijos, Marco, Manolo e Isaac, mire aquí tengo las fotos de ellos. Se las enseñó en su iPad, el mismo con el que se dedicaba a hacer ráfagas. Ellos ya están muy grandes y cada uno tiene su vida hecha.

—Adelante Clara, eres de admirar. La verdad es que nunca es tarde para cumplir los sueños. En todo caso para que no te sientas sola, cuenta con Carlos mi marido, y conmigo. Estaremos siempre ahí para ayudarte si necesitas algo o hacerte compañía.

—Muchas gracias. Lo tendré en cuenta. Son todos muy queridos.

—Carlos, acabo de hablar con Clara, y, la verdad quedé con más dudas que antes, hay algo muy extraño en ella que no logro entender.

—Por qué, ¿te dijo algo?

—Su historia no es nada convincente, me dijo que recientemente había tenido un accidente cerebral el cual la había mantenido inmóvil mucho tiempo, incluso, había estado en cuidados intensivos varios meses.

—¿Y entonces qué hace aquí?

—No sé, es bastante curioso. Me dijo que ella no había atravesado el túnel, porque todavía le faltaba una misión que debía cumplir en la vida, y eso hizo que volviera de regreso.

—¿Y cómo es que sus hijos le han permitido hacer este viaje sola?

—Sí, es bastante inusual, ¿verdad?

El autobús retomó su rumbo. El Tour seguía su ruta, a través de las ventanas, se divisaban hermosos paisajes, pastizales verdes que se extendían en el horizonte, Sembrados inmensos de girasoles que despertaban la sensibilidad de todos los viajeros, todo un ritual de belleza y perfección, era imposible no extasiarse ante semejante belleza.

Todo el grupo se dedicaba a hacer bromas, reír, y disfrutar del paisaje. Clara no musitaba palabra, lo único que hacía era tomar y tomar fotos desde su ventana, tenía un aura de misterio que cada vez despertaba más interés entre el grupo. Además, era impredecible, de pronto expresaba repentinamente una opinión sin que nadie se lo pidiera. Ya todos comenzaban a rumorar y a especular sobre su presencia: ¿quién era, por qué estaba allí, realmente cuál era su objetivo, sería una espía? ¿Pero espía de qué? Más de uno quería descubrirlo, por eso, la atención de todos se concentraba en ella y su misterio.

El autobús se detuvo y el guía invitó a que todos se bajaran para hacer el recorrido. Uno a uno fueron descendiendo del autobús, allí se imponía la torre Eiffel, símbolo de París, la gente estaba maravillada, era el sueño de más de uno situarse allí. Todos posaban, unos les tomaban las fotos a otros, Elena se acercó a Clara.

—Clara yo te tomo la foto junto a la torre.

—Muchas gracias Elena. Van a creer que yo no estuve aquí, pues no estoy en ninguna foto.

Le entregó el iPad a Elena, quien procedió a tomarle la foto. Todos se rieron ante el comentario.

Por primera vez, se le oía decir algo, que incluso, sonó gracioso para el resto del grupo.

—Ya era hora de que musitara alguna cosa nuestra querida Clara, respondió con gracia Carlos el marido de Elena.

—Clara revisa la foto, para ver si te gusta. O si no, te tomo otra, no hay problema.

Pero cuál no sería la sorpresa de Elena, cuando al verla se dio cuenta que Clara no aparecía en la foto. Elena se asustó.

—¡Dios que mala fotógrafa soy! Tomé la foto a la torre y no a ti. Ven yo la repito de nuevo.

Clara sonrió y contestó:

—No te preocupes Elena, lo importante es la intención, ya me tomarás otra más adelante.

El viaje continuó, todos se subieron al bus. Elena se sintió mal por no haberle tomado la foto a la pobre Clara. Todos estaban cansados, y uno a uno se fueron quedando

dormidos. Esas interminables jornadas para llegar de un país a otro, dejaban grandes espacios de silencio. En el ambiente solo se escuchaba el clic de las fotos que incansablemente tomaba Clara.

El viaje pronto llegaría a su fin, llevaban tantos días juntos que habían hecho diferentes amistades y querían continuar sabiendo los unos de los otros. Intercambiaron teléfonos y mails para contactarse después, habían conformado un lindo grupo, prácticamente una familia. Clara, aunque nunca logró socializar con todos, incluyó también sus datos. El último día se reunieron y cenaron todos juntos, compartieron unas copas de vino, le dieron un regalo al guía como era la costumbre e intercambiaron experiencias del viaje entre todos.

Carlos se paró y dijo:

—Tomemos una foto para la posteridad.

Le pidió el favor a un camarero para que no quedara nadie por fuera. Uno a uno fue pasando su cámara para que la foto fuera tomada.

Durante muchos años el grupo se seguía reuniendo para mantener los lazos de amistad, es más, después hicieron muchos viajes juntos, se había conseguido formar una hermandad que había permanecido a lo largo del tiempo y siempre el tema que trataban era el mismo. Recordar a Clara, pues después de que todos llegaron a casa y miraron las fotos que habían tomado con sus cámaras, notaron que Clara no aparecía en ninguna de las fotos del grupo. Cuando vieron esto, entre todos se llamaron, estaban asustados. Los que ni siquiera se habían percatado de su ausencia, terminaron impresionados ante este enigma. Como Elena tenía el teléfono de Clara, llamó a su casa para ver cómo se encontraba después del viaje ya que ella había seguido para Croacia a visitar a su hermano.

—Buenas tardes, ¿quién habla?

—Habla Manolo.

—¿Qué tal Manolo? ¿Me puedes comunicar con tu madre?

Manolo sorprendido le pregunta:

—¿Quién la llama?

—Soy Elena, una amiga de tu madre, pertenezco al grupo que viajó con ella a Europa hace unos meses, y como no hemos sabido cómo le fue a Clarita, ya que ella siguió hasta Croacia, quería hablar con ella. ¿Me la puedes pasar?

Manolo estaba pasmado. No entendía para nada lo que escuchaba al otro lado del teléfono. Sorprendido le respondió:

—Oiga señora, usted debe estar equivocada. Mi mamá murió hace ya más de tres años, no puede haber viajado con ustedes.



LA HORMIGUITA QUE
DEJÓ DE SER INVISIBLE

Pancracia, nació en un hormiguero común, era retraída, ensimismada, prácticamente nadie notaba su presencia, se podría decir, que era invisible ante los ojos de los demás. Cuando Pancracia nació, su mamá, centró toda su atención en ella. Su padre, tal, como suele suceder con las hormigas, falleció, poco después de haber entregado la carga genética a su madre la Hormiga Reina.

Pancracia creció muy sobreprotegida y no desarrolló su instinto de defensa, siempre tenía quien cuidara de ella. Su niñez fue triste, sin brillo y sin amigos. Creció acompañada solo de las hormigas adultas, pasaba sus días sentada mirando ese mundo que estaba allá afuera y que ella veía maravilloso lleno de brillo, pero por miedo, prefería no conocerlo.

Un día, Pancracia sintió que no podía seguir así. Eso no era lo que su madre hubiese querido para ella. Así, que le hizo una promesa a su memoria.

—Creo que ha llegado la hora, de salir al mundo. No puedo seguir aquí, hastiada de la vida que llevo y no hacer

nada. Prometo por la memoria de mi madre que alcanzaré la más alta montaña, cueste lo que me cueste. Me aburrí de ser invisible ante los ojos del mundo.

Salió de su guarida, y se propuso luchar por sus sueños y por ser alguien y triunfar en la vida.

Formó su propia colonia de hormigas, quería que su hormiguero fuera el más valioso y el preferido por todo el reino, así que decidió construir su imperio. Se dedicó a trabajar sin tregua, con mucho entusiasmo, aunque todavía, llena de miedos y prejuicios.

Panracia se esmeraba por sobresalir, pero su inseguridad era notoria, tanto, que las demás hormigas la acechaban para ver cómo la sacaban del medio. Sin embargo, ella se sobreponía, sabía que los límites estaban en su mente y que tenía que ser arriesgada si quería alcanzar lo que se había propuesto. Comenzó a trabajar con mucha dedicación, hasta que se fue ganando por mérito propio, el respeto de toda la colonia.

Había dentro del Reino de las Hormigas, una Hormiga llamada Griselda, quería destruirla a toda costa. Ape-

nas se percató de su existencia, decidió atacar con intención de desaparecerla, pero Pancracia no perdía energía respondiendo agresivamente a todos los ataques que esta le prodigaba. Por el contrario, se hacía la desentendida y se dedicaba a recolectar comida, cuidar la prole de la reina, construir el hormiguero, proteger a la comunidad y realizar muchas otras labores con esmero. Así, que pronto se hizo querer de todas las demás compañeras hormigas.

Pancracia, era discreta y reservada, se esforzaba por superarse y salir adelante, prefería mantenerse oculta, pues sabía que la envidia podía acabarla. Además, la hormiga Griselda estaba a la expectativa y al mayor descuido ¡¡ZAS!! Se la devoraba. Por eso, iba lento pero aplastante, no quería que la vieran, ni siquiera que se acordaran de que existía. Su reconocimiento fue siendo notorio y poco a poco, todas las hormigas que antes ni siquiera se percataban de su existencia, comenzaron a notar su presencia y a hablar de los logros que Pancracia cada día conseguía, porque todas sus acciones eran victoriosas. Poseía un talento sobrenatural, los comentarios

no se hicieron esperar y todo el mundo comenzó a hablar de ella.

—¿Cómo así que Pancracia se convirtió en Reina? Pancracia es una hormiga insignificante, escuálida, debilucha, ni suena, ni truena. Nunca antes se había escuchado hablar de ella —murmuraban las demás hormigas entre ellas.

La Colonia de Pancracia fue creciendo y muchas se fueron uniendo a ella, pero también fueron saliendo nuevos enemigos. Hormigas envidiosas que querían destruirla, pero las acciones de Pancracia eran nobles, no quería hacerle el mal a nadie, ni tener ningún tipo de enfrentamiento, por eso, ignoraba lo que decían y seguía trabajando duro y en silencio, sabía que si se enfrentaba a la ira y la envidia de Griselda y sus secuaces terminarían por acabarla.

Dentro de las colonias ya había mucha competencia, y la situación de trabajo se hacía cada vez más difícil para las hormigas. La Colonia de Griselda cada día se fortalecía con manejos sucios y competencia desleal. Su único objetivo era acabar a Pancracia, pero esta no daba su brazo a

torcer, y como en la guerra, salía con su ejército siempre llevando el báculo adelante. Pancracia, se llenaba de un valor que era desconocido para todos, ella no respondía agresivamente a todos por igual. Su respuesta dependía de la gravedad de la amenaza y sin miedo, daba la pelea. Estaba segura de sus capacidades y de que nada, ni nadie, podía derrotarla. Tenía una sobreprotección del universo, que solo ella en su interior entendía, por eso, estaba segura de que derrotaría a Griselda y a todos cuantos trataran de acabarla. Muy orgullosa y con voz fuerte proclamaba:

—A palabras necias, oídos sordos. ¡Yo me tengo confianza! Pronto todos oirán hablar de mí.

Pancracia, era una hormiga rojiza, vivaracha, de ojos saltones, para ella, prima el bien común, sobre el bien individual, pero quizás, la particularidad más sobresaliente de ella era el gran poder de comunicación que tenía con sus demás compañeras hormigas. Tenía la habilidad de comunicarse mentalmente, para alertar a su colonia, cuando había situaciones de peligro. Su astucia y su capacidad organizativa le otorgaban una habilidad única. El orden, la

laboriosidad, lo previsor que era y su instinto social, la hacían una hormiga muy especial y a pesar de ser pequeña, era una hormiga muy llamativa, que sobresalía entre las demás, por su humildad y su coraje. Hacía su trabajo sin meterse con nadie y no se jactaba de su sabiduría. Poseía una mandíbula poderosa y con ella defendía su hormiguero, atrapaba el alimento para todos, cargaba y transportaba materiales para la nutrición de su colonia. Ella sabía que de ella dependían por eso, no podía desfallecer.

El hormiguero de la colonia de Pancracia pronto se convirtió en una súper colonia llena de hormigas, moviéndose en todas las direcciones. Su actividad estaba siempre dirigida a un propósito, aprovechando bien el tiempo con el fin de conseguir los frutos que harían que la colonia fuera una de las mejores del Reino. Todas las hormigas tenían un rol definido en la comunidad y sabían lo que tenían que hacer, por eso unidas, conseguían todo lo que se proponían.

Cada hormiga miembro del equipo, debía tener claro cuál era su función y cómo ésta contribuía a alcanzar los

objetivos de toda la comunidad, de tal forma, que pudieran enfocarse en los logros y los objetivos del grupo.

Griselda seguía dibujando su plan maléfico, se dispuso a sacar toda la artillería, concentró todos sus esfuerzos para destruir a Pancracia, quería sacarla del medio como diera lugar, no escatimaría esfuerzo para hacerlo, ese era su propósito y tenía que conseguirlo. Ella era la Reina, y quería seguir siéndolo por siempre. Griselda era una hormiga sin escrúpulos y quería ser la líder costara lo que costara.

Pancracia se sentía desfallecer, estaba en uno de esos días en que todo parece terminar, creía que sus fuerzas se iban acabando, eran muchos los problemas que tenía y ya se sentía sin alientos para seguir luchando. Se sentó a mirar por la ventana, el día estaba gris como estaba su alma, hacía mucho frío, prendió la hoguera y con el cansancio del día cayó dormida profundamente.

Ya comenzaba a despuntar el día, se veía un halo de luz entrar por las rendijas del hormiguero, se despertó cuando sobre su cabeza la golpeó un papel. Era un mensaje de

Griselda que decía: “Querida Pancracia, te espero hoy, a las 4 de la tarde en el Rosal Robledales, es hora de que limemos asperezas, nos vendrá bien tomar una taza de té de jengibre con limón”.

Pancracia pensó en voz alta:

—Este es el momento para reconciliarnos, en este mundo hay espacio para todos.

Decidida fue a su encuentro, sin imaginarse que Griselda había preparado una trampa mortal para ella.

¡La bondad de Pancracia no tenía límites y todavía creía que era posible confiar! Creer en la gente y hacer la paz. Pancracia llegó al Rosal, y ya Griselda la estaba esperando.

—Hola amiga Panca, ¿cómo has estado? ¡Qué bueno verte!

—Hola Griselda, ¡cómo estás de bella! —le respondió Pancracia.

Se acercó, y pudo ver cómo lucía sus mejores galas. Vestía de blanco, y desprendía un olor fuerte que se alcanzaba a sentir en toda la colonia, era un olor penetran-

te a vinagre y menta, y en su rostro se dibujaba una amplia sonrisa.

—Gracias, Pancracia. Definitivamente, tú y yo, somos un equipo y juntas tenemos que seguir haciendo crecer este reino.

—Obvio querida amiga. La unión hace la fuerza dicen por ahí.

Pancracia protegida por esa magia universal que ni ella misma comprendía, tan pronto la vio, supo descifrar en los ojos de Griselda que ese brillo no era de bondad, ni de amistad, ni de acercamiento, sino más bien de maldad, envidia y soberbia. ¡Era claro Griselda quería hacerle algo! Pero, ¿qué era lo que se proponía?

Ese olor, poco a poco se fue haciendo más intenso, Pancracia se sintió aturdida, pero en medio de su letargo, pudo darse cuenta que Griselda estaba esparciendo este aroma a diestra y siniestra, quería envenenarla. Ella, era alérgica al vinagre y a la menta. Pronto se fue sintiendo mareada, y sin poder respirar. Griselda creía tenerla dominada pero la realidad era que Pancracia era muy apre-

ciada y ya algo así se veía venir, por eso, toda su colonia había ido a acompañarla sin que ella se diera cuenta, sabían que de Griselda no podía esperarse nada bueno, así que la enfrentaron y entre todos la amenazaron que la llevarían a la corte.

La Hormiga Griselda humillada y sin fuerzas tocó retirada, ya todos le conocían sus mañas y poco a poco ella misma, fue perdiendo la credibilidad y la confianza de quienes la conocían, por eso, decidió quedarse para siempre en el exilio.

A partir de ese momento, Pancracia fue nombrada Reina de toda la Colonia. Era respetada y admirada. Con su humildad, su inteligencia y sabiduría había sabido derrotar a la malvada Hormiga Griselda.



EN OTRO CUERPO

Era un día soleado de abril, se sentía correr la brisa por todo el pueblo de Puerto Escondido, una población pequeña de un puerto mexicano que poco a poco se fue extendiendo debido a que grandes inversionistas fueron llegando para establecerse allí y montar sus negocios.

Alejandra Valverde, regresaba a la ciudad que la vio nacer y que había dejado junto con sus padres hacía 25 años.

Alejandra de niña solía correr por las playas junto a su amiguito del alma José Vallarta. ¡De chicos eran inseparables! La sombra el uno del otro, pasaban largas horas en el mar, cogiendo caracoles, saltando entre las olas, subiéndose a los árboles para derrumbar uno que otro coco, y desde allí, le tiraban matorrales a cuanto transeúnte pasaba, para reírse después a carcajadas de cuanta maldad se les ocurría.

Alejandra se había ido de la ciudad a los 7 años y nunca se volvió a ver con su amigo de infancia quien marcó su vida para siempre.

¡Sonó el despertador!

—¿Qué hora es? —se preguntó Alejandra bastante inquieta.

Estaba muy ansiosa, sabía que había llegado el gran día. Hoy, ¡por fin! se uniría al amor de su vida, había esperado muchos años, para que este día llegara.

El pueblo había cambiado mucho, se sentía más brisa, pero también el calor era insoportable, sin embargo, a ella solo le importaba el amor que sentía por José Vallarta. Su madre entró en la habitación exaltada, quería darle un último consejo, creía que era lo menos que podía hacer, tratar de impedir esa boda loca que no tenía ni pies ni cabeza.

—Alejandra, hija, aún estás a tiempo, ese matrimonio no tiene futuro, está cimentado con mentiras, todavía te puedes arrepentir e impedir esta locura.

—No mamá, no me voy a echar para atrás, después de que he esperado tanto tiempo. Hoy, me casaré con José Vallarta, por él, soy lo que soy, por él, he estado esperando toda mi vida, tú sabes que lo amo, que lo he amado siempre.

—Hija, si tu padre llega a saber, nos mata a las dos.

—¡Ay mamá! ¿Por qué se va enterar? Papá se fue de la casa, no resistió la realidad que le mostraba la vida y desde ese momento no volvimos a saber de él, han pasado más de 15 años. ¿Cómo crees entonces que se enteraría?

—Por eso Alejandra. Fue un error volver. No te debí haber secundado en semejante locura. He aceptado todas tus cosas, he sido tu confidente, no he escatimado en nada para que alcances la felicidad, tu lugar en este mundo, pero creo que has llegado demasiado lejos. Tienes que afrontar tu realidad, ser capaz de hablar de cómo te sientes, dar ejemplo de tu vida para que los demás puedan comprender tus sentimientos, pero no hacerlo de esta manera, llevas tan solo saliendo con José seis meses, él, no sabe nada acerca de ti.

—Sabe lo que tiene que saber y ya. José y yo nos amamos, cuando regresé, él no se acordaba de mí, pero de inmediato surgió una conexión extraña entre nosotros, a partir de allí, supe que jamás me separaría de él nuevamente.

—¡Por Dios Alejandra! ¡Recapacita aún estás a tiempo!

—Por eso he regresado mamá, para este momento me he estado preparando durante tanto tiempo, yo lo he amado desde que era niña. Cuando me fui de aquí, ya lo quería aún siendo una niña, de eso hace ya 25 años, y estos últimos seis meses tú sabes que han sido los más felices de mi vida.

—Sí, pero no podrás darle hijos jamás.

—Podemos adoptarlos, de hecho, estoy deseosa de ser madre, es lo único que me falta para conseguir mi felicidad absoluta. Mira mamá, la decisión ya está tomada y me casaré hoy, punto final a esta discusión.

Comenzó a sonar la marcha nupcial, allá la esperaba José con su madre del brazo.

Alejandra estaba hermosa, lucía un vestido blanco, sencillo, con un pronunciado escote que dejaba ver sus pechos bien marcados, sin duda, era una mujer muy bella, su pelo largo ondulado y negro azabache se movía al compás de la marcha nupcial, su sonrisa, dejaba ver sus dientes blancos, y sus ojos, parecían dos chispas que iluminaban todo el recinto. ¡Ella estaba feliz!

José cuando la vio entrar a la iglesia, se sintió orgulloso, sin duda la amaba y era la mejor decisión que había tomado en su vida. ¡Ahora unirían sus vidas ante Dios y ante los hombres para toda la eternidad! Ella venía del brazo de su madre, la marcha sonaba y ella creía que se hacía interminable, un escalofrío le recorría el cuerpo, faltaba poco para ser la esposa del hombre que siempre había amado.

De pronto, en la mitad de la Iglesia, se le paró su padre y la tomó del brazo.

—¿Creíste que me iba a perder el principal día en la vida de mi hija?

Alejandra se puso pálida, hacía más de 20 años no lo veía, no sabía de él, pues había huido, cuando Alejandra decidió contar su verdad. Aníbal, no lo soportó y decidió irse a construir una nueva vida. Él era un hombre alto, buen mozo, elegante, impactaba cada que llegaba a cualquier sitio, de tradiciones muy marcadas, amaba a su familia y se sentía orgulloso de ella, estaba seguro de que sus hijos seguirían sus pasos y que en sus manos podía dejar su

empresa y su dinero. Pero aquel fatídico día se fue, y nunca volvieron a saber de él, solo hasta hora reaparecía.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Vine a impedir que cometas el peor error de tu vida.

—No me hagas esto, ¡vete por favor! Su madre quedó muda.

—¿Quién te aviso? ¿Cómo supiste que hoy me casaba? ¿Fuiste tú mamá?

—Sí hija, yo le conté a Aníbal lo que estaba a punto de suceder. Entiéndeme, tenía que hacerlo.

Alejandra no sabía que desde la distancia su padre siempre la seguía, nunca dejó de ver por ellas, siempre les mandaba el dinero que necesitaban para que no les faltara nada, por eso su madre, Amelia, no aguantó y prefirió contarle la noticia del matrimonio de su hija. Era el momento de afrontarlo todo, así como un día decidieron contar al mundo su verdad, así mismo José, tenía que saber la verdad. Por eso, Aníbal estaba allí.

La ceremonia comenzó con muy pocos invitados, pues siempre quisieron que fuera algo sencillo, familiar, acoge-

dor. Alejandra no tenía familia ni amigos pues estaba recién llegada a la ciudad. Pero ella temblaba, estaba a punto de desmayarse hasta que ella misma interrumpió la ceremonia y decidió hablar.

—¡José Vallarta no me puedo casar contigo! Porque no he sido sincera. No te he dicho toda la verdad.

José se puso pálido.

—¿Alejandra qué esto? ¿Acaso una broma de mal gusto?

—José, tú debes saber que soy, Alejandro, tu amigo de infancia, por eso pusieron en duda la autenticidad de mis documentos, cuando los presentamos para casarnos, pero tú no sospechaste nada y aun así seguimos con lo del matrimonio.

—¿Qué estás diciendo?

—La realidad, es que yo he nacido hombre y me he sometido a una cirugía para cambiarme el sexo, me convertí en mujer para poder ser tu esposa, porque tú, eres el hombre que siempre he amado. ¡Pero después de todo lo que he hecho, de todo el tiempo que llevo logrando ser la mujer que tú mereces, la mujer que soy, porque yo soy una

mujer! Que siempre vivió atrapada en el cuerpo de un hombre. Hoy, han arruinado mi vida.

José miraba incrédulo semejante escena, creía que alucinaba, no podía ser cierto lo que estaba escuchando.

—¡Por Dios, que has hecho! ¿Cómo pudiste? ¿He estado besando y acostándome con un hombre todos estos meses? ¡Has arruinado mi vida! ¡Eres un ser abominable!

Alejandra salió corriendo, sentía que ahora sí, su vida estaba arruinada.

José fue recluido en un sanatorio, Alejandra lo visitaba todos los días, se había convertido en su mejor amiga, compañera inseparable. Ella pagaba todos los gastos, porque la familia de José lo había prácticamente abandonado, se sentían avergonzados ante lo que había sucedido.

A los dos años, Alejandra se lo llevó del sanatorio y comenzaron una nueva vida lejos de todos, donde nadie sabía de su pasado. La ciencia avanzó y Alejandra pudo finalmente quedar embarazada. Hoy viven felices con sus gemelas.



ATAQUE DE PÁNICO

Eran las 12 en punto en el reloj, Manuel se apresuraba hasta el Restaurante La Fragata. Definitivamente se le hacía tarde. Las 12 en punto era la hora exacta para almorzar, si se pasaba el tiempo sentía un vacío en el estómago insoportable, por eso, corría de prisa, se había retrasado, no encontraba su reloj dorado de pulso que le marcaba el tiempo para hacer sus cosas. Manuel vestía siempre impecable de blanco, sus zapatos bien lustrados, sus uñas bien pintadas de esmalte transparente, del bolsillo de su chaqueta se desprendía su pañuelo de seda pura, de un color diferente para cada día, no usaba corbata, sentía que ese nudo lo ahogaba y podía morir ahorcado, por eso las detestaba. Todos los sábados asistía donde Clarita su manicurista a las 9 en punto, de ahí se iba para la librería, donde pasaba horas mirando las innumerables obras, para decidirse por una y llevársela a casa, siempre era la misma rutina. Nada cambiaba.

Por fin, y de manera apresurada llegó al restaurante a las 12 y 10, ya estaba retrasado, se le había pasado el tiempo del almuerzo, eso hacía que estuviera de mal hu-

mor y sofocado. Llamó a Ambrosio para que le tomara el pedido, aunque a él, solo le gustaba que Doña Margarita lo atendiera. Su menú era casi el mismo todos los días, siempre alternaba entre pollo y pescado, detestaba las carnes rojas. Notó el mantel un poco arrugado, por eso, con mal humor decidió pasarse de mesa, le estorbaba sentarse en un lugar que no estuviera immaculado, que no fuera digno de él.

El restaurante era pequeño, pero todo estaba bien puesto. De la pared colgaban unos cuantos cuadros de artistas famosos: Celia Cruz, Benny Moré, Silvio Rodríguez, lucían radiantes con sus atuendos de sus mejores épocas. Al fondo, una bocina adornaba majestuosamente el lugar, la comida era exquisita, salvo una que otra vez que a Manuel le daba por decir que estaba asquerosa y repugnante. Cada que entraba dirigía la mirada a su alrededor, analizaba uno por uno los comensales, para sentarse en el lugar más apartado o por lo menos más lejano, de aquellos que le representaban algún tipo de asco, pensaba que podrían infectarlo. El mundo estaba lleno de bacte-

rias, todos los días aparecían más enfermedades y no quería ser contagiado, por eso, evitaba estar cerca de gente que no le inspiraban una asepsia absoluta.

Doña Margarita, la dueña del lugar, se esmeraba en atenderle. No solo era su principal cliente, al que debía contemplar, sino, que ella sentía un interés especial por él, le parecía tan atractivo con ese cabello que ya pintaba varias canas, su vestido blanco, siempre tan elegante. Esa loción que usaba la enloquecía por ese olor ámbar, roble, cedro y almizcle blanco. Cada vez que ella percibía ese olor, entraba en un trance embriagador que le provocaba toda clase de sensaciones. Sus ojos reflejaban destellos cada vez que él llegaba. Por eso ella misma lo atendía y disimulaba el encanto que tenía por él, excusándose en que Manuel era muy exigente y no quería perderlo como cliente.

Cuando escuchó lo disgustado que estaba por el mantel mal planchado, inmediatamente salió a su encuentro.

—Don Manuel, ¿cómo podemos resarcirle de haberle causado semejante incomodidad?

—Doña Margarita, su restaurante está perdiendo cada vez más el buen gusto que lo caracterizaba, ya he tenido varios incidentes estos días.

—Tranquilo, don Manuel, yo me encargaré de que estas cosas no vuelvan a pasar.

Corrió a ponerle los cubiertos que revisó minuciosa y microscópicamente, estos brillaban, se podía ver la cara en ellos, sin embargo, don Manuel tomó su servilleta de tela y los limpió minuciosamente, inspeccionando uno, a uno, su limpieza.

—Cuénteme, ¿qué quiere para hoy?

—Quiero salmón con verduras calientes. Pero por favor Doña Margarita, preocúpese por que el salmón esté bien cocido, no quiero enfermarme, y las verduras que las laven bien, ya sabe que están llenas de bacterias y virus, por eso, solo vengo aquí, porque yo sé que usted se preocupa por mí, y por mi salud. ¡Eso me gusta! y solo quiero que usted me atienda, ¡nadie más por favor!

—Tranquilo Don Manuel, le sirvió una buena copa de vino blanco, el mismo que siempre tomaba, un Sibaris

reserva, su vaso de agua con el cristal impecable y se apresuró a la cocina para cerciorarse de que todo saldría como Don Manuel lo quería.

Pero ese día, don Manuel estaba especialmente quisquilloso, tal vez, más que todos los días de su vida. Comenzó a degustar la copa de vino, sorbo a sorbo como quien no quiere que esta se llegase a terminar nunca. Miraba el cristal como si el él pudiera descubrir su destino, pensó en lo solo que estaba y en lo irónico que era atribuir a esa soledad el valor de su vida. Pero los años comenzaban a pesar, y la soledad también, sentía que se estaba volviendo viejo, que el tiempo pasaba y se le escapaba entre las manos. Una tristeza profunda se apoderó de su alma, una angustia existencial se le colaba por los huesos, sintió pánico, sus piernas comenzaron a temblar, la visión se le tornaba borrosa, sudaba a pesar del frío que hacía fuera, sentía que se le acababa la respiración. Cuando llegó doña Margarita, lo vio pálido a punto de desmayarse

—¿Qué le pasa, don Manuel?, ¿le cayó mal el vino?

Pero él no le contestaba, solo le balbució que lo llevara a una clínica, que se moría. Doña Margarita como pudo llamó a Ambrosio para que le ayudara, y entre los dos lo levantaron, lo montaron al carro y se lo llevaron. En el camino Doña Margarita manejaba como loca, angustiada por la suerte de Manuel, y no hacía otra cosa que decirle:

—¡Respire, don Manuel, ya casi llegamos! ¡Aguante! ¡Aguante por Dios! Que la que se va a morir del susto soy yo. Usted no sabe cuánto lo quiero, usted es un hombre muy especial para mí, si se me muere yo me muero también.

Ante los alaridos de Doña Margarita, Manuel se empezó a aliviar y comenzó a salir de ese estado de pánico en el que andaba, su mente ahora estaba concentrada en todos los gritos y escándalos de aquella mujer, que vociferaba sin parar, poco a poco fue saliendo de ese estado de shock en el que andaba. Cuando llegaron a la clínica, don Manuel ya se sentía mejor, pero doña Margarita, seguía gritando como loca.

—¡Se me muere don Manuel! Atiéndanlo por favor.
Esto es una emergencia.

Urgencias se encontraba solo a unas pocas cuerdas del restaurante, por lo tanto, no tardaron en llegar, don Manuel, sin ayuda se bajó del carro, ayudó a doña Margarita que no parecía darse cuenta que ahora la enferma era ella, pues don Manuel se pavoneaba como un pavo Real.

—Doña Margarita, ¡escúcheme! Ya me siento bien, es mejor que regresemos porque me estoy muriendo del hambre.

Doña Margarita lo miraba aterrada, como si lo viera llegar del más allá y seguía en shock, tanto, que finalmente a la que tuvieron que atender fue a ella. El médico salió y los atendió de inmediato, era muy amigo suyo, pues también asistía con regularidad al restaurante.

—¿Qué le pasa doña Margarita? ¿Qué tiene?

—Dr. Uribe, el enfermo es don Manuel.

—No. Yo ya estoy bien —respondía él, sin el menor recato.— La que está mal es ella, ¿no la ve Doctor?

El pobre Doctor que no sabía a quién atender, los calmó a ambos y, finalmente el que contó qué era lo que pasaba fue Ambrosio, que miraba aterrado la escena como salida de un cuento de locos.

—Dr., estábamos en el restaurante y de pronto don Manuel se sintió mal, y doña Margarita tomó su carro para traerlo hasta aquí, porque se nos moría.

—No digas bobadas, Ambrosio, ¿no ves que yo estoy bien? —respondía Manuel.

Doña Margarita le decía:

—Dr. deme unas pastillas para los nervios, pensé que Manuel se me moría y justo en mi restaurante, ¿se imagina eso?

—Es mejor que se calmen los dos. Los voy a revisar a ambos, pues de todas maneras esos síntomas don Manuel, hay que mirarlos.

—Mire Dr., yo, lo único que tengo es hambre y me regreso a comer, porque sí, ¡voy a morir, pero de hambre! Y se fue.

Tomó un taxi y se regresó al restaurante, los meseros lo miraban incrédulos.

—Don Manuel, ¿qué fue lo que pasó, está usted ya bien?

—¿No me ven? Estoy perfectamente.

— Y ¿doña Margarita?

—Ya deben venir en camino, por lo pronto tráigame mi salmón y mis verduras que voy a morir de hambre.

Estaba finalizando su comida, cuando llegó la pobre doña Margarita con Ambrosio. Estaba muerta de rabia.

Don Manuel, apenas la vio llegar, la llamó:

—¡Doña Margarita!

—¡Aquí está usted viejo descarado y desconsiderado! Me pega semejante susto y me deja allá tirada, ¡habrase visto semejante cosa!

—Perdone usted, Doña Margarita, el susto que le causé, pero yo ya estaba bien. Sólo tenía hambre.

—Mire don Manuel, dejémonos de bobadas que ya estamos como grandes, como es que usted, me deja allá tirada y sale y se viene, ¿no le da vergüenza? Muy desconsiderado de su parte, con una persona que corrió para auxiliarlo. ¡Y

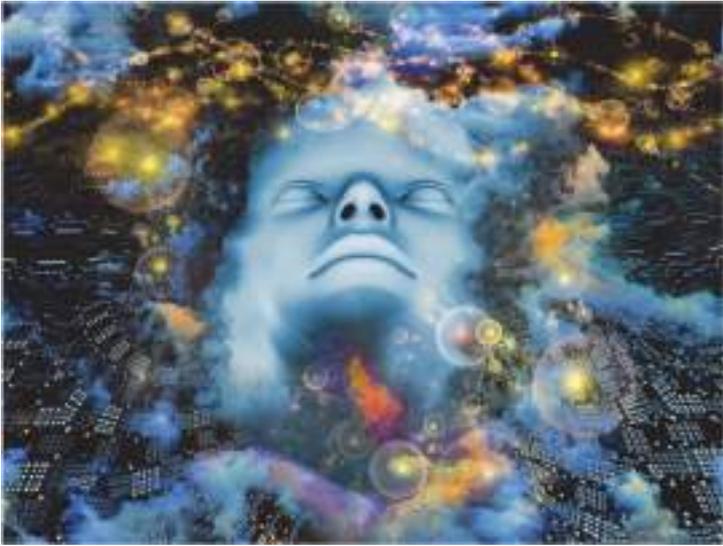
por favor!, si va a volver, que lo siga atendiendo Ambrosio, porque yo, con usted no quiero nada. ¡Usted es un viejo maniático compulsivo que nos va a enloquecer a todos!

Don Manuel ya había terminado su plato y sin musitar palabra pago y se fue.

Los días pasaron, y nada se sabía de don Manuel después del incidente de aquel día. A doña Margarita ya se le había pasado la rabia, pero desconocía por completo que don Manuel iba a comer a su restaurante solo por verla a ella, por eso, desde aquel día que tuvo su ataque de pánico, había quedado sumido en una depresión profunda.

Doña Margarita mandó a Ambrosio a preguntar por él a su casa. Allí nadie vivía, le contaron los vecinos que Don Manuel se encontraba recluido en una clínica al cuidado de unas monjitas. Al parecer le volvió a dar otro ataque de pánico y al verse solo, y sin tener a donde ir todos los días a las doce en punto a tomar su almuerzo, quedó sumergido en un mutismo con la mirada perdida en el horizonte. No recordaba nada ni a nadie.

Al enterarse doña Margarita lloró tres días seguidos sus ojos. Sentía que por su culpa e incomprensión había dejado escapar a su ser amado. Por eso, fue a la clínica y como don Manuel no tenía familia, se apersonó de todas sus cosas, decidió llevarlo para su casa y cuidarlo hasta que algún día la vida se lo devolviera. Todos los días a las 12 le servía lo que ella sabía que él comía y le gustaba.



FUERA DE TIEMPO

Ana, de pronto sintió una paz infinita. Un remolino la llevaba por una densa niebla, lo raro era, que no quería salir de allí y no hizo el mínimo esfuerzo por lograrlo. De pronto, apareció junto a ella una bella mujer, no era joven, y aunque en su rostro se veía el trasegar de los años, tampoco se notaba vieja. Era raro, la edad era como si no existiera, y como si tampoco existiera el tiempo. Todo quedaba suspendido entre la nada. Ana, se dio cuenta de que esa mujer, era su abuela Ana Isabel, y le tomó su mano, quería decirle tantas cosas. Ella había muerto cuando solo tenía 4 años, la llamaba su perla, le transmitía paz, serenidad, se sentía densa como si flotara, pero era consciente de que caminaba, era un estado extraño, que se le hacía especialmente difícil describirlo.

—Qué linda estás Ana, eres toda una mujer y muy bella por cierto. Te lucen esas pecas y ese cabello rizado.

—Abuela, ¿dónde estoy? ¿Por qué estás aquí conmigo? Tenía tantas ganas de abrazarte y decirte lo mucho que te quiero y lo difícil que fue para mí tu partida, yo era tan solo una niña, pero el dolor que sentí fue inmenso. Tu

trenza sigue igual, larga y bella, solo que tu pelo ya no está pintado de canas.

—Ana, soy la misma que tu conociste y lo seguiré siendo por toda la eternidad, a tu lado he estado toda la vida, tu no me ves, pero ahí estoy, siempre junto a ti.

Ana camina unos pasos más, y, de repente ve a su madre.

—¡Dios mío es mi madre!

Ana está muy emocionada.

—¿Qué es todo esto? —se pregunta, y corre a sus brazos para darle un abrazo, ese que le estaba debiendo desde su partida, Ana no quería soltarla. Su madre sonrió.

—Mi niña... —la abraza con la misma dulzura que siempre solía hacerlo y le dice:—En este lugar no existe la tristeza, ni los sentimientos. Es un estado de plenitud tal, que no hay lugar para las emociones.

Ana despertó, saltó de la cama como pudo, hacía un día gris, su cuarto estaba desordenado y su ropa esparcida por el piso, el televisor encendido, presentaba las noticias de la mañana. Le pareció extraño haberse quedado dormida en medio de tanto ruido, cuando a ella le gustaba el

silencio. Apagó el televisor, se sentía aturdida sabía que tenía que ir a trabajar.

Estaba asustada ante aquella experiencia tan real que había tenido.

—¡Dios mío! Era solo un sueño, pero pareciera que realmente lo hubiera vivido.

Tomó una ducha fría a pesar de que siempre le gustaba caliente, quería que su piel sintiera correr el agua y le helara los huesos, necesitaba despertar de aquel trance que había tenido. Pasar mucho tiempo bajo la ducha, era uno de sus grandes placeres, sentía que le quitaba el estrés diario y la tristeza, para dejar su mente en blanco, al natural. Salió de la ducha, se secó con la toalla, puso crema en todo su cuerpo. Le gustaba la fragancia que se impregnaba en su piel, era un olor a eucalipto fresco y menta helada. De pronto sintió que alguien entraba en su cuarto. Al entrar de nuevo en su habitación, vio a su madre que le dejaba una taza de café recién hecha. Quedó atónita.

—¡Madre! ¿Qué haces aquí?

—¿Pensé que querías una taza de café?

Ana se desplomó. Pasaron segundos, minutos horas y ella no reaccionaba. Cuando por fin abrió los ojos, vio que estaba completamente sola. Pero lo que había sucedido estaba muy claro, lo tenía en su mente. Ana no entendía nada, estaba confundida, miró el reloj y vio que llegaría tarde a su trabajo, aún no se había vestido, miró en su mesa de noche el café recién servido, era obvio que alguien lo había dejado allí, bueno, su madre lo había servido, estaba absorta, se vistió como pudo, tomó las llaves de su auto, salió al ascensor, bajó al sótano, se montó en el carro y comenzó a conducir, estaba como ida, no era consciente de lo que hacía ni a dónde se dirigía. Cuando llegó al estacionamiento, todo estaba cerrado. Se detuvo miró la fecha:

—¡Mierda! ¡Hoy es domingo! ¡Qué locura! Cómo me puede pasar esto a mí. ¿Será que me estoy enloqueciendo?

Volvió a encender el auto y se regresó a casa. El camino se le hacía largo, una carretera que parecía no tenía fin, no había edificaciones alrededor, solo flores y paisajes maravillosos. Sin saber cómo, llegó al estacionamiento, era claro que su coche se conducía por inercia y la

llevaba al lugar exacto, se sentía desesperada. Subió las escaleras saludo al portero del edificio, y siguió, ni siquiera esperó que este le respondiera. Llegó a su casa y se tumbó en su cama. De nuevo se vio rodeada de su abuela, su madre, el tío que tanto había amado y que fue en vida como su padre.

—Tío Ye, ¿qué es lo que pasa no entiendo nada! Me estoy volviendo loca.

—Ana, no te asustes ¡estás en la nada! Pero nosotros estamos contigo para acompañarte en el trance entre la vida y la otra vida.

—Somos tus ángeles, siempre hemos caminado a tu lado de tu mano, tú no nos ves, pero ahí estamos. Ahora tienes el poder de vernos y lo tendrás, mientras te encuentres en este estado de inconsciencia profunda.

Ana, se levantó, ella sabía que no era un sueño por que no estaba dormida, era un estado de su mente, pero tan real como la vida misma. Tomó el teléfono y llamó a su novio, se sentía sola y tenía temor, por eso pensó que lo mejor era buscar compañía. Al otro lado Sebastián descol-

gó la bocina y ella le hablaba, le suplicaba que corriera a su lado, pero este no le respondía.

—¡Aló! ¡Aló! ¿Quién está ahí? ¿Ana eres tú? ¿Me estás marcando de tu teléfono?

Pero Ana le hablaba y le hablaba y Sebastián parecía no escucharle nada. Se dirigió a la cocina, sacó un vaso de agua helada, buscó en su bolso una pastilla para los nervios, se la tomó y pronto se quedó dormida. El sueño continuó. Su madre le decía:

—Es el momento que me digas lo que siempre quisiste y no alcanzaste a decirme por el abrupto desprendimiento que tuvimos. Las cosas pasaron tan rápido que me fui dejándote sola sin estar preparada para ello.

—Estaba tan niña cuando te fuiste, fue como si me lanzaran a una piscina sin saber nadar. ¡Era tan débil! No sabía valerme por mi misma, quedé sin piso, pensé que me moría. ¡Fue un dolor desgarrador! ¡Tanto!, que me tocó arrancarte para poder continuar el camino, y renacer como el ave fénix. Juré que sería igual, o mejor que tú, porque siempre admiré tu valentía, por la mujer que eras y por tu

capacidad de amar sin medida. No estaba preparada, aunque uno nunca se prepara para la muerte y menos para dejar ir a un ser querido, todo me tomó por sorpresa, así, ¡tan de repente! Ahora ha pasado el tiempo, me tocó seguir sin ti, pero te cumplí madre, he escalado la más alta, de las altas montañas, para parecerme a ti, a la mujer valiente y guerrera que fuiste. En ese momento fue, como si hubieran desmembrado una parte de mí, fue todo tan difícil, lloré y lloré sin consuelo, llegaba la noche y creía que con ella yo también me iba, un miedo intenso, un terror que me producía ataque de pánico, ¡era tan raro! Te extrañaba, quería estar contigo, pero me daba miedo morir. ¡Quería seguir viva, aunque no sabía para qué! pues la vida sin ti, no tenía sentido. El tiempo ha pasado y ha ido curando mi herida, pero sigues ahí, en mí. ¡Te amo mamá!

De pronto a su lado estaba su adorado Ye.

—Yeyito, mi amor eterno, sigues gordito y bonachón.

Ahí, sentí que el miedo había desaparecido y que me sentía a gusto teniéndolos a todos. Esa paz infinita, ese

estado de éxtasis, una sensación de intimidad y de alegría absoluta.

A Ana, los efectos de la anestesia poco a poco le fueron pasando y fue regresando de ese más allá en el que se encontraba, cuando abrió los ojos, miraba a su alrededor y veía la habitación llena de flores. Podía oler ese aroma a almizcle y frutas, respiraba profundo para impregnarse de él. Todo tan blanco, tan limpio, el sol se colaba por la ventana, unos rayos que le invadían su cuerpo y la invitaban a salir corriendo de esa cama, porque la vida estaba ahí, esperándola. Vio esos ojos verdes almendrados que la miraban fijamente, ella le sonrió, se sentía feliz de estar allí, Sebastián la abrazó.

—Bienvenida amor, creí que te perdía, que no volverías jamás de ese estado en el que estabas, pero aquí te he estado esperando. A partir de ahora seremos un solo ser, tan pronto regreses a casa nos casaremos. ¡Jamás me separaré de ti!

Ana, lo miró fijamente, y pudo ver en sus ojos, todo ese amor que había experimentado en su madre, su abuela y

su tío. Sabía perfectamente que seguían allí, y ahí, estarían por siempre, hasta que algún día tuvieran que regresar por ella definitivamente. Mientras tanto, le sonrió a Sebastián y le dijo:

—¡¡Por supuesto amor la vida nos espera!!



HILOS INVISIBLES

Esa semana, todo había sido tensión en el noticiero, se respiraba mucha zozobra. El cambio de gobierno generaba pánico entre los altos mandos.

Sonó el teléfono y Gabriel contestó, al otro lado estaba la voz del Señor Gobernador:

—Buenos días Gabriel ¿cómo anda todo?

—Señor Gobernador, un gusto escucharlo, buenos días.

Gabriel, sintió que esa llamada la estaba esperando desde el mismo día que fue nombrado Eliécer como Gobernador.

—Mira, te llamo, porque necesito que me apoyes con el noticiero. Quiero que muestre mis obras, los adelantos que vaya teniendo mi gobierno, ya tú sabes.

Hubo silencio, y corrieron unos segundos largos. Gabriel, se sintió intimidado, sabía que se avecinaba la nueva licitación y todo estaba en juego, no tenía más que hacer, sino jugar las cartas que le proponían.

—¡Por supuesto señor Gobernador que así será! No se preocupe usted.

—¡Perfecto Gabriel! Quedo muy pendiente. Tú sabes que tienes que afilar al director, no queda otra.

Gabriel, quedó pensativo, esto no sabía cómo podría enfrentarlo. Llamó al director del noticiero y le contó de la llamada que acaba de recibir:

—Hombre Antonio, estoy muy preocupado, acabo de recibir la llamada del señor Gobernador, me dice, que solicita que el noticiero esté pendiente de él, para mostrar los avances de su gobierno, pienso que más que una llamada protocolaria es: ¡una sentencia! ¡Una amenaza!

Antonio, queda en shock, no esperaba que se atreviera a tanto. La imparcialidad del Canal y del noticiero, no se podían ver manipulados por ningún gobernante de turno.

—Pues Sr, yo no estoy dispuesto a someterme a ese juego, mientras que el rating se mantenga bien, el noticiero conserve su manual de estilo, y esté fiel a sus principios, no tenemos nada que temer, además, en el momento que sea noticia o se justifique sacar al aire una nota de él, no tendré ningún problema en hacerlo, pero convertírnos en un noticiero a merced de nuestro gober-

nante, para mostrar e informar sus intereses políticos, no me parece ético.

—Hombre, Antonio, tienes razón. La tarde es un noticiero de un canal del estado, pero pertenece a una empresa privada, cuyo objetivo principal, es cumplir con la pauta de pluralidad en sus contenidos, eso, lo da el hecho de que, cuando el televidente nos mira, no se da cuenta de quién gobierna este país, a diferencia del noticiero La Noche, que es un noticiero al servicio del Gobernante de turno. Pero, tú sabes, que nosotros no apoyamos la candidatura de Eliécer y creo que nos va a pasar factura de cobro.

Antonio, caminaba lento de un lado a otro, apagó su cigarrillo y se sentó en la silla que acostumbraba a sentarse siempre. Ambos quedaron sumidos en un mutismo absoluto. No hablaban, se sentía un ambiente bastante tenso, en su interior sabía que asistía a lo que parecía inminente. Luego exclamó:

—Nuestro noticiero, se ha centrado en cuestiones tan elementales, como la de destacar las voces de todos los sectores involucrados en una noticia, sin que predomine

ninguna, incluida la del gobierno. Aún, conociendo de antemano que los noticieros son el área más politizada o ideologizada de un canal.

—Sí, pero tú tienes que entender, que hay veces que no se puede ser tan radical.

—Gabriel, las mediciones de audiencia que minuto a minuto registramos, obedecen a los más altos rating de sintonía. Nos hemos convertido en el Noticiero número 1, no solo de Copacabana, sino de todo el País.

—Ese no es el punto Antonio. Es claro que a los televidentes les gusta nuestro noticiero por la independencia, la existencia de normas claras que rigen su funcionamiento, la pluralidad, la transparencia de gestión con rendición de cuentas y la existencia de los mecanismos que hemos implementado, con el fin de conocer lo que nuestra gente quiere ver. Pero también es cierto, que tenemos que apoyar el gobierno, si es que quieres, que, el próximo año continuemos al aire.

—Yo sé, Gabriel, eso está claro. Pero yo como director no veo razonable lo que me pides. La filosofía y el manual

de estilo del noticiero restringe, es más, circunscribe, que los poderes del Estado se entrometan y participen de los contenidos.

—Pero tú sabes más que nadie que estos tiempos son turbulentos y el noticiero se sostiene con la pauta publicitaria, y en su gran mayoría, pauta de la Gobernación, así, que no habrá más remedio, nos tocará tomar medidas.

—¿Tomar medidas? ¿A qué te refieres exactamente con tomar medidas?

—Tú sabes Antonio, ¡no podemos tirar por la borda 20 años de trabajo!

—Pero sí podemos tirar por la borda nuestra independencia, nuestros principios, eso, Gabriel, ¡jamás se negocia!

Antonio, estaba bastante exaltado, su cara tomó un color rojo, se llevaba la mano al pelo como queriendo descifrar entre líneas qué era lo que realmente quería el Gerente del noticiero. Encendió otro cigarrillo, se puso de pie y comenzó a caminar de lado a lado.

—Gabriel, tú, más que nadie conoce que el gobernador, es, sin lugar a dudas, un personaje polémico. Durante

su candidatura fue seriamente cuestionado por distintos sectores. Sobre el mandatario estatal pesan sospechas de corrupción administrativa, tú lo sabes.

—Es cierto, pero también es cierto, que sigue gozando de inmunidad y parece permanecer aislado frente al aluvión de críticas sobre su gestión. Y, por si fuera poco, es el gobernador, y de él, depende que todos sigamos o nos vamos para la casa.

—No sé, nunca pensé estar discutiendo esto contigo. Es más, todavía no lo creo. ¿En dónde queda la ética profesional, la objetividad, la imparcialidad de los medios de comunicación y la responsabilidad del periodista ante la comunidad, que espera recibir una información transparente, equilibrada y honesta? Su compromiso con el público, es como ciudadano, y no como cliente; su ética, tiene tres principios básicos: el compromiso con la verdad, la responsabilidad social y la independencia.

—Mi querido Antonio, esperemos a ver. Solo quería ponerte al tanto de lo que está pasando, es mejor que no nos coja desprevenidos.

—La profesión que nos ocupa persigue, desmonta y refleja determinadas verdades, las falsea, o las fabrica, según las intenciones de quienes las manejan, a quienes, por mucho que se esfuercen, les resulta imposible ser imparciales, mucho menos ahora, cuando los telones de fondo son tal convulsivos y el mundo está polarizado como nunca antes. El periodismo es un arma de largo alcance. Las palabras son proyectiles que solo los necios se atreverían a subestimar. Con su poder, pueden ser defendidas las mejores... o las peores causas.

—Y es ahí, donde tenemos que actuar nosotros a conveniencia también de nuestro negocio, porque independiente de todo lo que tú has dicho, que suena muy bonito, tiene mucha retórica y además es verdad, no podemos desconocer que de esto vivimos. Y, en dependencia de uno u otro afán, lo que nos toca es seleccionar los temas, las imágenes, ponderar las principales ideas, silenciar otras, saber a qué horizontes apuntar, y más importante aún, saber hasta dónde llegar.

Antonio, comienza a sudar, se nota tenso, descompuesto, vuelve y enciende otro cigarrillo, se los fuma a medias, ni siquiera termina uno, cuando ya está encendiendo el otro.

—¡Dios mío! yo he dedicado 20 años de mi profesión, de mi vida, al servicio del periodismo, y lo he ejercido con absoluta ética, me duele asistir a este momento en donde la única conclusión que me queda, es, que, según tú, la imparcialidad y la objetividad son mitos. Sólo espejismos.

—Ay Antonio, la objetividad, estimula una honrada búsqueda de la verdad de los hechos, pero, definitivamente impone restricciones a dueños y directores.

—Yo te pregunto Gabriel: si tenemos una noticia que a Eliécer no le favorezca, ¿la vamos a emitir?

—¿Es noticia?

—Sí.

—Pues no, claro que no —responde Gabriel contundentemente.

—¿Por qué? —responde bastante exaltado Antonio.
¿Porque no dice la verdad?

—¡No! Porque dice la verdad. ¡Por eso, no lo vamos a emitir!

Antonio, dio un portazo, salió derrumbado, se fue para su oficina a mirar por la ventana, a divisar el horizonte, ese, que se le ponía ante sus ojos y que todavía no lograba comprender. Llevaba toda su vida trabajando en una empresa capitalista, que, como tal, busca la más alta tasa de ganancia y la defensa de sus intereses políticos. De sus ojos, brotaron unas lágrimas que salían de su corazón y que no podía contener. La información, se había convertido en una mercancía.



EL HABITANTE DE LA
TIERRA SIN NOMBRE

Era martes, 28 de septiembre de 1.925. Había amanecido más temprano que de costumbre. Eran las 6 de la mañana y ya el sol entraba por la ventana. Martín Elías Carvalho, con su mirada profunda, miraba a su alrededor, notaba en el ambiente algo extraño, difícil de descifrar, un silencio profundo que se extendía en el espacio. Estaba inmóvil, petrificado, sentía una rigidez en todo el cuerpo, era indudable que algo pasaba, lo sentía, lo palpaba, pero su cuerpo no le respondía para correr y asomarse hasta la ventana. Sus ojos azules miraban con terror, todo a su alrededor estaba distinto, sacó fuerzas de donde no las tenía para gritar y que alguien corriera en su auxilio, pero fue en vano, nadie acudía, solo lo seguía envolviendo el mismo silencio que se esparcía en la inmensidad de la nada. ¡Nada! Eso era lo que había, cuando por fin Martín Elías, trató de moverse, y, alzó su mirada para ver a través de la ventana de su cuarto que daba hacia la calle. Su cuerpo no respondía, sus huesos, los sentía pesados y sus pies, no los sentía, era como si no los tuviera, sin embargo, respiró profundo y como pudo; se fue deslizando con dificultad

hasta llegar a su ventana. Se apoderó de él un pánico que jamás había sentido, asombrado, no podía creer lo que pasaba, su cuerpo sudaba, se sentía angustiado, temblaba, sentía un escalofrío que se colaba por sus huesos hasta el último centímetro de su piel, no se explicaba qué podía estar pasando, sumido en ese mutismo, en esa agonía que sentía al mirar el horizonte y encontrarse de repente, con que aparentemente lo único que quedaba en el mundo era él, sintió que había enloquecido, se desesperó, pero sacó bríos, vigor, para sobreponerse y como pudo, abrió la puerta de su cuarto, para salir a buscar la salida de su casa, pero más se horrorizó, cuando vio que no había sala, detrás de esa puerta de su cuarto solo existía él, y ese pedazo de espacio en el que habitaba. Martín Elías, era un hombre de tez morena y bastante acuerpado, medía más de 1,80 cm de estatura por lo que se la hacía aún más difícil moverse. Llevó sus manos a la cara, sudaba en exceso, sentía cómo las gotas rodaban por su cuerpo.

—Por Dios ¡qué ha pasado! ¿Dónde estoy? ¿Dónde está mi familia, mis amigos? Mis vecinos, el barrio, las mon-

tañas que se divisaban a lo lejos, ese riachuelo de agua fresca que todas las mañanas saciaba mi sed, las flores, el olor a pino fresco de las mañanas. ¡Dios! ¿Qué ha pasado? ¿Qué es todo esto? O mejor dicho, ¿dónde está todo lo que hasta ayer había? ¿Ayer? ¿Sí sería ayer? ¿Cuánto tiempo habrá pasado?

No quedaba nada, solo un hedor que apenas podía soportar, todo era muy confuso, se sentía aturdido, creía que era una pesadilla o que había enloquecido, su mente estaba obstruida, nublada por completo, tan solo tenía recuerdos vagos, imágenes que le venían de pronto y que se iban tan pronto como llegaban.

Como pudo, salió a explorar el terreno, él no tenía control de dónde lo llevaban sus pies, los arrastraba empujándolos uno a uno, según le daba la poca fuerza que le quedaba, caminaba sin rumbo, desconcertado, desorientado, imbuido en sus pensamientos y en lograr entender lo que pasaba, pasaron muchas horas, tal vez días, se alimentaba de semillas que encontraba en el suelo entre la maleza, caminaba y caminaba, y parecía que no había fin,

pues era un terreno inmenso, árido, donde el silencio lo ensordecía, creía que estaba loco o que estaba soñando, por eso, pensaba que el despertaría y las cosas volverían a estar como antes. ¿Pero cómo era antes? Sus recuerdos poco a poco se esfumaban, se desvanecían como el polvo que se perdía en el horizonte. Divisaba esa lejanía y se llenaba más de pánico, era una situación inconcebible, totalmente inverosímil. Habitaba en un mundo que no sabía dónde quedaba, cómo se llamaba y no existía nadie que pudiera informarle. De pronto, a lo lejos, divisó una vaca que al igual que él, deambulaba por aquel lugar, lo miraba con unos ojos desorbitados como buscando algo, o alguien en quien refugiarse, su piel estaba agrietada y arrugada. A Martin Elías, no le salían las palabras, todavía no se animaba a quejarse en voz alta, estaba impresionado, todo le daba vueltas. Él sabía que estaba allí, pero de repente se dio cuenta que no sabía quién era, de dónde venía, cómo se llamaba, su mente estaba en blanco. Su cuerpo calló suavemente en la tierra humedecida, ya no tenía un solo aliento, estaba absorto, ahora enfren-

taba una realidad que no tenía la menor idea cómo resolver. Allí quedó tirado, exhausto.

Cuando despertó, no sabía cuánto tiempo había pasado, todo estaba distinto, había más luz, el sol brillaba de nuevo, olía al follaje verde de las hojas, tallos y frutos verdes, se sentía un aroma como a pasto recién cortado, era diferente, ya no apestaba a miedo y amargura. Era una tierra nueva desconocida para él, plantas, que ni se imaginaba que existían pero que se erguían hermosas, frondosos árboles frutales llenos de manzanas, naranjas, mangos, que se instalaban en la tierra con arrogancia. Cascadas de agua que invitaban a una nueva vida. Martin Elías, estaba pasmado, sentía que su cuerpo poseía una energía nueva, había mucho olor a mar, a agua fresca, hacía unos instantes deseaba morir y ahora, extrañamente, se sentía atraído por esta nueva vida. Estaba animado, su corazón, se ensanchaba de una alegría desconocida para él, ese era su nuevo destino y tenía que enfrentarlo, ahora, todo lo invitaba a la vida. Sin embargo, el tiempo seguía suspendido. Pero ahí estaba él, enfrentándose a un nuevo mundo, a un nuevo comienzo.

Miraba el horizonte, era todo tan bello que se quedaba extasiado. Un sol brillante y mucha vegetación de un verde intenso, el agua se veía de un azul turquesa, tan cristalina que provocaba zambullirse en ella, árboles altos y frondosos rodeaban el lugar, un ambiente cálido con un cielo despejado, que dejaba ver algunas nubes blancas. Martín, estaba abismado ante tal espectáculo, era una escena que lo turbaba, en ese paisaje que se erguía ante sus ojos al fondo se veía la vaca, lo miraba fijamente, era evidente que en su mirada se podía ver más allá, esa vaca era su legado y con ella debía iniciar este nuevo comienzo. Él era el único habitante de esa tierra y él debía comenzar de nuevo.

Caminó hacia la vaca, la miró fijamente y vio que sus ojos tenían un brillo excepcional, una mirada dulce que reflejaba nobleza, apenas ella lo vio se le recostó en su piel, su pelo brillaba, resplandecía, era blanca con unas pintas color ocre dorado. Era como si ambos compartieran la alegría de este encuentro, finalmente no estaban solos, nunca había visto una vaca tan bella, por eso la llamó: Anabella, la acariciaba con suavidad demostrándole todo

su afecto. A partir de ese momento tenía que velar por ella, pues era todo lo que tenía en el mundo.

Martín Elías, fijó su mirada en el horizonte, observó a lo lejos, un lugar lleno de pinos altos y verdes, parecía un pequeño bosque, también se divisaba una choza, decidió caminar hacia allá llevándose consigo la vaca, el creía que en poco tiempo llegarían, pues el sitio se veía cerca, pero, por más que caminaba, sentía que el lugar se apartaba más de él. El sol quemaba y sabía que tenía que refugiarse como fuera, pensó que era un espejismo, que la choza que divisaba era solo producto de su imaginación. Estaba cansado, por más que caminaba no llegaba, el sudor le corría por su cara, sentía sed y hambre. Anabella dobló sus patas porque el cansancio y la sed ya no la dejaban seguir, Martín Elías, creyó que la perdía, que Anabella se moría, sintió mucha tristeza, pues ella, era lo único que tenía, por eso, cerró sus ojos y miró al cielo implorando una ayuda divina, definitivamente, ya todo era en vano, se apoderó de él, la desesperanza, el desaliento, creía que iba a desfallecer. Cansado, fatigado, volvió a mirar al horizonte y a

solo unos pasos de distancia se erguía la choza, como un castillo imponente ante sus ojos, tomó a Anabella y la arrastró como pudo hasta allí, abrió la puerta y vio que dentro de esta choza había algunos víveres, lo básico para sobrevivir y en la parte de atrás una pequeñita huerta con algunas semillas de hortalizas y frutas, un espacio para él. ¡No lo podía creer! Sintió una extraña conexión con ese ámbito natural que tenía ante sus ojos. También había una deliciosa cama donde descansar, limpia y reluciente, unas vasijas de barro y un pequeñito establo para tener el mayor tesoro que albergaba en ese momento: su vaca Anabella.

Entró, tomó un poco de agua en su vasija de barro y le dio de beber a su vaca, la cual se fue recuperando poco a poco, le organizó el pequeño establo, comió un poco de frutos secos y se acostó, necesitaba recuperar fuerzas y aclarar sus ideas, al fin y al cabo, mañana sería otro día.

Esa noche tuvo un sueño y oyó una voz que le decía:

—Volverán las personas a poblar la tierra para comenzar un nuevo ciclo y de ti, dependerá que así sea. Eres el único sobreviviente de este nuevo mundo, y, en tus manos

está, que esto ocurra, tienes poderes que tienes que aprender a usar y poco a poco la vida te va ir mostrando cómo.

Amaneció, hacía un día hermoso, corrió a su pequeño establo y allí estaba Anabella, la ordeñó y tomó leche recién hecha con calostro , la degustaba como el manjar más delicioso que nunca antes hubiera probado. Fue a su huerta y comenzó a trabajar la tierra, ese era el principio, miró el horizonte porque sabía que a partir de allí, comenzaba una nueva historia. No existía el pasado, solo debía enfrentar el presente tal como se le presentaba y comenzar a labrar un futuro. Él, era el único habitante de esa tierra sin nombre y debía prepararse para esculpirlo, para tallarlo, para ser el protagonista de una nueva era.

Su tarea ahora era comenzar de nuevo en un mundo sin memoria, sin tiempo.



DESALOJO

Lo único que quedaba era una parrilla y la olla pequeña donde hervía el café.

—¿Dónde habrá quedado el inhalador en medio de semejante despelote? Ella, siempre lo llevaba consigo, jamás se desprendía de él, era el salvavidas que mantenía a mano cuando sentía que sus pulmones se contraían porque no recibían el aire.

Sentía mucha dificultad para respirar.

—¡Por Dios Esteban! Ayuda a tu padre, deja de ser tan perezoso, va a llegar el carro del trasteo y todavía no vamos a estar listos.

—Carolina, sirve un poco de café para ver si logro sentirme un poco mejor, creo que me ha vuelto el ataque de asma y no logro encontrar el bendito inhalador.

—¡Ánimo mamá! Deben ser los nervios porque nos vamos. Ya verá que todo va a salir bien, no se preocupe.

—Cómo que no me preocupe, si ya son las 10:00 y ya está por llegar el camión. Siento que me silba el pecho y estoy agotada. ¿Qué hubo pues del café?

—Tengo que hacerlo de nuevo mamá. Se secó, y ya hasta la olla se estaba quemando.

—¿Sí ves Esteban? Tú no ayudas a nada. Ezequiel, búscame el inhalador que me va a tocar es irme para la clínica.

—Esteban, ayúdale a mi mamá con eso ¡por favor!

—María, deja a los muchachos tranquilos, estas épocas son duras para todos, pero tenemos que mantener la calma. Todos estamos haciendo lo que podemos. ¡Carajo! Tampoco es el fin del mundo.

En la casa queda en el ambiente un silencio sepulcral, cada uno se concentra en empacar lo suyo como puede, con el dolor de tener que irse y dejar la casa que habían anhelado tener toda su vida y que ahora, después de tantas penurias y sacrificios, llevaban 6 meses habitando. María, no podía disimular su tristeza, esa angustia represada en su corazón, era el reflejo de su asma, ese desengaño que sentía, al tener que partir, la llenaba de angustia y malos presagios. Solo se llevaba consigo los recuerdos, la ilusión de haber sido dueña de su casa por unos cuantos meses.

Todavía, recuerda cuando Ezequiel llegó emocionado y le dijo:

—Mujer, empaca todo, nos vamos a vivir a casa propia. Ya me salió el préstamo, ¡por fin! el sueño se nos cumplió.

No cabían de la dicha, Esteban y Carolina saltaban, todos se abrazaban. Era un hecho, ¡tenían casa propia!, y ahora, veían cómo todo se venía abajo y tenían que abandonarla.

Afuera, caía una llovizna que dejaba flotando un aire húmedo. María, se asomaba a la ventana y solo veía ese cielo encapotado que le ahondaba más su tristeza, le recordaba la época de su niñez donde no había luz y tenían que alumbrar con velas, pareciera que la lluvia no fuera a cesar nunca, ya, hasta se han comenzado a inundar las calles formando riachuelos que bajan con fuerza calle abajo.

—¡Hombre Esteban! Me duele ver a tu madre en ese estado. Yo nunca la había visto así. Anoche no más, veía cómo las lágrimas corrían por su mejilla, me partía el alma, sé, que es muy duro para ella tener que dejar esta casa. Me siento impotente, culpable. A Esteban se le aguaron

los ojos, tragó saliva y contuvo ese dolor que también a él le atravesaba el corazón como una puñalada. Tenía que ser fuerte, si no era él, quién más. Los dos, se quedaron tristes y mudos.

El olor a café recién hecho se esparcía por toda la casa.

—¡Carolina no vuelvas a dejar quemar el café! Se siente que ya a hervido nuevamente. Tráeme la taza que me llevas sirviendo hace rato.

—Aquí esta mamá, bien caliente como te gusta y fuerte, para que te caliente el pecho.

—Mujer, no tomes café tan fuerte, eso te pone más tensa y después no logras conciliar el sueño.

—¡Ay Ezequiel, por Dios! No me vas a cohibir el único vicio que tengo en la vida. Ya casi ha escampado del todo, pronto llegará el camión, ahora sí es una realidad. Tenemos que dejar la casa.

María se quedaba imbuida en sus pensamientos, bebía sorbo a sorbo su taza de café como queriendo detener el tiempo, Tantos sacrificios que habían hecho para conseguir la casa, tantas ilusiones que se habían forjado, la te-

nían tan linda, parecía una tacita de plata. Era pequeñita, pero la había decorado con tanto amor, que se veía como un pedacito de cielo. Del balcón, colgaban varias flores, lindos lirios, crisantemos, que hacían juego con el color de la casa, frondosas begonias, geranios y claveles. Habían pintado la fachada amarilla para que las flores resaltaran más. Además, de amarillo tenían pintada el alma. Sus rostros resplandecían e iluminaban el barrio cada mañana cuando salían al granero de la esquina a comprar el pan y la leche. Sus vecinos los adoraban, veían que eran gente de bien, que con su llegada al barrio solo habían traído armonía, unión y paz. Era gente muy sociable, que se interesaba porque el barrio mejorara.

María, era una líder innata, ya había formado un concejo comunal en el barrio con el que pretendía hacer mejoras, y, velar por las necesidades de todos. Ella, pensaba que así debía ser en una comunidad, habitada por gente que se ayudaba y se unía para vivir mejor.

María, sentía la boca seca, un poco entumecida, y las goteras de sudor le resbalaban por su cara, sintió miedo.

Se sentó, tomó aire como pudo, el pecho nada que se le destapaba, estaba muy agobiada, pero no le quedaba más remedio que aceptar esta nueva realidad que le presentaba la vida.

—Carolina, tengo que encontrar el inhalador, si no mi pecho se va a reventar. Dile a Esteban, que, si es necesario, desempaque esas cajas, no vaya a ser que me lo hubieran metido allí donde van las cosas delicadas.

—Claro mamá, recuéstate un rato mientras llega el carro, no hagas nada, estás muy pálida y sudando frío. Voy a buscarte un saquito para que te lo pongas. Aquí está tu inhalador. ¡Papá lo acaba de encontrar! estaba detrás de la estufa donde estábamos haciendo el café.

—¡Gracias a Dios! —le contesta María.

Se echó 2, 3 o tal vez 4 puffs, quería tragarse bocanadas enteras, con tal de sentir que sus pulmones volvían a respirar. Sintió un alivio enorme, definitivamente el berodual era su salvación, tenía que mantenerlo consigo como fuera. No podía perderlo de vista, pero le comenzó el temblor que este tipo de medicina puede dar, así, que se recostó en

la silla, esperando que el efecto le pasara para seguir de nuevo empacando lo último que les faltaba.

—Carolina, hay que sacar fuerzas, tenemos que asumir nuestra nueva vida. ¿Qué vamos a hacer de aquí en adelante?, ¿cómo vamos a sobrevivir?, ni siquiera sabemos cómo vamos a pagar el arriendo de la nueva casa. ¿De dónde vamos a sacar plata?

—Mamá, no te mortifiques más. Esteban y yo tendremos que trabajar, saldremos adelante, ya verás. Aquí, nadie se va a morir de hambre, algo haremos. Caminó hasta la estufa y encendió una vela a la Santa Laura Montoya, sabía que jamás los desampararía y que de su mano volverían a ver la luz al final del túnel.

Ezequiel seguía callado, no podía creer lo que estaban viviendo, había pasado más de un año buscando la casita de sus sueños, y ahora que por fin la tenía, se le escapaba como el agua entre los dedos. Creía que era una pesadilla y que pronto despertaría para volver a esa realidad que lo hacía tan feliz.

¿Cómo era posible que después de estar viviendo en la casa, haber conseguido la plata para la cuota inicial, cerrar el negocio que a toda costa parecía que no iba a salir, ahora tuvieran que desocupar? El mismo dueño de la casa les había pedido que se mudaran ya que todos los trámites estaban listos, y el banco le había asegurado que un mes le entregaría la plata. Pero nada resultó como lo esperaban.

Ezequiel, todavía recuerda cuando colgó el primer cuadro y sintió ese alivio en el alma, ya nadie lo recriminaría, de aquí en adelante, podía hacer lo que quisiera, ¡porque era su casa! Ahora, todo se derrumbaba, estaban como al principio, ¡se tenían que ir! Salir corriendo, se sentían como perros tirados a la calle. El banco después de haber aprobado el préstamo, y, haber entregado las cuotas que pagaría cada mes, les decía que ya no le podían prestar, pues se había presentado un problema al momento de hacerle el desembolso, porque él, había copado su capacidad de endeudamiento, ya que aparecía con un crédito que en el momento de solicitar el préstamo no le figuraba.

Ezequiel, había prestado su nombre para que un hermano suyo sacara una moto con la que iba a trabajar de mensajero, pero nunca pensó que esto llegara a afectarlo. El que estaba pagando las cuotas era su hermano, no él, pero al banco esto no le interesaba, figuraba a su nombre y punto. Esto hacía que colmara su capacidad de pago, en consecuencia, el préstamo le había sido negado.

—María quería matarlo.

—¡Ezequiel, por Dios! ¿Cómo se te ocurrió hacer algo semejante?

—Mujer, qué iba a saber yo que no podía hacer eso, yo no soy el que lo pago, lo paga mi hermano.

—Sí, pero tú eres el que figura con la deuda. No puedes ser más huevón. Todo se les venía abajo. El dueño no daba más espera, ya había sido muy diligente con ellos, había aguantado mucho. Ahora existía una orden perentoria, el banco les desembolsaba la plata o les hacía desalojo. No había de otra, tenían que desocupar y volver a pagar arriendo.

El carro de acarreo llegó, comenzaron a subir todo, a cada uno se le iba despedazando el corazón a medida que lo hacían. No quisieron molestar a María, querían que descansara un ratito, había estado tan tensa, que ese sueño lo necesitaba. De pronto, timbró el teléfono. Esteban descolgó la bocina. Carolina vio que Esteban palidecía.

—¿Qué te pasa Esteban? ¿Por qué estás así? Mujer, ve y levanta a mi mamá, ¡dile que todo está arreglado! Llamen para avisar que el banco acaba de hacer el desembolso. Parece que Don Héctor el del granero, fue, y pagó la deuda de la moto con su tarjeta de crédito y a mi papá se le liberó el cupo, por eso hicieron el desembolso.

—¡Dios mío no lo puedo creer! ¡Esto es un milagro de nuestra adorada Santa Madre Laura!

—¡Mamá! ¡Mamá! Todo está arreglado. ¡Despierta! ¡Despierta! No tenemos que desocupar, mira hasta ha escampado, comienzan a verse los primeros rayos de sol. Papá ¡que felicidad! ¡Ahora sí, tenemos casa propia! — exclamaba Esteban.

María, seguía en su sueño profundo, su cara tenía una placidez nunca vista y su rostro una leve sonrisa. Esteban y Carolina la empujaba para que despertara, pero todo era en vano. María descansaba en la paz del señor, con la placidez de un niño. ¡Había hecho el primer milagro!



HERMANAS
POR SIEMPRE

Era viernes en la noche, Andreina estaba invitada a una cena de las exalumnas del colegio. Hacía más de 10 años no las veía, pero siempre, había odiado sus lenguas viperinas y sabía, que esas reuniones, solo se limitaban a hablar de la una y de la otra. Así que pensó en irse a dormir temprano, leer un buen libro y degustar una copa de vino, en vez de irse a reunir con sus ex compañeras a escucharlas clavar ponzoñas y sembrar cizañas.

Andreina, era una mujer práctica, vivía sin complicaciones, siempre se rebuscaba la suerte, y cuando la encontraba, se aferraba a sus crines como el más hábil de los jinetes. Sin lugar a dudas, no solo había nacido con estrella, sino, que sabía timonear su barco como la mejor de las marineras, para poder maniobrar y enfrentarse a cualquier turbulencia que se le presentara.

Andreina, era una mujer altiva, llena de fuerza y valentía. Su pelo negro un poco ondulado, sus caderas anchas y su gran estatura, infundían respeto. Todo lo que perseguía en la vida lo conseguía, solo le faltaba el amor, pero en lo más profundo de su corazón, sabía que este llegaría, aun-

que para ella no fuera una prioridad en la vida, enfocaba toda su fuerza a los negocios, el arte, la literatura y la buena vida, sin tener que responderle a nada ni a nadie. Había veces que la embargaba una tristeza enorme por las injusticias del mundo, pero, pronto aquietaba su mente y volvía a ser el mismo ser alegre lleno de vida y optimismo, al fin y al cabo, la vida era un tren, que recorría muchas estaciones y había que estar preparado para enfrentar con entusiasmo y valentía cada una de ellas.

Esa noche, se disponía irse a dormir cuando tocaron la puerta. ¡No tenía ganas de nada! y mucho menos de recibir a alguien a esas horas. Hacía mucho frío, y lo único que quería era leer tranquila, tomarse su vino y echarse a dormir hasta el otro día. Pero los golpes no cesaban, cada vez eran más insistentes.

—¿¡A quién se le habrá ocurrido venir a esta hora!?

Se levanta, va hasta la puerta, mira por la ventana y ve a su hermana Julia afuera tiritando del frío. La noche estaba helada, el invierno no cesaba; abrió la puerta y pudo percibir ese olor a tierra húmeda y hierba mojada.

—Hola Julia, ¿qué haces ahí parada de maleta en mano a estas horas de la noche? Entra, yo ya me iba a acostar, hace mucho frío y mira el torrencial de agua que está cayendo. ¿Cómo has salido en estas condiciones? ¿Por qué te ves tan angustiada?

—Hola hermanita, qué pena llegarte a esta hora, discúlpame, pero no tenía más a donde ir. Tú eres la única que me ayuda a que mi alma encuentre sosiego.

Julia, era todo lo contrario de Andreina, todo la perturbaba y la inquietaba. Vivía de pelea con la vida, tal vez, por eso a donde iba, llevaba consigo la infelicidad. Era una mujer de tez blanca, pálida, a pesar de tener una estatura como la de su hermana se veía más chica, caminaba encorvada, desde pequeña nunca pensó en arreglarse, su madre, varias veces le decía que parecía un hombrecito. Llevaba su pelo siempre recogido con un caucho, nunca se maquillaba, pero como siempre fue llevada de su parecer y le encantaban las fiestas, pronto conoció a Luis Miguel, un hombre de su mismo estilo, se enamoraron y se casaron por lo civil sin fiesta, ni bombos, ni platillos. Ese ma-

rimonio, fue sorpresa para todos, pero Julia se veía tan feliz, que no se opusieron a él.

—Ven Julia, no te preocupes.

Andreina se descalza y se sube a la cama, toma la cobija y se tapa de manera que todo su cuerpo queda cubierto.

—Hazte aquí, y quédate conmigo, así, como cuando éramos niñas. ¿Qué es lo que te pasa ahora?

—Volví a pelear con Luis Miguel, ¡esta vez, sí, es para siempre!

—¡Ay Julia, cuántas veces te he escuchado decir lo mismo! Seguro, esto también pasará, tienes que aprender a manejar esa situación o decidirte y definitivamente romper del todo con él, cosa que no vas a hacer, se ve que lo amas demasiado, si no, ya hace rato te hubieras ido. ¿Quién se aguanta semejante peleadera? Así que te tocará aprender a manejarlo y sobrellevarlo. Cada día trae su afán, y tienes que aprender a sortearlo. Así como existen las estaciones, y cada una tiene su encanto, toca prepararnos para cada una de ellas. Tendrás que lograr la armonía, porque si no, vas a enloquecer querida hermana. Ya no

eres una niña y no puedes cada que te da la pataleta, correr detrás de las faldas de tu hermana, y no es que no te quiera recibir, al contrario, me encanta tenerte cerca, pero, tú has hecho tu hogar y es allí donde te corresponde estar.

Andreina levanta la cortina y vuelve a mirar por la ventana, sigue cayendo mucha agua.

—¡Este invierno esta terrible! Nunca había llovido tanto. Lo del calentamiento global no es ningún cuento, ya se van viendo sus efectos. Cuando el cielo está despejado se puede ver a lo lejos la cordillera imponente y bella, pero cuando está gris y lleno de neblina, no alcanzamos a ver más allá de nuestras narices. Voy a traerte una de mis pijamas. ¡Estás helada! ¿Te traigo un vino? Está delicioso, te relaja y podrás dormir tranquila.

—No. Quiero mejor un café, yo voy y me lo preparo.

—Ni se te ocurra hermanita, déjate atender. Ya te lo traigo.

Andreina fue, preparó café y se lo llevó con unas galletitas, trajo un pijama que tenía sin estrenar.

—Bueno ahora sí, mi querida hermanita, estamos listas.

—¡Ay hermanita! ¿Qué haría yo sin ti? Eres lo más especial del mundo, ¿por qué será que la vida me trata así?

—La vida no te trata así, como tú dices. La vida es maravillosa y solo hay que saber vivirla, disfrutarla degustarla, con todos sus matices, pero tú, te empeñas en verla con ojos de amargura y por eso es que no te hayas, ni te encuentras.

—¡Ay Andreina! Tú con esa chispa y esa alegría que mantienes donde quiera que estés alegras la velada. ¡Eres admirable!

—Julia, tienes que aprender a hacerle frente a las cosas, la vida no es un lecho de rosas eso es cierto, pero de cada uno de nosotros depende si nos hacemos los mártires, o si decidimos ser felices. Hay días que sale el sol, hay días tristes, oscuros y nublados, pero todo depende del cristal con el que los mires y de lo que tu tengas en tu corazón. La vida es lo que tú quieres que sea. Piensa que la vida, es el mejor regalo que hemos recibido. La vida es lo que creemos que es, y cuanto más esperemos de ella, más se nos dará, la prueba es, que hay muchos pobres felices y

muchos ricos infelices. Cada uno da lo que tiene en su corazón Julia, y eso es lo que me preocupa de ti, si tú no cambias tampoco cambiará tu vida.

—Ay hermanita, tú piensas así porque has sido muy distinta a mí y tu vida ha sido también muy diferente. ¡Nadie, nadie, ha entendido cómo me he sentido cuando todos decían que tú eras la más linda! La más inteligente, la alegría del hogar, y yo, siempre relegada a un segundo plano. Por eso, cuando conocí a Luis Miguel, llegó a ocupar un vacío en mi vida y sin pensarlo dos veces me lancé en sus brazos. Era como escapar y demostrarles a todos que yo también podía hacer mi vida y conseguir lo que quería. Pero creo que no lo amaba, es más, apenas me estoy dando cuenta de lo que es el amor.

—¡Por Dios Julia! ¿Qué es lo que estás diciendo? Todos en casa te amamos y todos hemos apreciado lo que eres. ¿Por qué nunca me dijiste que sentías eso?

La acercó y la abrazó con todas sus fuerzas, como si quisiera penetrar en su alma, sus ojos se aguaron. ¡Sentía desconcierto! Se sentía como una villana, su hermana ha-

bía logrado contagiarle su desasosiego, el verla derrumbada de esa manera, llorando y moqueando como una niña indefensa. ¡Cuánta angustia había en sus palabras! Se sintió abatida.

Solo una cosa tenía clara en aquel momento, y era que debía hacer lo que fuera, para sacarla de ese estado depresivo y devolverle la confianza.

—La vida puede tomar diferentes cauces, pero cada uno de nosotros es el que debe saber cómo encararlos. Si no amas a Miguel tienes que enfrentarlo y dejarlo. No sigas metida en una relación que no te da felicidad hermanita, eso no es justo, ni contigo, ni con él. Después llegarán los niños y ellos serán los que paguen las equivocaciones de ustedes.

—No creas, lo he pensado mucho. ¿Y si lo dejo? ¿Si me equivoco de nuevo? ¿Si me lanzo a lo que mi corazón me dicta? ¡Tengo tantas dudas! Pero a la vez, ¡tantísimas ganas de arriesgarme!

—Yo no puedo creer lo que estoy escuchando Julia. ¡Libérate! ¿Quién te dijo a ti que uno necesita de un

hombre para ser feliz o para que lo mantenga? ¡La vida es una experiencia maravillosa, no puedes pasar por este mundo y vivir porque sí, y ya! La vida tiene aciertos y desaciertos, tenemos que saber que toda opción, tiene una exclusión, por eso, cada determinación que tomemos, hay que encararla de la mejor manera y hacernos responsables, porque somos dueños de nuestras decisiones y ese es nuestro libre albedrío, no estar sujetos a presiones, estoy segura, de que mañana estarás más despejada y pensarás mejor. Ven acá.

Andreina la lleva a su regazo y Julia cae en un sueño profundo, en su rostro reflejaba la placidez que tenía su alma.

Al otro día, despertó sobresaltada, se acordó que su hermana estaba durmiendo con ella, no la vio en la cama y corrió a la cocina, luego al baño, la buscó por toda la casa, pero Julia se había ido. Se puso a preparar una taza de café para ver si lograba despejarse. ¿A dónde habría ido Julia tan temprano? ¿Qué otra locura tendría en mente? ¿Qué

sería lo que le quería decir y no se atrevió? Le marcó el celular, pero se iba a buzón.

Cuando regresó a la habitación encontró una nota que decía:

—La vida es muy difícil, y toca vivirla como vaya llegando. Tú y yo somos muy distintas, no sé por qué las cosas me han aparecido tan a destiempo en la vida. Pero me ha servido mucho hablar contigo. Te quiero mucho hermanita.

Andreina, seguía insistiendo a su celular, pero Julia no contestaba sus llamadas, optó por llamar a Luis Miguel.

—Migue, te llamo porque Julia estuvo aquí anoche, son las 5 de la tarde y no sé nada de ella, no contesta mis llamadas, ¿está contigo?

—Tú sabes cómo es Julia, tuvimos una discusión y se fue anoche. Estaba seguro de que estaba contigo, por eso ni me he preocupado. Ya estoy acostumbrado a sus berrinches.

—¡Por Dios Migue! tenemos que hacer algo, esta vez creo que sí va en serio.

—Tranquilízate Andreina, ya verás que pronto aparece como el perro arrepentido con la cola entre las patas.

—¿Arrepentida de qué? Miguel, ¡por Dios! Esta situación de ustedes no puede seguir así, llegó la hora de que actúen como adultos y tomen una determinación.

—¿Adultos? ¡Tu hermana seguirá siendo una malcriada de por vida! Ya no tiene remedio y la verdad ¡yo me harté!

Andreina no durmió esa noche, estaba muy preocupada por su hermana, algo le tenía que haber pasado, desaparecer sin dejar rastro eso no era normal. La angustia se apoderó de ella al ver que amaneció y nada de Julia.

Decidió dar aviso a la policía, pero aún, no habían pasado las 72 horas reglamentarias. Así pasaron 2 días más, Andreina creía que se moría, y cuando se disponía a ir a poner el denuncia por la desaparición, recibió una llamada de Luis Miguel.

¡Estaba desconsolado! Andreina entró en pánico.

—¿Qué te pasa Migue supiste algo de Julia? ¡Háblame por favor! Que me muero de angustia.

Luis Miguel, ahogado en sollozos, como pudo le respondió:

—¡Julia me dejó! Revisé su armario y estaba vacío, se llevó todo, su ropa, sus joyas, sus libros. ¡Todo! Encontré una nota en la que me decía que iría a tu casa esa noche para despedirse de ti porque me dejaba. Es increíble a lo que se reduce la vida. Me duele cómo pude perderla, creo que no valoré a Julia lo suficiente. Sabía tan poco de ella, que ni siquiera me tomé el trabajo de ir a buscar sus cosas porque pensé que allí estaba todo.

—¡¿Cómo?! —exclamó Andreina al otro lado de la línea, aunque a pesar de todo, sintió un profundo alivio de tener noticias de su hermana.

—¿Pero a dónde ha ido? —guardó silencio para controlarse, suspiró profundamente Miguel le dijo:

—No quiero entrar en detalles, pero se ha ido con mi mejor amigo.

—¡Migue cuánto lo siento!

Andreina quedó pasmada no sabía qué pensar. ¿Será que mi pobre hermana encontrará ahora la felicidad? ¡Vi-

vir de la manera como lo hacía Julia no era vivir! Por lo menos había tomado una decisión que a lo mejor no era la más acertada, pero tenía que encontrarse a ella misma. La vida es para vivirla a plenitud, no, para pasar por este mundo desapercibidos sin siquiera llegar a conocer el significado de lo que encierra esa palabra. ¡VIVIR! Ojalá Julia lo lograra. Cerró sus ojos y se la imaginó sonriente. Miró al cielo y le pidió a Dios que donde estuviera, lograra ser feliz.



MÁS ALLÁ
DE LA MUERTE

Nunca traspasó la puerta que se la llevaría para siempre. Sofía, seguía en el mundo de los vivos, a pesar de que pertenecía al de los muertos. Ella tenía que cerciorarse de cómo llevaba Asdrúbal la vida sin ella, ahora que el destino se empeñaba en separarlos para siempre. ¡Pero no había cambiado! Asdrúbal seguía igual, o tal vez, peor. A ese, ya nada ni nadie lo cambiaba. “Genio y figura hasta la sepultura”, como decían por ahí, pero ella lo amaba, había entre ellos un lazo indisoluble que ni la misma muerte acabaría.

Asdrúbal comenzó a sentir que unos ojos incesantes lo miraban, sentía a toda hora que alguien más, estaba a su lado. Un olor muy fuerte a lirio se esparcía en el ambiente, era como si Sofía estuviera ahí, cerca de él. La carne se le ponía de gallina.

—¡Dios mío! ¿Por qué siento como si me estuvieran vigilando todo el tiempo? ¿Estaré enloqueciendo? ¡Qué cosa tan absurda! Todo tiene que ser producto de mi imaginación.

Después de la muerte de su mujer, comenzó a percibir ese olor, pero ahora no solo se hacía más intenso, sino, que también sentía la presencia de alguien, esto lograba perturbarlo hasta tal punto, que comenzaba a sudar por todo el cuerpo, muchas veces, con episodios de escalofríos intensos.

Asdrúbal, era un hombre cuarentón pero muy bien plantado, vestía como todo un Lord con camisa blanca, chaqueta y pantalones azules oscuros, casi negros. Zapatos bien lustrados y derecho como si se hubiera tragado una varilla; había quedado viudo hacía un poco más de seis meses, y a pesar de que la desaparición tan temprana de su esposa lo dejó turbado, había logrado sobreponerse a tal adversidad, manteniendo el mismo gusto por el trago y las mujeres que siempre lo había caracterizado, y dedicándose ahora sí, con todos los lujos, a ser el Don Juan que era, aventurero, apasionado como ninguno y dispuesto a desafiar todo lo que se le ponía en el camino. Se sentía en la flor de la vida, alto, buen mozo con un destino asegurado,

no tenía ni una sola cana y con esa estatura de más de 1,80 se sentía todo un galán dispuesto a devorarse el mundo.

Sofía, había muerto hacía ya seis meses, un accidente absurdo la había separado de él y aunque el tiempo que estuvieron casados había sido todo un calvario al lado de Asdrúbal, ella se negaba a dejar definitivamente este mundo sin él, ahora su misión, era no dejarlo en paz, siempre estaba acechándolo como una sombra, no podía partir al más allá, pensando que él comenzaría una nueva vida con otra.

Asdrúbal, cuando se casó con ella, nunca dejó el gusto por las mujeres, es más, él nunca estaba casado, la casada era ella, y siempre le tuvo que aguantar que fuera un sinvergüenza de siete suelas. Esta situación, se había vuelto para Sofía un suplicio, pues para ella no era desconocido que solía ponerle cachos con cuanta se le atravesara en el camino, además, él, tampoco lo disimulaba, se daba ínfulas de mero macho y decía que los hombres eran acreedores de este derecho. Pero a ella esta situación no le importaba con tal de mantenerlo a su lado, no le hacía

reclamos, sabía que era su esposo y saberlo suyo y tener la seguridad de que la amaba, para ella eso era más que suficiente.

Asdrúbal llegó a casa temprano y exhausto, se recostó en la cama, no quiso ni tomarse una copa de vino como siempre lo hacía, estaba tan cansado que solo buscaba dónde reposar su cuerpo y sumergirse en un sueño profundo. Cerró los ojos, pero súbitamente los abrió de nuevo. ¡Estaba aterrado! Sintió unos labios que de repente se posaron en los suyos y una voz que le decía:

—Aún no me he ido, sigo aquí contigo, junto a ti, por y para siempre. Ni la muerte pudo separarnos.

Se sintió ahogado, se levantó de la cama, fue al baño y se lavó la cara con agua fría. Esa noche, apenas pudo conciliar el sueño, no se hallaba, despertó lleno de sudor y tembloroso, sentía pánico, quería salir corriendo a una clínica porque pensaba que se estaba volviendo loco. Estaba desesperado, se puso a caminar por toda la casa, se asomó al balcón, se sentó en su mecedora desde donde veía titilar las luces de la ciudad a lo lejos, allí, permaneció hasta que comenzó a

amanecer y las primeras luces del día se asomaron. Se bañó, se alistó, y decidió ir al médico antes de que de verdad tuviera que irse para un psiquiátrico.

—Doctor, no me siento bien, creo que estoy perdiendo el juicio. Siento que tengo a mi lado a alguien todo el tiempo que me vigila, en las noches, siento su respiración, el corazón se me pone a mil. ¡Es un desaliento, que no puedo con la vida! Ni siquiera logro coordinar lo que pienso, porque me llega una pesadez en todo el cuerpo que me aniquila. Podría casi asegurar que es Sofía, mi mujer, ella murió hace un poco más de seis meses. ¡Necesito su ayuda! Mándeme algo que me quite este terror que estoy sintiendo.

—No se preocupe hombre, eso suele suceder cuando un ser querido nos deja y no nos acostumbramos a su ausencia, ya verá que con estas pastas de Xanax 0.5 mg comenzará a conciliar el sueño y todo volverá a ser como antes. Tómese una, antes de acostarse y dormirá como un bebé, pronto desaparecerán esos pensamientos o esas sensaciones extrañas que tiene.

Pero nada volvió a ser normal, las cosas cada vez se complicaban más. La presencia de Sofía se hacía más fuerte, ya hasta hablaba con ella en voz alta intercambiaba diálogos, y ella le contestaba.

La debilidad de Asdrúbal siempre fueron las mujeres y el sexo, ahora, parecía un muerto viviente, poco a poco entraba en un mutismo que nadie entendía. Se mantenía pensativo, ya poco iba al trabajo, se quedaba en casa haciendo lo que nunca hizo cuando Sofía estaba viva. ¡Acompañándola!

Asdrúbal, viendo que cada vez caía más en ese túnel sin salida, volvió donde su psiquiatra.

—Dr., ¿usted cree en fantasmas?

—Claro que no hombre, ¡no me digas que sigues con eso de sentir a tu mujer! Hay que tenerle miedo es a los vivos. Y se comenzó a reír a carcajadas.

—Dr., ya no solamente la siento. ¡Yo veo a Sofía! Convivo todo el tiempo con ella. Hablo con ella, no la puedo tocar, pero creo que ahora nos entendemos más, que cuando estaba viva. No sé cómo pude vivir sin ella

estos seis meses, no sé cómo no descubrí antes cuánto la amaba. ¿Cómo me he podido equivocar así mientras ella vivía? Van a creer que estoy loco Dr., y no es así. Puede que usted tampoco lo entienda y ni logre creerme, de hecho, sé que no me va a creer, pero es así, ¡se lo juro!

Asdrúbal, hablaba agitado, se veía hiperventilado, quería convencer al Dr. que lo que le decía, era cierto.

—¿Cómo vivir sin ella? En este momento ya no sabría hacerlo. Yo me he tomado sus pastillas tal como me indicó, pero ante la realidad no hay pasta que sirva. Dr., es un hecho. Yo puedo ver a Sofía. ¡Entiéndame!

—Asdrúbal, debemos hacer algo, yo creo que lo mejor, es que te vayas a un sitio donde puedas descansar y te traten un tiempo. Yo arreglaré todo no te preocupes. Vas a ver cómo en un mes o a lo sumo dos, esta experiencia pasará a la historia.

—Dr. No quiero ir a ningún lado. Sofía no lo va a permitir. Ella me exige que esté a su lado todo el tiempo, y es lo mínimo que puedo hacer por ella después de haberla dejado ir sola a ese lugar donde está.

Espéreme unos minutos, ¡no se preocupe yo le creo! El médico salió de su consultorio para que Asdrúbal no se diera cuenta de lo que se disponía a hacer. Llamó al hospital y se encargó de que fueran inmediatamente por él, era obvio que había perdido la cordura del todo y necesitaba ser internado de inmediato.

Tan pronto el Dr. salió, ingresó la enfermera.

—Sr Asdrúbal, le traigo agüita mientras viene el Dr. que está atendiendo una urgencia.

—Gracias Milena, la verdad es que tengo un poco de sed.

A los pocos minutos llegaron del hospital, Asdrúbal ya había sido medicado, fue trasladado a Samein, una famosa casa de reposo.

Al otro día, el sol extendía sus rayos como nunca, Asdrúbal despertó en una habitación que él no reconocía, estaba a media luz, al fondo se veía una mesita con una jarra de agua, miró a su alrededor para saber dónde se encontraba, lo único que vio fue que una silla estaba Sofía mirándolo.

—¿Creías que te dejaría solo como tú me dejaste a mí?

—¿Dónde estoy? ¿Qué lugar es este?

—En un sitio para locos. Y tú no estás loco. Tal vez ahora, estás más cuerdo que nunca. Así, que no te preocupes, yo encontraré la forma de sacarte de aquí amor. Nunca más volveremos a estar separados. ¡Te lo juro!

Para Sofía, en la vida y en la muerte solo existía Asdrúbal, era un amor enfermizo desde el mismo momento que lo conoció, por eso, le aceptó todas sus patanerías. Ahora, su alma en pena vagaba por el mundo, porque en la muerte como en la vida, necesitaba de Asdrúbal.

En ese momento, todo era mágico e inverosímil, Asdrúbal solo la miraba fijamente sin poder creer lo que oía y veía, pero nadie le creía.

Ahora Sofía, por fin se manifestaba en un halo de luz, siempre percibía su aroma y la había escuchado, inclusive hablaba con ella de temas que a ambos interesaban, ahora la veía, aunque su imagen era poco definida, podía ver su rostro perfectamente. Esta vez, no sintió miedo, ni tensión, sino, una paz infinita, solo fijaba su mirada en el horizonte; en esa bella mujer que parecía un astro lumino-

so, y que le extendía sus manos para recibirlo. Sofía había logrado su propósito, su cuerpo descansaba en paz, a partir de ese momento su misión era otra, su alma ya no se agobiaba.



EN BUSCA DE PAZ

Todo quedó completamente negro. El rostro de Daniel, reflejaba una gran serenidad, por fin, su corazón estaba en paz.

Comenzaba a aclarar el día, Daniel como de costumbre salió a trabajar muy temprano, por estos días a pesar de estar llegando a sus 40 años, se veía envejecido, como si la vida comenzara a pasarle factura. Se puso un jean y una camiseta polo azul clara, que le hacía juego con sus ojos grises, se calzó con unos mocasines, no tenía ganas de elegancias por esta época, el solo hecho de vestirse, para él ya era una proeza. Había adelgazado bastante, su pelo, se mantenía negro azabache, sin tener asomo todavía de ninguna cana. Tenía que apurarse, si quería llegar a tiempo. Ya se sentía el frío del otoño, por eso se abrigó con un blazer azul oscuro, para evitar un resfriado como el que le había dado la última vez y lo había tirado a la clínica, era mejor prevenir que lamentar después.

A esa hora de la mañana se levantaba un ventarrón capaz de elevarlo, como si fuera otra hoja más al viento. No había nada que pudiera hacer con su miserable vida insí-

pida y llena de rutina. Solo lo alimentaba del amor de Alicia, pensaba en ella día y noche. Cuando la conoció quedó fascinado, hipnotizado ante su belleza, era difícil no fijarse en ella, tenía un cuello largo como una garza, y una figura esbelta, su estatura era engañosa, sus piernas largas y su cuello la hacían ver mucho más alta de lo que en realidad era, su cintura bien torneada, su pelo negro, y unos ojos grandes almendrados que hechizaban y hacían perder la voluntad a cualquier mortal.

Llegó a su trabajo y su secretaria lo vio muy desmejorado, ella, se preocupó bastante, pues, a medida que los días pasaban el deterioro de Daniel se hacía más evidente.

—Sr Daniel, buenos días, se ve usted agotado esta mañana, ¿se siente enfermo? ¿Le traigo agua o un té?

—Tranquila Eugenia, no se preocupe, estoy bien. Lo que pasa, es que desde que estoy sin Alicia, no he podido volver a conciliar el sueño.

—Por qué no se va para su casa, yo le cancelo todos los pendientes y en la tarde, cuando se sienta mejor y haya podido descansar un poco, regresa.

—No, Eugenia, tranquila. Mi vida se ha vuelto así, sombría. —Daniel se ríe de manera sarcástica. — ¡Cuál vida, yo ya no tengo vida! Qué sentido tiene si tenemos que vivir separados de la mujer que amamos.

—Sr, tiene que sobreponerse, no puede seguir así.

—Todos los días trato Eugenia, trato, pero no puedo. ¡Maldita sea! ¡No puedo!

Esa mañana se sentía aún mareado por todo el aguardiente que había tomado la noche anterior, quería ahogar sus penas en el trago. Ya sin Alicia en casa, todo era distinto, no tenía sosiego, lo agobiaba la soledad. Se sentía agotado por el traspaso ya que no estaba acostumbrado y su cabeza le daba vueltas pensando en ella, aún recordaba su perfume, ese perfume que olía a frutos y viento fresco.

Cerró los ojos para imaginarla, podía olerla, casi que tocarla, recordaba esa mirada y esos ojos en los que él, había perdido su alma, él, sabía que estaba perdidamente enamorado y que no podría soportar esta pena. La tenía clavada en el pecho como una punzada. Su secretaria entró para recordarle su agenda.

—No te preocupes Eugenia, estoy listo para comenzar a trabajar ahora mismo.

Pero seguía ido, imbuido en sus pensamientos y alejado de toda realidad. Así transcurrió toda la mañana, no se podía concentrar, intentaba, pero no lo lograba, así, que al medio día, decidió irse al bar que acostumbraba y pasar allá la tarde entre aguardiente y aguardiente.

Cuando llegó a casa no se acostó en toda la noche, quería entender por qué le pasaba factura la vida de esa manera. Entender, qué fue lo que hizo mal, en qué falló, qué hizo que Alicia tomara la decisión de marcharse así, dejándolo solo, sumido en la amargura. Se tiró en el sillón, ni siquiera quiso prender las luces, se sentía mejor a oscuras, al fin y al cabo, así también estaba su alma: oscura. Era increíble a lo que se había reducido su vida. Observaba por la ventana la ciudad y el titilar de las luces a lo lejos. ¿Cuántos más tendrían el corazón destrozado como el suyo? O ¿cuántos harían el amor lleno de pasión y de lujuria como algún día él lo hizo con Alicia?

Tomó el teléfono y llamó a su hermano.

—Hola Pedro, perdona que te moleste a estas horas, te llamo porque te voy a dejar las llaves del apartamento en la portería, para que mañana muy temprano me hagas el favor y las recojas. Sobre la mesa del comedor te voy a dejar un papel, para que lo lleves a la oficina y se lo entregues a mi secretaria, yo tengo que salir temprano a unos exámenes médicos y ese papel lo debe tener ella a primera hora.

—Tranquilo hermano yo te ayudo con eso, pero ¿estás bien? ¡Mijo tienes que seguir para adelante! La vida hay que afrontarla y los problemas también. Seguro llegará alguien que te merezca.

—Sí, sí, no te preocupes, perdóname que no entre en detalles, pero es que tengo un poco de dolor de cabeza y como debo madrugar, me quiero acostar ya, pero mañana te llamo para que hablemos.

—Ok hermanito. Un abrazo.

Colgó el teléfono y lloró largo rato, quería votar todo ese dolor que sentía, buscaba encontrar una razón para vivir, así fuera tan solo, una.

Caminó hacia la mesita de noche, sacó papel y lápiz y se puso a escribir la carta que dejaría a Pedro su hermano, para que recogiera en la mañana. Sintió pánico de lo que sentía, de la soledad, de su cobardía para enfrentar la vida. Sudaba a cántaros.

Prendió su computadora y canceló todas las redes sociales, en este momento de su vida le estorbaban, le parecían una patanería. Se dirigió de nuevo a la sala, se recostó en el sofá, pensó en sus amigos, su familia, una serie de imágenes como la secuencia de una película le iba pasando por su mente, miraba hacia el techo absorto de cualquier realidad. Necesitaba sacar valor, se sentía ¡un cobarde! Ver que no se sobreponía al abandono de Alicia, definitivamente era ¡un egoísta! Pero al final, eso no le importaba, nadie sentía su dolor y su soledad. ¿Por qué, le tenía que importar a él lo que pensara el mundo? ¡Al carajo todo el mundo! A nadie le importaba su situación, ni siquiera a Alicia le importó dejarlo solo y se marchó con su mejor amigo. “Amigo el ratón del queso”, como decía su madre. Amigos no hay, no existen, y para muestra un botón, su

mejor amigo le había robado el oxígeno, dejándolo sin aire, para poder seguir viviendo. Le arrebató a Alicia, se adueñó de ella y se fue a construir un mundo donde el no cabía. ¡Por eso, era claro, tenía que seguir adelante con su cometido, en el fondo de su corazón sabía, que a nadie podría amar, así como amaba a Alicia! Se paró del sillón, fue hasta su reproductor y puso su canción favorita.

“Alicia querida, Alicia adorada yo te recuerdo en todas mis parrandas”. Una y otra vez, se puso una sudadera de color azul oscuro y una camiseta blanca quería sentirse cómodo. Buscó en la gaveta su arma, se apuntó en la frente, y comenzó a cantar al unísono de la música que sonaba:

—Como Dios en la tierra no tiene amigos, como uno no tiene amigos anda en el aire, tanto le pido y le pido ay hombre, siempre me manda mis males. Se me fue mi compañera que tristeza, Alicia mi compañera que dolor, Alicia mi compañera que tristeza Alicia mi compañera que dolor...

¡Pum!

Al otro día, su hermano madrugó para ir a recoger la carta que tenía que llevarle a la secretaria de su hermano. Llegó a la portería. El portero lo recibió con gran amabilidad, le tenía mucho cariño ya que siempre que visitaba a su hermano le daba para los cigarrillos.

—Hola Gerardo, ¿mi hermano ya salió?

—No señor, él debe estar en su apartamento, porque todavía no ha bajado.

—¿Dejó algo para mí?

—Sí señor, anoche me entregó las llaves para que se las diera hoy a usted en la mañana.

—Pero si él está ahí, ¿para qué me dejó las llaves? ¿Será que no madrugó a sus exámenes?

—Seguro pensó que usted llegaría después de que el saliera. Ahí está el carro, debe estar para salir.

—¡Qué raro! Voy a subir entonces.

—Tranquilo Sr., bien pueda está usted en su casa.

Timbró dos veces y nadie le abría la puerta, tomó las llaves, las introdujo en la cerradura y abrió. Todo estaba

en silencio, solo sentía la canción que salía de la biblioteca y se repetía una y otra vez en el reproductor.

“Se me fue mi compañera que tristeza, Alicia mi compañera que dolor, Alicia mi compañera que tristeza, Alicia mi compañera que dolor.”

—Daniel, Daniel, ¿dónde estás hermano?

Fue a la habitación, pero estaba arreglada como si nadie hubiera dormido allí esa noche, entró a la biblioteca para apagar la música, pensó que mientras subía muy seguramente Daniel había bajado por el otro ascensor, pero no, Daniel estaba ahí tirado con el revolver al lado, en medio de un charco de sangre.

—¡Dios! ¡Daniel qué has hecho! Le tomó el pulso, pero ya estaba muerto. Se puso las manos en la cara, no podía creer el cuadro que estaba presenciando. ¡Dios mío, Dios mío! Esto no puede ser verdad ¿cómo pudiste hacernos esto? Este dolor no lo soportará ni mi madre, ni la familia.

Fue al comedor para tomar el citófono y llamar a las autoridades a reportar el caso, se tambaleaba, estaba páli-

do, sentía que no iba a ser capaz. Efectivamente, encima del comedor estaba el papel que él había ido a recoger, cuando lo tomó, era la carta, en la que Daniel se despedía y pedía perdón por no tener el valor de seguir vivo, pues ya hacía rato lo habían matado.



LA DESNARIGADA

Todos se encontraban departiendo felices. Era el compromiso de Pirula Alberta, y José Requeleto Ambrosio. Llevaban más de diez años de noviazgo y como ella misma decía: ¡por fin ese bombрил había decidido casarse! Porque ya le iba a tocar indemnizarla por todo el tiempo que llevaba a su lado. Era una pareja bastante particular, ya que José Requeleto medía 1,92 y Pirula Alberta tan solo metro y medio. Su baja estatura se veía recompensada por una personalidad avasalladora, un hermoso pelo rubio, unos ojos almendrados y una sonrisa perfecta. En el pueblo los querían mucho, ya que habían comenzado esa relación desde adolescentes y hoy todos celebraban que por fin ese matrimonio se fuera a dar.

El recinto estaba hermoso, lleno de hortensias y faroles que rodeaban todo el lugar. Era un sitio campestre en las afueras del pueblo, pero lleno de verde donde se podía respirar el aire puro. José Requeleto, estaba emocionado, vestía con pantalón blanco y camisa de lino también blanca que le daba un aura de Santero. Pirula

Alberta, usaba un hermoso vestido estampado que contrastaba con la diadema de flores que lucía en su bella cabellera rubia.

La extremada luminosidad de la tarde resaltaba en medio de un sol fosforescente, los músicos tocaban alegres melodías, y, Pirula danzaba al compás de las notas con Cornelio, su amigo de toda la vida, al que José Requeleto le llevaba cierta envidia y celos desde hacía mucho tiempo. Pirula se reía a carcajadas de las ocurrencias de su amigo, ya que éste le decía:

—Pirula, ¡hasta que al fin se decidió ese desnalgado a proponerte matrimonio! Y lo decía con ironía.

José Requeleto estaba sentado en un tronco no muy lejos de donde se encontraba el baile y los miraba de lejos, no podía disimular su disgusto y lo incómodo que se sentía. De pronto, se enardeció, no podía soportar las risas burlonas de su novia. ¿Con qué clase de mujer se estaba comprometiendo? Si esto era ahora, ¿cómo sería después? Entró en cólera y se dejó ir con todo su ímpetu y su fuerza hacia Pirula, quitándosela de los brazos a Cornelio y de un

mordisco le arrancó la nariz, mientras la masticaba de manera maquiavélica.

Todos quedaron atónitos. El amigo de José Requeleto lo sacó del lugar, mientras este poco le importaba y los miraba de manera desafiante. Los demás invitados corrieron a socorrer a Pirula, al ver que no tenía la nariz, la buscaban en el piso todos como locos. Cornelio impresionado la subió al carro y la llevó corriendo al hospital antes de que se desangrara.

—¡Un médico! ¡Un médico por favor!

—¡El novio se le ha comido la nariz! Gritaba Cornelio como loco al ingresar a la Clínica más cercana que había encontrado en el pueblo.

—¿Se la comió? ¿Está hablando literalmente? —le preguntaba el médico de turno que espantado miraba a la pobre Pirula llena de sangre.

—Sí, él se abalanzó sobre ella y su reacción fue comerse su nariz.

Inmediatamente la llevaron a cirugía, todos en la clínica comentaban el evento. La gente en los pasillos cuch-

cheaba sin parar. La prensa se hizo presente en el hospital. Los padres de la novia llegaron cuando vieron semejante gentío atiborrado en la puerta de la clínica, se abrieron paso como pudieron esquivando camarógrafos y periodistas que se les abalanzaban para hacerles preguntas.

—¿Dónde está nuestra hija? —exigimos verla.

—¡Tranquilízate Pirulo! Que ya la están atendiendo.

—¡Dios! ¿cómo pudo pasar eso?

—No sé, José Requeleto estaba como loco, lo único que vi, fue que se me abalanzó encima cuando yo bailaba con tu hija, después, vi que un pedazo de su nariz voló, y Pirula gritaba adolorida. Todo fue muy confuso, porque él se paró, me miraba con sus ojos llenos de ira y se reía, haciendo gestos como si la estuviera masticando, como si le gustara lo que había hecho.

—Es una aberrante personalidad psicopática, caníbal. Si quiera mi hija no alcanzó a casarse con ese ¡bastardo! Merece una condena ejemplar, es un hecho, que da fe de un acto que linda con la locura.

—¿Qué dicen los médicos? ¿Has podido hablar con ellos?

—No. Todavía no.

La mamá de Pirula Alberta lloraba desconsolada, no podía creer lo que estaba pasando, siempre pensó que José Requeleto era el marido perfecto para su hija y salir con estas ahora. ¡Parecía una locura!

El médico salió, se veía confundido, aterrado ante lo que estaba sucediendo.

—Dr. ¿cómo está nuestra hija?

—Es la primera vez que nos enfrentamos a una situación de estas, nunca me había tocado ver algo semejante. Su hija perdió la mucosa interior, y el cartílago que separa las dos fosas nasales. Hay que hacerle ya mismo una cirugía de reconstrucción.

—Dr., ¿pero va a quedar bien?

—Primero, hay que hacerle una reconstrucción de la nariz a través de un procedimiento que se llama colgajo frontal. Y después ya veremos...

—¡Dios! ¿Y eso qué es?

—Es un procedimiento que consiste en extraer tejido de la frente, para proceder a moldear el pedazo de

nariz que falta, luego, hay que reconstruir también la frente.

—Dr., ¿le quedará cicatriz?

—Sí, quedará con una cicatriz en la frente, además de que perderá sensibilidad en la parte superior de la cabeza. ¿Ella tiene seguro? Porque los costos de las dos cirugías superan los 160 millones de pesos, además debemos remitirla a la ciudad donde hay cirujanos plásticos especializados en nariz.

—Sí, ella tiene seguro Dr. Yo ya me encargo de todos esos trámites, pero así no tuviera, no escatime en gastos, haga todo lo que tenga que hacer, pero déjela bien ¡por favor!

—Tranquilo señor Pirulo, eso haremos.

—Cornelio, ¡quiero que detengan a ese miserable!

—Tienes razón Pirulo. Ya me encargo de eso. Si tenía rabia, se debió de haber desquitado conmigo, pudo haberme dado un puño, pegarme patadas contra el piso, pero no, su reacción fue coger a Pirula y arrancarle la nariz, además 'toteado' de la risa salió y se fue.

Detuvieron a José Requeleto quien lloraba de manera desconsolada sin entender que le había pasado, por qué había cometido semejante acto tan atroz.

—Yo amo a Pirula, llevo más de diez años con ella, jamás le había hecho algo, no la había tocado ni con el pétalo de una rosa. ¡Dios! ¿Cómo pude? déjenme verla, quiero pedirle perdón, sé que jamás volverá conmigo, pero tengo que verla.

—Tranquilízate hombre, le decía su mejor amigo, quien se había hecho cargo de su defensa.

—Tenemos que estudiar todos los hechos de ese día. ¿Qué tomaste? Recuerda todo lo que sea posible y que nos pueda ayudar a encontrar el porqué de semejante comportamiento ¡Tú jamás habías obrado de esa manera! Así que aquí hay algo muy raro.

—¡No recuerdo nada! Ni siquiera el momento en que dicen le arranque la nariz.

Cuando despertó, Pirula Alberta se encontraba en un estado depresivo del que tampoco le interesaba salir, estaba sumida en su duelo, tratando de entender qué había

pasado y por qué José Requeleto había hecho semejante cosa. A su lado había permanecido día y noche su amigo Cornelio.

—Pirula Alberta debes seguir adelante, yo estaré siempre pendiente de ti, sabes que te adoro. Ese tipo no era para ti. ¡Mira lo que te ha hecho!

—Tú sabes que yo amo a José Requeleto, no sé por qué hizo esto conmigo yo sé que él me ama.

A los pocos minutos ingresó la policía.

—¿El Sr Cornelio del espíritu santo y de las tres cruces?

—Sí, soy yo.

Queda usted detenido por administrar drogas psicótropicas, al Sr José Requeleto Ambrosio.

—¿Qué? ¿Está usted loco? ¿Ahora el culpable voy a ser yo?

—Tiene derecho a guardar silencio y a buscarse un abogado.

Pirulo, Pirula Alberta, y su madre quedaron en shock, todos se miraban entre sí.

—Por Dios, pero si este señor lo único que ha hecho es estar al lado de mi hija acompañándola.

—Buenas tardes, Sr Pirulo. Soy el comandante de la Policía Metropolitana, le cuento que al momento de operar a su hija Pirula Alberta, los médicos encontraron en su sangre restos de una droga alucinógena que alteraba el comportamiento. Inmediatamente, se le practicó al detenido un examen de sangre, encontrándose la misma sustancia, y en el sitio donde hacían la reunión, había cámaras de seguridad, que posteriormente fueron analizadas. Allí, pudimos descubrir que el Sr Cornelio, amigo de su hija, los drogó a ambos, y estas sustancias al ser consumidas, afectan de forma particular, la capacidad que tenemos las personas de percibir la realidad, pudiendo ocasionar trastornos sensoriales severos.

—Así pues, que como consecuencia de este tipo de sustancia su hija, y sobre todo su yerno, padeció distorsiones de su percepción, se vio disminuida la capacidad para distinguir entre realidad y fantasía, y ocasionó un incremento de la intensidad de sus reacciones emocionales, llevándolo a cometer este acto tan atroz, pues estaba bajo el efecto de los alucinógenos.

Tan pronto se llevaron a Cornelio, ingresó a la habitación José Requeleto Ambrosio. Se veía aterrado al ver a su novia en ese estado.

—Pirula, mi amor, he venido a pedirte perdón, me voy de viaje, quiero olvidar este aterrador evento. Creo que ambos necesitamos tiempo y por lo pronto, que tú te recuperes. Te amo y siempre podrás contar conmigo.

Los dos se miraron, a Pirula solo se le veía como le brotaban las lágrimas de sus ojos.



EL NIÑO QUE QUERÍA
SER BOMBERO

Para Liliana, era el comienzo de una pesadilla, se negaba a creer lo que el director de bomberos le decía al otro lado de la línea. El día estaba gris, presagiaba lo que estaría por ocurrir horas más tarde.

Nicolás, saltó de su cama ansioso y feliz esa mañana, por fin, el día tan esperado había llegado, en su cabecita, de tan solo siete años, tenía una sola idea que le daba vueltas permanentemente: quería ser bombero. Este deseo le había nacido después de que su perro había sido rescatado once días después, de que organismos de emergencia lo hubieran estado buscando. Spike, un American Pitbull Terrier, se había extraviado cuando se encontraba en una misión de rescate. El niño prestaba su perro cuando necesitaban que este ayudara con labores de búsqueda. En aquellos momentos se sentía desolado, creía que jamás lo volvería a ver y sin embargo, los bomberos lo encontraron en las afueras de Bogotá y estuvo bajo el cuidado de ellos, quienes se lo devolvieron sano y salvo. Esto motivó a que la pasión de Nicolás por ser Bombero aumentara, eran los salvadores de Spike, y salvadores de vidas.

Se lavó su carita para quitar de sus ojos las lagañas de las primeras horas del día, corrió a la ducha sin que nadie tuviera que exigirselo, abrió la llave para sentir cómo el chorro le corría por todo su cuerpecito, se vistió sin la ayuda de nadie con un jean azul índigo y una camisa roja, el rojo era su color favorito, pues rojos eran los carros de bomberos, se puso sus tenis y se alistaba a asistir a una actividad de natación que había organizado el grupo de ‘Bomberitos’ en su ciudad natal de Kennedy.

Nicolás, había insistido mucho para que su colegio le diera la oportunidad de participar en ese curso vacacional, se esmeró todo el año para ser el primero en sus materias, era un niño muy pilo, sus carcajadas se sentían por todo lado, era la alegría del colegio y de su casa, el menor de cinco hermanos, y la adoración de su familia, todos los días tomaba el carro de Bomberos que el papá le había regalado en el cumpleaños número siete y hacía alarde de toda su vocación, se llenaba la boca diciendo que cuando fuera grande sería el mejor bombero del mundo.

Un día, en la cocina de su casa se desprendía un fuerte olor a gas, Nicolás, corrió donde su mamá y le dijo:

—Mamá, mamá está oliendo a gas, si hay una explosión, yo te salvo en mi carro de bomberos. Hacía unos meses un derrumbe había acabado con la vida de miles de personas en Salgar, un pueblo cercano a donde vivía, Nicolás, no despegaba los ojos del televisor, él se imaginaba que era otro más de los rescatistas y que estaría allí auxiliando a todos los que habían perdido la vida por el deslizamiento de tierra y las inundaciones. Le atraían los rescates vehiculares y rescates de alturas, todo lo veía como una gran aventura donde él sería el protagonista, de hecho, todos los días, soñaba que apagaba muchos incendios con una manguera larga que subía hasta las nubes y que él salía en su carro con el ulular de las sirenas a rescatar la gente.

Nicolás, tomó su desayuno y le dio un beso a su madre. Se sentía feliz, y entusiasmado en solo dos semanas tendría su diploma y ya no sería solo un sueño, sería Nicolás, el bomberito de Kennedy y todos, así lo reconocerían, le

pidió a su madre el traje de baño y salió tan pronto sintió el pito del bus que lo llevaría a su entrenamiento. Liliana su mamá, le recordó que no dejara los documentos que ella había firmado autorizando su participación, eran muchos los papeles que le habían exigido y que había diligenciado entre ellos, el consentimiento informado de que aceptaba que su hijo fuera uno de los 29 seleccionados para dicho entrenamiento.

Nicolás, salió de su vivienda en el sector de Kennedy Central, se subió al bus que lo llevaría hasta la Estación de Bomberos de Kennedy, ubicada en la calle 41D sur con carrera 78N de Bogotá. El niño, estaba emocionado, saludaba a todos sus amiguitos. El entrenamiento constaba de primeros auxilios, disciplina, respeto a los adultos, técnicas para controlar el pánico en situaciones de riesgo, entre muchas otras áreas, y clases de natación para aprender a salvar vidas. Nicolás ingresaba a las 8:00 a.m. hasta las 12:00 m. Cuando llegó se puso su traje de baño, se sumergió en el agua, los otros 29 compañeritos también entraron al agua y los instructores comenzaron su clase, había

una normalidad asombrosa, todos jugaban entre sí, y solo se oían las risas y los gritos de un montón de niños que, emocionados, jugaban a ser bomberos.

El agua estaba helada, era una piscina de 25x16 metros y de 2 metros de profundidad, allí de forma permanente se dictaban clases y también se utilizaba para diferentes entrenamientos.

La clase terminó, todos salieron del agua, pero faltaba uno, no veían a Nicolás, inmediatamente se encendieron las alarmas.

—¿Dónde está Nicolás? —le preguntó el instructor a uno de los compañeritos.

—No lo sé, él dijo que quería nadar un poco tan pronto terminó la clase.

Efectivamente, Nicolás se había ido hasta la parte más profunda de la piscina, sin que nadie lo viera, solito como un pececito se sumergió solo en las profundidades, era muy pequeño y cuando quiso salir al exterior, por más que intentaba no era capaz, luchó contra la fuerza del agua con todas sus fuerzas, pero era en vano. Los rescatistas se per-

cataron que el niño estaba en el fondo de la piscina y fueron a auxiliarlo.

Joaquín se lanzó a la piscina, tomó al niño y lo sacó de la piscina. Mostraba signos de asfixia, por eso de manera inmediata lo trasladaron de urgencia al Hospital de Kennedy.

—¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡Ayúdenos por favor! —gritaba Joaquín tratando de que revivieran al niño.

El teléfono sonó insistentemente, era ya casi medio día, Liliana sintió una punzada en su corazón como si este le avisara que algo andaba mal, al otro lado de la línea estaba una trabajadora social que le indicó que la comunicaría con el director de bomberos.

—Señora Liliana, soy el Director de Bomberos de la estación de Kennedy. Necesitamos que se acerque al hospital San Juan de Dios aquí en ciudad Kennedy. Lamento informarle que, su hijo Nicolás, ha sufrido un accidente.

Liliana salió corriendo como una loca, se puso un jean y unos tenis y sin avisarle a nadie como pudo, tomó un taxi, cuando se bajó la esperaban muchas personas, médicos, psi-

cólogos, equipos interdisciplinarios, también estaba el director de Bomberos quien se le acercó para abrirle la puerta.

—¿Dónde está mi hijo? Quiero que me dejen verlo.

—Señora, lamentamos mucho lo sucedido, el niño llegó sin signos vitales y no pudimos hacer nada para salvarle la vida. Cuando lo sacamos de la piscina se le hicieron varias maniobras de reanimación mientras se llegaba a la clínica que como puede ver esta bastante cerca, pero desafortunadamente no fue posible salvarlo.

Liliana sintió que se moría, lloraba de manera desconsolada.

—Pero, ¿cómo pudo pasar esto?

Nadie le respondía. Se dirigió a ver el cuerpo del niño. Lo vio ahí, tirado con su ropita de baño, lo tomó entre sus brazos y gritaba de manera desgarradora. ¡Estaba inconsolable! Solo repetía:

—Me lo dejaron morir en un acto de negligencia. No pudo cumplir su sueño de ser bombero. Mi chiquito se ha ido para siempre, se ha apagado su sonrisa. Ahora en su casa solo queda un sin número de recuerdos, el carro de

bomberos con el que entrenaba para ser el bomberito de Kennedy ya no sonaba su sirena. Se fue a apagar los incendios del cielo y desde allá a cuidar de sus amados padres y hermanos.



TENTÁCULOS
OCULTOS

Amaneció, Ángela se despierta en su habitación, abre las cortinas para que entre la luz. Ve por la ventana que el día está radiante, el cielo despejado y el sol resplandeciente. Hoy, está más feliz que de costumbre, su entusiasmo es evidente, hoy llega su nieta María del Mar de Londres, ha estado esperando ansiosa que esta fecha llegara, ya han pasado dos años, eso hacía que no la ve. Baja las escaleras, su marido ya se ha ido, siente el olor a café recién hecho, y le pide a Luz que le sirva uno, a esa hora del día sirve recargar energía, aunque hoy las tiene ¡todas! De repente, suena el teléfono y al otro lado de la bocina se encuentra Yelena quien con voz angustiada le dice:

—Señora Ángela, veo a su tío mal, está tembloroso, tiene dificultad para coordinar, no tiene equilibrio, su semblante está pálido, y no sé qué hacer.

Angela se angustia, ella se encuentra en Medellín y su tío, a quien ama como a un padre se encuentra en Cartagena.

—Yelena, busque quien le ayude para trasladarlo al hospital Naval, él es jubilado de la armada y allí, lo reciben inmediatamente, pero antes pásame lo al teléfono por favor.

—Hola, Alberto, ¿cómo estás?

—Bien, yo estoy bien, desayunando.

—¿Sabes quién soy?

—Claro, ¿cómo no voy a saberlo?

—¿Quién soy entonces?

—Yo estoy muy bien, estoy desayunando.

Ángela se dio cuenta de que algo más grave sucedía, tenía los síntomas de un derrame, ella los conocía perfectamente, por eso, colgó el teléfono y de inmediato se puso a localizar una ambulancia, pero, aunque Cartagena es una ciudad pequeña, no encontraba ninguna. Y se desesperaba, pues cuando ocurren estas cosas hay que correr: si se llega al hospital durante los primeros 60 minutos, es posible salvar la vida, ya le pasó con su madre, cuando a esta le dio un infarto, por más que corrió y trató de reaccionar a tiempo, no alcanzó a llegar al hospital y murió mientras la trasladaban. Esto la dejó en un estado de depresión profunda durante mucho tiempo, del que casi no sale. Por eso, pensar en esto la atormentaba en este momento. Sentía estar viviendo la misma histo-

ria, con el agravante de que estaba lejos y se hacía más difícil controlar la situación. Llamó a un amigo para que fuera hasta donde estaba su tío, y le ayudara a Yelena a llevarlo hasta la clínica.

Menos mal que ésta queda cerca, y no hay que atravesar la ciudad que por esta época se hace imposible.

El tiempo corría y Ángela no tenía noticias, los minutos se hacían eternos y la angustia se apoderaba de ella, recordó que María del Mar arribaría en unos minutos y que tenía que recogerla en el aeropuerto.

Llamó a Alejandro, su esposo, le contó lo que sucedía y le dijo que pasara por ella, en ese estado no podía conducir. Alejandro de inmediato salió a recogerla para ir juntos a recibir la niña al aeropuerto. Ángela estaba muy nerviosa, no musitaba palabra, decidió volver a llamar a Cartagena, esta vez habló directamente al Hospital Naval, ya Alberto se encontraba allí, le pasaron al médico que era de total confianza para su familia.

—Hola Dr. Garnica, cuénteme ¿qué es lo que le pasa a mi tío?

—Ángela, él ha llegado al Hospital con el azúcar en 600, por eso pensamos inicialmente que era un coma diabético, pero después de hacerle un chequeo más completo, hemos detectado un sangrado en el cerebro bastante agresivo, que hace que tengamos que operar ya, pero por ser tú, el único familiar de sangre, debes darnos la autorización por escrito para poder intervenirlo.

—Dr., yo no puedo viajar ahora, me es imposible, por eso le pido que me acepte que vía mail le envíe mi autorización autenticada, mientras hago todos los arreglos para trasladarme a Cartagena. ¡Por Dios! Qué angustia, usted sabe cuánto amo a mi tío, y en este momento me dirijo al aeropuerto, voy a recoger a mi nieta María del Mar que llega de Londres, viene de vacaciones a quedarse con nosotros, no la puedo dejar sola, es muy pequeña. Sin embargo, déjeme ver qué hago, para arreglar todo y poder viajar.

Ángela rompió en llanto, ese día había amanecido feliz, y ahora estaba a punto de perder a su tío.

—Cálmate Ángela, todavía no sabemos qué tan grave puede ser, si sobrevivirá o no, hay que esperar, seguro que

los médicos harán todo cuanto puedan, está en las mejores manos, y Alberto ha sido un hombre muy sano y fuerte.

—Sí, pero está solo, sin mí, y yo no puedo dejar la niña sola.

Llegaron al aeropuerto y ya la auxiliar de vuelo los estaba esperando para entregarles la niña. La felicidad de los abuelos se les reflejaba en el rostro, además, tenían que ser fuertes pues no podían exteriorizar lo que sentían, sobre todo Angela, ya que la pequeña saltaba al ver a sus abuelos a los que amaba con toda el alma.

—Ven acá mi pequeña, ven te doy un abrazo, qué grande estás, eres ya toda una señorita. ¿Qué tal el vuelo?

—¡Fantástico abuela! Las nubes eran como algodón, y me dieron muchas cosas en el avión, me gané un diploma a las alturas. Se lo mostraré a mis amiguitas y a mi mamá para que me dé un regalo por haberme ganado este diploma.

—Por supuesto mi muñeca, estamos felices de verte de tenerte de nuevo con nosotros. Ya sabes que Yaya...

—¡Me ama!—contesta Maria del Mar.

—Los abuelos se ríen, así es mi amor, te adoramos.

No había terminado de recibir la niña, de abrazarla, de llenarse de dicha por ese momento que tanto había deseado, cuando de nuevo sonó el celular, era el Dr. Garnica.

—Dr., ¿qué pasa?

—Ángela, necesitamos la autorización de prisa. Mándamela, así sea sin autenticar, están corriendo segundos valiosos. No hay tiempo que esperar.

Ángela y su esposo, buscaron allá mismo en el aeropuerto un sitio donde redactaron la carta autorizando la intervención de Alberto y la enviaron.

Cogieron el carro, con María del Mar quien no lograba entender tanta carrera, pero ella también estaba feliz de estar con sus abuelos.

Ángela tomó el celular y llamó a su hija para contarle que la niña había llegado bien, que ya estaba con ellos, pero que por otro lado Alberto agonizaba en Cartagena.

El tiempo pasaba y no tenía noticias de los resultados de la operación. Ángela se impacientaba.

—Dr. Garnica, ¿cómo salió todo? Deme buenas noticias, ¡por favor!

—Ángela, todo salió bien, pero la hemorragia fue muy severa y por la edad y las complicaciones que tiene, cualquier cosa puede suceder, habrá que esperar 48 horas para ver la evolución, después de ese tiempo sabremos cual es la real situación.

—Qué bueno Doctor. ¡Dios lo bendiga!

Pasadas las 48 horas Ángela llamó a la clínica.

La enfermera le respondió.

—El padre Alberto, superó la operación ya pasaron las 48 horas y todo ha salido bien.

Ángela se sentía feliz, creía que todo había llegado por fin a la normalidad y que ahora sí disfrutaría por completo la visita de su nieta.

Dos días después, Ángela estaba más descansada y feliz de ver que su tío se recuperaba de la operación. Sonó nuevamente su celular.

—Ángela, ¿cómo estás? Soy el Dr. Garnica nuevamente.

—Dr., ¿se ha presentado algo?

—Ángela, hay una nueva novedad, hemos descubierto en su tío un hongo que no hemos podido identificar todavía.

—¿Un hongo? ¿Cómo así Dr.? No entiendo.

—Ángela, ¿dónde vivió su tío los últimos meses?

—En el Apartamento de él, después de que lo jubilaron de Sacerdote se radicó allí por que dejó la Parroquia, pero antes estuvo en Parroquias súper buenas la última fue en Boca grande, allí estuvo los tres últimos años.

—Es que es muy raro, es un hongo, que no podemos saber su procedencia, aún no tenemos ni siquiera el anti-biótico para contrarrestarlo, es un hongo bastante agresivo, solo podría encubarse en lugares de hacinamiento.

—No, pero no puede ser Dr., él ha estado viviendo bien, tiene una señora que se encarga de su cuidado. Ángela comenzó a mover cielo y tierra, para saber qué podía ser lo que tenía Alberto.

Llamó a diferentes personas, amigos cercanos, al mismo monseñor y nadie le daba una respuesta que la satisficiera. En una de tantas averiguaciones un sobrino suyo le contó que desde hacía varios meses lo frecuentaba una señora llamada Amalia quien decía ser feligrés de su parroquia y ahora benefactora de él, ella, aprovechando su

estado de vejez cada mes le sacaba de su cuenta la pensión que le consignaba la Armada, se quedaba con la plata, y a él, solo le daba unos cuantos pesos.

—Pero, ¡por Dios! Cómo no habían dicho eso antes. A mí, sí me ha contado acerca de Amalia, una señora que, según él, era una benefactora de la parroquia muy amiga suya en quien confiaba plenamente.

—Había que localizar como fuera a la tal Amalia.

De nuevo suena el teléfono y es el Dr. Garnica.

—Ángela tenemos que conseguir un antibiótico que no se consigue en Colombia, Hay que encargarlo, cuanto antes o de nuevo se afectará el cerebro. Es cuestión de segundos o no sobrevivirá.

Haga lo que tiene que hacer Dr., yo voy a comprar tiquete para esta misma semana.

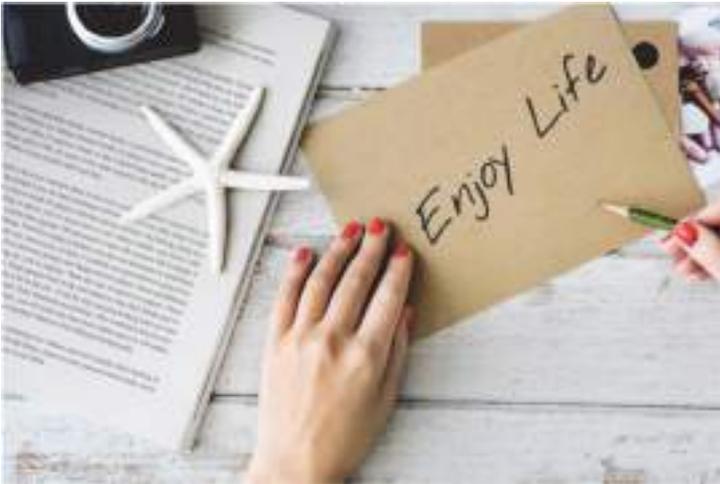
Ángela organizó todas sus cosas, sabía que la situación no daba espera, compró tiquete para ella y su esposo y dejó a María del Mar con sus abuelos paternos, de todas maneras, su hija y el esposo vendrían en pocos días para radicarse definitivamente en Colombia.

El avión aterrizó en Cartagena esa ciudad que amaba con el alma, pero no era la misma, se sentía en el ambiente la tristeza, caía un torrencial de agua, era como si el cielo llorara a cántaros. Ángela llegó hasta el hospital, allí la esperaba monseñor y mucha gente que se aglomeraba a esperar que el padre Alberto se recuperaba ya que seguía en cuidados intensivos. Él era un personaje muy querido en Cartagena, tan pronto llegó el Dr. Garnica la dejó pasar, pero antes le dijo:

—Lo que tiene Alberto es la consecuencia de una sustancia que le estuvieron suministrando en el último año, no hemos detectado exactamente qué es, pero poco a poco fue dañándole el cerebro, Alberto ya no era dueño de sus actos, no tenía voluntad, y ahora aparte del accidente cardiovascular está el hongo producido por esa misma sustancia.

Era doloroso verlo en ese estado en el que se encontraba, un hombre que había sido un roble toda la vida y al que nunca se le oyó quejar de nada. Ángela salió consternada, y se dispuso a averiguar quién era la tal Amalia, porque para ella, era la única culpable del estado de Alberto.

Las horas pasaban, pero Alberto no reaccionaba, Ángela tenía tantas preguntas sin respuesta y ya no había nada que hacer, solo esperar y rogar a Dios que un milagro les devolviera a Alberto.



UN AÑO SABÁTICO

Renata, acababa de terminar la Universidad. Se encontraba empacando para irse a un año sabático, quería descubrir nuevas culturas, conocer y aprender. Un deseo que siempre había tenido y que hoy, se le hacía realidad; gracias a su padre, un adinerado empresario que solo tenía ojos para su hija. Qué mejor regalo podría darle si eso era lo que siempre ella había soñado.

Renata se encontraba muy entusiasmada y preparaba emocionada su viaje, ese día encendió el televisor y estaban dando la noticia de que el nuevo mundo es uno de los tres, que rodean a una estrella enana roja llamada Wolf 1061, la cual está tan solo a 14 años luz de distancia. Fue detectada por científicos en la Universidad de Nueva Gales del Sur en Australia. Se han encontrado más planetas, pero ninguno, tan cercano a la tierra y, además, habitable. Renata, quedó interesada por la noticia, le llamaba mucho la atención la posible vida en otros planetas, y pensó, que ya que iba a tener tiempo para dedicarse a averiguar más acerca de este tema.

Rolando y Berenice sus padres, la llevaron al aeropuerto, estaban nostálgicos pero felices de que su hija comenzara este viaje que era su mayor anhelo.

Renata, tomó el avión que la llevaría a su primer destino Tailandia. Allí, quería aprender buceo, todo lo tenía perfectamente organizado y su padre ya había costeado todo, asegurándose de que su hija aprovechara el tiempo de la mejor manera, aprendiendo y visitando los sitios que ella quería.

A los pocos minutos de haber iniciado el vuelo, las auxiliares comienzan a repartir el refrigerio. Renata, pide un whisky para relajarse y sintonizarse con la nueva aventura que comienza, pero de repente el avión hace un giro equivocado que lo conduce directo a una tormenta de gran magnitud, por las ventanas se podía observar los rayos, el avión se movía hacia arriba y hacia abajo. Renata estaba asustada, el piloto anunció que habían entrado a una gran tormenta que por favor amarraran sus cinturones hasta que esta desapareciera, a Renata se le cae el vaso con el whisky y se rompe, por supuesto, todos los pasajeros entran pánico.

—Señores pasajeros: estamos atravesando una fuerte tormenta, les ruego el favor de mantener la calma.

Pero todo era en vano, la gente seguía gritando, las turbulencias eran cada vez mayores, había granizo severo, lo que condujo a que uno de los motores se congelara, no había visibilidad, se veían fuertes rayos a través de la ventana, corrientes ascendentes y descendentes y un fuerte viento que de repente, hizo que la aeronave comenzara a dar giros como si un remolino la absorbiera.

Todos gritaban, rezaban, se encomendaban al santo de su devoción, la gente parecía no tener consuelo y ya a punto de estrellarse, sin saberse cómo, de la nada, alguien a quien no ven, carga el avión evitando que este se desplome. En la casa de los padres de Renata se enteran de que el vuelo en el que viaja su hija está desaparecido, por lo que comienza una fuerte búsqueda para dar con su paradero.

Rolando y Berenice no lo podían creer, era su única hija y no habían escatimado esfuerzo alguno, para darle ese viaje.

—Berenice, ¿cómo es posible que la niña ni siquiera hubiera alcanzado a iniciar su itinerario? ¡Dios mío! ¿Qué

vamos a hacer? Nuestra hija es lo más importante para nosotros. ¡No le hubiera alcahueteado ese viaje!

Berenice lloraba sin consuelo, si Renata moría, ella también lo haría, pues con ella se iba su vida. 190 personas eran las desaparecidas, y todos los familiares se movían en un mar de desconfianza, dolor y desesperación. Todos se preguntaban qué pudo haber pasado con la aeronave y le exigían a la aerolínea que la encontrara, que era su deber.

Pasaron tres semanas y nada se sabía del avión y sus pasajeros, el desconsuelo y el escepticismo era total, ya era más que obvio que si lo hallaban, no habría nadie con vida.

Rolando y Berenice, no habían escatimado esfuerzos, ni dinero, para su búsqueda. Habían contratado todo cuanto les habían dicho que era necesario, pero nada había servido.

Renata y sus compañeros de vuelo despertaron dentro de una civilización alienígena, nadie se acordaba de nada, ni siquiera, de que algún día habitaron un planeta llamado tierra en el que dejaron una vida y una familia. Allí, eran otros seres más, en un sitio que parecía un Oasis de vida

espacial salpicando el Cosmos, semillas de vida que se esparcían como burbujas que flotan. Los alienígenas habían tomado el avión evitando una catástrofe, ahora, su misión era analizar la raza humana, conocerla y experimentar con ella. Su objetivo: crear una raza de amor y comprensión.

Los humanos destruyen, se matan entre ellos, maltratan su ecosistema, por eso, quieren retenerlos por un tiempo; hasta que el chip de sus mentes sea cambiado, y puedan regresar a la tierra como portadores de una nueva era de cambio. Quieren humanos felices, seres capaces de dar y recibir amor por encima de cualquier circunstancia, que al igual que ellos, desarrollen habilidades extrasensoriales especiales, que les permita ser seres evolucionados y ayudar a que la tierra no se acabe. Así, que habían decidido que hasta que esto no ocurriera, no los devolverían a la tierra.

Mientras tanto, el tiempo había pasado y los padres de Renata se dieron al dolor, ya no había nada que hacer, pues el gobierno, la aerolínea, y todo el mundo había in-

tentado a través de todos los medios buscar a los desaparecidos, sin tener suerte. Nada se sabía del avión, no había restos de la aeronave. Había pasado un año y ellos deambulaban por el mundo por la ausencia de su hija, con un dolor que les atravesaba el alma, parecían inertes, se limitaban a respirar no les había quedado más remedio que adaptarse a su nueva vida.

Un día muy temprano, hacía mucho frío, era un día lluvioso, particularmente por la ventana se podía ver que la atmósfera estaba enrarecida, tocaron la puerta y salió Berenice, era el cartero que traía una carta dirigida a ella.

Berenice, entró a su casa, tomó la carta, le pareció rara pues no tenía estampilla, el sobre parecía de otra época y la tinta con la que se marcaba el destinatario estaba en letras doradas bastante resplandecientes lo que daba a entender que era una carta de alguien importante. Al abrirla, inmediatamente miró quien la firmaba y vio el nombre de Renata, su hija. Se puso pálida, como pudo llamó a su marido.

—Rolando, Rolando baja de inmediato.

—¿Qué pasa mujer? ¿Qué son esos gritos? Está muy temprano, vas a despertar a todo el mundo.

Corrió a buscar las gafas y se sentó.

—Rolando, ¡por Dios! Esto debe ser una broma pesada, alguien que nos quiere causar más dolor del que ya hemos sentido.

—¿Cómo así? No te entiendo nada.

—Berenice se puso sus gafas y comenzó a leer.

—Madre, me encuentro en el sur de Australia en Wolf 1061. Este viaje ha sido maravilloso, estoy inmensamente agradecida por haberme regalado este año sabático, son muchas las historias que tengo para contarles, regreso el próximo lunes en el vuelo 302 a las tres de la tarde, hora de allá. Estoy ansiosa de verlos y darles un abrazo. Un beso a mi padre dile que ¡lo adoro!

Tu hija. Renata.



LA ENTREGA DEL HOMBRE MÁS BUSCADO

(Basada en una historia de la vida real. La entrega de Pablo escobar a un Periodista en la Ciudad de Medellín Colombia en el año de 1.991.)

Corría el año de 1.971, Yakutsk, la capital de la República de Sajá vivía una de las épocas más terribles de violencia y narcotráfico. Abril acababa de terminar la Universidad, era toda una periodista y su mayor anhelo era poder entrar a un canal de televisión, era amante del arte, la pintura y la poesía. Abril, tenía 28 años, su aspecto era el de una universitaria recién egresada, su pelo lo cogía con una banda elástica y a toda hora se le veía de tenis y jean. Se había graduado con honores en la Universidad Federal del Noreste, llevaba varios años trabajando en los medios, y ahora su misma Universidad la recomendaba para ser la directora del noticiero más importante en su país llamado: “Así anochece en Yakutsk”.

La época era demasiado complicada para atreverse a dirigir un noticiero y a ejercer el periodismo en una Ciu-

dad donde la calma no existía, solo se escuchaban carros bomba que estallaban en diferentes lugares de la ciudad, dejando muerte por todos lados, las masacres se volvieron rutina, hombres en moto encapuchados, se veían desplazándose entre las calles, el temor era latente, a la gente le daba miedo salir y que la sorprendiera la muerte en cualquier esquina. La violencia se había tomado Yakutsk, una ciudad caracterizada por sus verdes montañas, enormes edificios, flores exóticas, un clima maravilloso, por eso era llamada la ciudad de la eterna primavera, pero poco a poco se había ido acostumbrando al olor a muerte y podredumbre que reinaba en el ambiente.

Abril aceptó el reto, era ahora o nunca, sabía que esa dirección se la había ganado por su buen desempeño como periodista y los múltiples premios que le habían otorgado, además, de que las pruebas que aplicó para acceder al cargo eran las mejores.

El periodismo une, da un sentido, ayuda a comprender la ciudad, el país y el mundo, por eso Abril, quería ejercer ese cargo con la pasión con la que manejaba todo en la vida

y de una manera objetiva, para que la gente tuviera siempre la verdad de primera mano, además sabía que el papel del periodista en tiempos de guerra cobra mayor importancia, obliga a desplegar una actividad informativa más intensa al servicio de la audiencia en general. Cada cinco días muere un periodista en el mundo, y sufren de amenazas permanentes contra su integridad en el ejercicio de su oficio. Pero eso, a Abril le daba más argumentos para su trabajo.

Abril aceptó el cargo y comenzó a dirigir el noticiero. A los pocos meses este se convirtió en líder de sintonía en la región, su información era veraz, oportuna, imparcial, seria, lo que cada vez lo catapultaba como el mejor. Todo su equipo periodístico tenía el sello de su líder y en medio del conflicto por el que atravesaba el país se mantenía independiente frente a todos los actores. Su compromiso fundamental era con la verdad, el rigor y la autonomía.

Abril ya había escrito varios textos sobre periodismo y ética que la llevaron a ser un personaje bastante reconocido, una persona abierta que no le teme acercarse a la fuente, decir las cosas claras y mostrarlas sin tapujos.

La vida de Abril cada vez sobresalía más, y su noticiero seguía manteniéndose en la cúspide. De pronto recibió una llamada anónima.

—Buenos días, ¿hablo con la periodista Abril?

—Sí, como no. ¿Quién es usted?

—Mi nombre es Simón. La llamo de parte de Alias Satanás. Me imagino que sabe quién es.

—¡Por supuesto que sé quién es!

—Él quiere darle un reportaje exclusivo a usted, como antesala a su futura entrega. Así, que pronto nos estaremos comunicando con usted, para confirmar día y hora.

Abril, no sabía qué pensar, ella, había tratado de hacer acercamientos muchas veces con él, para que le diera una entrevista sin tener ningún resultado, sabía que el resto del mundo anhelaría ser ellos los depositarios de semejante noticia, sintió susto, pero a la vez, un orgullo inmenso, lo había soñado, lo había buscado y ahora estaba allí a las puertas de conocer quién era en realidad Satanás.

A los dos días la abordó un hombre a la salida del noticiero y le entregó una carta y sin ningún reparo le dijo:

—Vengo en nombre de Satanás, él quiere incluir un periodista en el grupo de personas que van a estar en el momento de su entrega, él quiere que esa periodista sea usted, por eso le pido me espere junto a la estatua de los libertadores en el parque principal, allí en 20 minutos estará pasando un auto negro de vidrios polarizados con estas placas MMW 207, la recogerán y la llevarán donde el patrón.

—Y a usted, ¿quién le garantiza que yo vaya a ir?

—Sabemos que usted lo ha estado buscando hacer mucho tiempo. ¿Por qué desperdiciaría esta oportunidad?

Efectivamente, Abril asistió a la cita, fue recogida por el auto, le vendaron los ojos y la llevaron hasta un helipuerto para tomar un helicóptero que los estaba esperando, tan pronto se subió reconoció la voz de Satanás, quien muy amablemente la saludó.

—Buenas tardes periodista Abril, estaremos sobrevolando todo el tiempo mientras le doy la entrevista.

Le pidió a la guardia de seguridad que se retirase del lugar para quedar a solas en el helicóptero con Abril. Lo

único que ella llevaba era: sus oídos, sus ojos, un lapicero, una libreta, una grabadora por si le permitía grabar, y el miedo de enfrentarse con un hombre del que se hablaba tanto.

Satanás no podía disimular el encanto que sentía por la periodista, sus ojos le brillaban, y Abril quedó maravillada ante tal caballero.

—Nunca lo imaginé así Sr., tan galante, tan respetuoso, pensé que era petulante, orgulloso, altanero, displicente.

—¿Qué pensaste Abril? ¿Que soy un guache, un demonio tal y como me quiere mostrar a todo el mundo la prensa? Siempre quise conocerte y por eso pedí que fueras tú la portadora de esta noticia. Muchos están detrás de esto, puros oportunistas que buscan hacer méritos con padre nuestros prestados. Tú eres distinta, honesta y defensora de las causas sociales, ¿sabes una cosa? Siempre me has gustado por tu maravillosa manera de contarle al mundo las cosas, además de ser muy bella e inteligente, de eso no hay duda.

El capo de capos vestía un jean azul oscuro, camisa azul clara de rayas blancas, guayos blancos, impecablemente limpios, su pelo bien peinado, las uñas recién arregladas pintadas con un brillo suave. La miraba de manera penetrante, parece que quería escrutar la mente de Abril, y averiguar que estaba pensando realmente ella. Era obvio que se sentía desconfiado, pero Abril a pesar del susto que tenía, se esforzaba por mostrarse serena, y no era para más se encontraba, junto a uno de los capos de la droga más sangrientos, un mito del que se decía toda clase de cosas, también considerado en algún momento un Robín Hood ya que se le conocía también que era humanitario y le gustaba ayudar a los más necesitados.

El Capo comenzó a redactar lo que quería que Abril, publicara es anoche en el noticiero. Le pidió el favor de que le revisara la ortografía y la redacción, se notaba que se esforzaba por escribir bien. Mientras tanto el helicóptero sobrevolaba la ciudad.

—De todas maneras, me gustaría que me respondiera algunas preguntas. La gente está ávida de respuestas y si

vine hasta aquí era para entrevistarlo, pero me he limitado solo a ver lo que usted escribe.

—Mi querida periodista Abril, ya se está acercando la noche, y debemos aterrizar. No quiero poner en peligro su vida, además este comunicado debe salir hoy. De pronto el helicóptero hizo un fuerte giro, y Abril logró asustarse.

—No se preocupe periodista, eso fue solo una pequeña turbulencia, ya nos estamos acercando a la azotea de la gobernación donde aterrizaremos.

Efectivamente, después de sobrevolar casi dos horas, el helicóptero aterrizó.

—Le agradezco mucho el que me haya acompañado en este vuelo. Es usted tal como la imaginé.

Abril, se bajó, faltaba poco para comenzar la emisión en directo, así que se dio prisa.

Estaba aturdida, el vuelo, el encuentro con Satanás, sentía una maraña en su cabeza, pero el deber la llamaba, y tal como estaba previsto a las nueve de la noche, de ese 19 de junio de 1971, en la emisión del noticiero así anochece en Yakutsk, una entrevistada especial salió a las cámaras:

se trataba de Abril, la periodista portadora de los detalles de la entrega del hombre más buscado, allí, ella era la protagonista. Ella fue la escogida por el mismo capo para narrar su historia en vivo, sin imágenes de lo ocurrido porque Satanás no lo permitió, sacó su grabadora y le dio play para que se escuchara al aire la voz del Capo; allí, estaba Abril relatando lo que había pasado, cómo había sucedido que ella fuera en el helicóptero con el hombre más buscado del mundo. Durante la emisión de esa noche se dieron a conocer los detalles de la entrevista y el comunicado que Alias “Satanás” había enviado.

—“A siete años de persecución, de atropellos y de luchas, deseo sumarle todos los años de cárcel que sean necesarios para contribuir a la paz de mi familia, a la paz de Yakutsk, al fortalecimiento del respeto por los Derechos Humanos, al fortalecimiento del poder civil y al fortalecimiento de la democracia de mi querida patria de Yakutsk”.

En estos momentos históricos de entrega de armas de los guerrilleros y de pacificación de la patria, no podía

permanecer indiferente frente a los anhelos de paz de la enorme mayoría del pueblo de Yakutsk. Por eso en los próximos días me estaré entregando para contribuir con este proceso de paz.

Al otro día, cuando llegó a almorzar, su casa estaba llena de flores, hermosas rosas de todos los colores, no tenía por donde caminar. Eran de Satanás, y en la tarjeta decía: tú brillarás entre todas ellas porque eres la más linda flor. Gracias por transmitir de manera tan perfecta lo que yo quería decir. No me equivoqué cuando decidí que era a ti a la que iba a darle la primicia.

Allí en su memoria solo queda el recuerdo de esa época vivida un horizonte realista del pasado, presente y futuro de esa ciudad que ama.



EVOCACIÓN

Sentada frente al mar evocaba esos hermosos años vividos, tantas cosas cruzaban por su mente, iban y venían como las olas que golpean los espolones de ese atardecer costero, el cielo de un azul profundo, y el sol brillante ocultándose en el infinito.

Isabel a sus 87 años aún conserva su lozanía, una piel blanca, tersa, aterciopelada, unos ojos color ámbar, mirada profunda, capaz de penetrar el alma de quien la mira, pelo blanco, y unas cuantas marcas que reflejan el paso de los años. Allí sentada seguía tejiendo su historia, como quien quiere prolongar su existencia. Si, prolongar su existencia, Isabel quería ser inmortal. El solo hecho de pensar que algún día terminaría su vida, le provocaba pánico, por eso divisaba el mar, veía como las olas iban y venían, allí no había final, miraba hacia el infinito y quería ser como ese mar que al juntarse con el cielo se fundían en uno solo y perpetuaba la existencia. Allí, mirando el horizonte Isabel daba rienda suelta a sus recuerdos, y hacía una introspección de sus vivencias.

—Da mucha nostalgia recordar, pero al mismo tiempo el corazón se ensancha de una infinita alegría, por eso me

empeño en vivir y degustar sorbo a sorbo mi existencia. He vivido como he querido y a mi manera, doy gracias a la vida y a ese ser supremo, porque viví, y ahora me doy el lujo, de mirar atrás sin remordimientos y alimentar estos años de mi vida con todos esos recuerdos que atesoro en mi memoria como lo más sagrado. Me llegan muchas imágenes de cuando era niña y corría por los jardines de aquella casona, revoloteando cual mariposa buscando en mi alma los colores del arco iris. Su madre siempre le decía.

—“Isabel chiquilla no corras que te caes y te golpeas”.

La quería tener en todo momento a su lado, era imprescindible para ella, su aliento la alimentaba y le permitía seguir con vida, no existía en el mundo nada que lograra iluminar sus días opacos, sin brillo, llenos de ausencia, de dolor profundo, y de una inmensa amargura que se colaba por cada poro. Solo Isabel le daba ese aire que le permitía seguir viva aun estando muerta por dentro. Ahora después de tantos años ese recuerdo de su madre la perseguía.

Isabel, allí sentada mientras divisaba el mar le escribía a ese, que había sido su eterno amor, una carta, para expresarle

lo que nunca por cobardía le dijo, no quería que su vida se extinguiera y llegara el final de sus días sin permitirse expresarle así fuera por carta su sentimiento más profundo.

—Hola amor, perdona que te llame así pero no tengo otra manera mejor de expresar cuánto sigues y seguirás significando para mí y cuánto significó el largo periplo que anduvimos juntos y que nos llevó a tantos lugares distantes y extraños que fueron testigos de muchos momentos felices de dos personas que estaban hambrientas de amor, se encontraron y vivieron unos años bellos que ambos recordarán toda su vida.

Me conecto inmediatamente con todo eso que te acabo de decir: con todo lo lindo que ambos nos dimos y que como bien lo dices, será -ya lo es- lo que pese más, cuando cada uno de nosotros se ponga a hacer el inventario de su corazón.

Ahí, tú reinarás por siempre, te bendeciré y desearé lo mejor para ti en tu camino, estaré agradecida por haber tenido la fortuna de conocerte, enamorarme, amarte y darte lo mejor y desdichadamente, también lo peor de mí.

Gracias otra vez, solo deseo que puedas perdonarme, lo hice porque no quería causarte dolor. Tú sabes que tenía que hacerlo y no me quedaba otra salida estaba la niña de por medio.

Siempre estarás en mí, tú y todo lo que te rodea, para mí quedará ligado de por vida a tu recuerdo, a tus besos y regaños, a la manera intensa y sincera a corazón abierto como me amaste, a tanta música que escuchamos y bailamos juntos, a tanta película que nos puso a temblar de miedo y algunas veces a llorar como chiquillos y a tantos encuentros, de dos almas desnudas que dependían la una de la otra.

Gracias, Rafael, eres una calidad, te lo digo con la gratitud que me sale de lo más profundo y me hace derramar unas lágrimas mientras te escribo.

Esa es la vida, pero te juro que lo que me quedó de ti, lo que es y será tu herencia en mi alma es que eres un tremendo ser humano, un lindo ser, celoso y tierno y en todo momento, inteligente y sincero. Perfecto para acompañarte en los momentos de vino y baile y también en los

tristes, cuando tienes el alma arrugada y estás enferma y apagada.

En una palabra: adorable (cuántas veces no te dije y cuántas no me callé, que te conocí demasiado tarde, cuando ya la vida y el amor me habían golpeado demasiado).

Con miles de besos atrasados y con el amor más leal, más agradecido y más tierno, se despide el ser que más te ama hasta donde me alcance la vida, porque sé, sabrás entenderme y perdonarme.

Isabel cerró el sobre y se quedó pensativa sabía que allí había plasmado el secreto más guardado en su vida. Las palabras nunca dichas, un amor que la mantuvo viva, que la hizo vibrar de pasión, que puso su vida en una montaña rusa pero que tuvo que matar porque definitivamente no había espacio para dos. Continuó mirando el horizonte, su mirada se perdía en ese inmenso mar con las olas besándole los pies, se sentía liberada, no sabía si esa carta llegaría a las manos de Rafael, pero ahí estaba, la tenía entre sus manos, escrita con la tinta de su alma. La tarde ya caía, solo se reflejaba el ocaso en el horizonte.



EL HOMBRE SIN AÑOS

Mathew, era un hombre fuerte, atlético, su pelo ondulado y largo lo hacían ver encantador, con un aire de don Juan. Siempre tenía la audacia de imaginar y eso le había permitido alcanzar lo que siempre había soñado: vivir en vez de morir. Siempre tuvo una pregunta en la mente: ¿los Dioses antiguos eran inmortales y eternamente jóvenes, porque ingerían el néctar y la ambrosía del Olimpo? . Será entonces que, ¿el hombre podrá vencer algún día la vejez, la enfermedad y la muerte? Ahora que tenía la respuesta le costaba vivir con ese descubrimiento.

—Carol, estas vacaciones debemos ir a bucear con las niñas, ya sabes cuánto disfruto eso. Mathew tenía una linda esposa y dos hijas maravillosas Crystal y Azul a quien quería con toda el alma.

—Claro mi amor, hay en el Japón una ciudad turística muy nombrada por esta época se llama Shirahama queda en la costa sur japonesa, situada a 100 kilómetros del sur de Osaka. ¡Dicen que es un lugar fascinante! Por sus 500

metros de playa y arena blanca, tanto que de ahí venía el nombre de Shirahama que significa playa blanca.

—Me encanta, voy a hablar con la agencia para que nos organice el viaje.

Todo estaba listo para esa gran aventura que iban a iniciar, cuando se bajaron del avión quedaron sorprendidos ante semejante paraíso. Se veía una ciudad imponente con grandes hoteles, palmeras exóticas, era un sitio paradisiaco.

Cuando llegaba la noche hacían llamativos juegos artificiales en la playa, que le daban al lugar un aire mágico y un encantamiento especial. Al ver semejantes aguas transparentes Mathew no quiso esperar a su familia y no dudó en ponerse su traje de buzo, para introducirse en lo profundo del mar y conocer ese espectáculo colorido de arrecifes coralinos, peces raros e hipocampos, así que se lanzó a descubrir los misterios que ese mar le ofrecía, buceó allí poco más de media hora, a 20,5 metros de profundidad. Él era inquieto y sagaz, siempre quería indagar y conocer más. Lo que Mathew no intuía, era que a partir de ese instante todo cambiaría para él.

Mathew vio cómo las aguas de ese mar aparentemente inofensivo se tornaban turbulentas y un sifón cada vez lo alejaba más del sitio donde estaba, de pronto una corriente extraña con una luz enceguecedora le envolvía todo el cuerpo, ahí sufrió el síndrome de descompensación y no tuvo cómo subir a la superficie. Como pudo se resguardó en las ruinas de un viejo barco, no tenía más remedio que someterse a su suerte, no se sintió asustado, por el contrario, sentía que pertenecía allí, que ese mar era su hábitat natural y que en ese ecosistema marino podría quedarse a vivir de por vida, esa fuerza natural que lo había atropellado en ese momento, lo hacía sentir extrañamente poderoso.

—¿Y ahora qué voy a hacer?

Observó unas plantas parecían algas marinas, no dudó en tomarlas y comenzar a masticarlas, de inmediato notó que curiosamente esta planta le proveía el oxígeno para mantenerse en las profundidades. Así que decidió seguir con su expedición, se sentía lleno de energía, libre de toda emoción negativa, solo irradiaba, paz, armonía y sobre todo se apoderaba de él, una confianza nunca antes experimen-

tada. No sabe cuánto tiempo pasó en ese estado, lo cierto es, que tal como llegó allí, esa misma corriente lo devolvió a la superficie. Flotaba a la deriva en esas aguas del mar que se elevaban, avanzan, descienden y retroceden varias veces al día. El sol le quemaba la piel, estaba en un trance profundo, parecía como muerto. Mientras tanto los equipos de rescate en botes y helicópteros pasaron dos días recorriendo el mar, alrededor de la zona donde Mathew se había sumergido en busca de algún signo de supervivencia, además, varios equipos de buceo entraban en las profundidades del mar esperando hallarlo. Pero todo era en vano, llegaba la noche y de nuevo el día y no había rastro de Mathew.

—¡Dios! ¿Qué vamos a hacer niñas? ¿Cómo pudimos dejar ir a su papá solo?

—Tranquilízate mamá, papá es un hombre fuerte y experimentado.

—Han pasado dos días hoy es el tercero y no sabemos nada.

Cuando todo el mundo pensó que ya no hallarían el cuerpo sucedió lo inimaginable.

A lo lejos se encontraban unos pescadores esperando a que subiera la marea, las corrientes que pasan remueven y agitan el mar y es el mejor momento para ejecutar la pesca. De pronto divisaron algo que flotaba, parecía un cuerpo y decidieron acercarse para ver si podían ayudarlo. Uno de los pescadores dijo:

—Ese es el señor que están mostrando todos estos días en el noticiero. Ayúdenme a sacarlo.

Inmediatamente procedieron. Efectivamente era Mathew. Ellos sabían que todo el mundo lo estaba buscando, lo subieron a la barca, parecía muerto y de inmediato dieron aviso a las autoridades quienes les dijeron que lo arrimaran a la playa que allí una ambulancia lo estaría esperando.

Mathew fue trasladado al hospital de Shirahama Kominami, yacía inmóvil, y sus signos vitales eran demasiado débiles, se veía rígido, no respondía a estímulos; la respiración y el pulso estaban muy lentos, la piel bastante pálida. Nadie creía que pudiera estar vivo, o si lo estaba, no podría sobrevivir en el estado en que se veía.

Cuando llegaron al hospital, los médicos dieron aviso a Carol y a sus hijas Crystal y Azul, de la delicada situación por la que atravesaba Mathew, quienes a pesar de todo sintieron mucha alegría de volverlo a tener con ellas.

—La fe es lo último que se pierde Dr., y después de verlo sabemos que Dios nos lo regresará de nuevo con nosotras.

Carol, le repetía al oído incansablemente.

—Amor aquí estamos junto a ti, te queremos, tienes que poner todo de tu parte. Vas a ver que pronto estarás en casa ya recuperado y esto solo será otra anécdota más de tu vida.

Ella sabía que así estuviera inconsciente esto lo ayudaría.

Mathew seguía en coma, los médicos no daban muchas esperanzas. Carol, tenía que regresar a casa con sus hijas y continuar con su vida. Ya había pasado casi un mes, era insostenible por los costos seguir en el hospital, así que solicitó al seguro y a los médicos del traslado de su esposo a su país de origen en un helicóptero. Los médicos acepta-

ron sabían que esta situación se podía alargar indefinidamente así que arreglaron todo para el traslado de Mathew.

Pero cuando ya estaba todo prácticamente listo para su traslado, Mathew abrió los ojos, miraba todo a su alrededor, no sabía dónde estaba, ni que le había pasado. Sus hijas y su esposa se emocionaron al ver que por fin despertaba de ese trance.

—Amor, has regresado.

—Papá, te queremos mucho bienvenido a la vida de nuevo. ¡Esto es un milagro de Dios! —exclamaban todas al unísono.

Mathew las miraba fijamente no las reconocía, no las recordaba, es más, nada había en su mente, sentía que pertenecía a otro mundo a otra época y que esta familia que le estaban adjudicando no era la suya. Se sentía renovado, pero no entendía lo que le sucedía. No sentía hambre, ni dolor, incluso se veía rejuvenecido. A partir de allí, comenzó a darse cuenta de que su cuerpo tenía una extraña condición de supremacía.

Los médicos le hicieron muchos exámenes y descubrieron que presentaba una extraña capacidad de volver atrás en su ciclo vital gracias a un proceso celular denominado transdiferenciación. Es decir, muy probablemente no volvería a envejecer.

Todavía no comprendían el alcance de lo que le estaba sucediendo. Con los años el cuerpo humano comienza lentamente a encogerse y los músculos comienzan a aflojarse pues el destino de las células es mutar y morir, los sentidos, la agilidad mental entra en decadencia, pero a él parecía no estar sucediéndole nada de eso, por el contrario, su cuerpo, sus órganos, sus células, parecían ser de una persona de 20 años y el ya pisaba los 50.

Órganos como el bazo, el hígado o el riñón, estaban restaurados. El cerebro y las células nerviosas, que producen nuevas neuronas estaban al 100%. Las células tardan cada vez más tiempo en dividirse, hasta que ya no lo hacen en absoluto. Pero a Mathew se le estaban dividiendo a gran velocidad. Él que ya estaba entrando “en senescencia”, un término médico para decir educadamente que se

está volviendo viejo al contrario estaba era rejuveneciéndose. ¡No lo podían creer!

—Mathew, usted es un caso de estudio, no entendemos en absoluto lo que sucede con su cuerpo y menos entendemos cómo no murió.

—Me alegro de estar vivo, decía emocionado, ya no pienso en la vejez como en una etapa penosa que tenga que soportar, sino en una época de ocio y libertad, liberado de las urgencias artificiosas de días pasados. Siento una energía desconocida como si estuviera en capacidad de comerme el mundo y enfrentar lo que se me ponga en frente. No recuerdo nada de mi pasado, pero estoy seguro que por estas tres bellas mujeres estoy de regreso.

Carol, Crystal y Azul estaban felices. No se separaban no un segundo de su cama.

—¿Cómo hizo para mantenerse vivo sin morir? Le preguntaban los médicos asombrados.

—No sé solo sentí una luz muy fuerte y una corriente extraña que me desplazaba muy lejos de donde estaba. No sentí temor, por el contrario, me sentía renovado. Me

alimenté de una planta que encontré adherida a los arrecifes, y con eso tuve. No necesité más. Y es lo único que recuerdo. ¿Por qué no sé quién soy? ¿Qué hago acá? ¡Nada! Es como si antes no hubiera existido.

Los médicos enviaron una expedición para confirmar lo que Mathew les decía, y efectivamente encontraron no una planta, sino un animal adherido a las rocas y arrecifes de coral en las aguas superficiales donde fue encontrado. Recogieron muestras y comenzaron a ver que dicho animal tiene mucho en común con los humanos. Se llama Anémona, y hay más de 1.000 especies las cuales parece que evitan los efectos del paso del tiempo. Lo anterior sumado a "energías" presentes en el universo físico las cuales todavía no han podido ser identificadas, podría sumarse a lo que le estaba sucediendo a Mathew. No se podía excluir del todo, que él, hoy, pudiera ser uno de los primeros seres humanos inmortales, con una mirada de la eternidad como una posibilidad abstracta.

Mathew salió del hospital junto a la que se le decía era su familia, regresó a su tierra, un pueblito ubicado en

América del Norte. Supuestamente allí estaba su mundo y tal vez poco a poco iría recordando todo. Pero nada sucedió como se pensó. El tiempo pasaba y Mathew cada vez era un desconocido más, un habitante sin mundo, sin pensamientos, sin rumbo, vivía el momento, no tenía recuerdos, es más, pronto olvidaba las cosas y así poco a poco se fue acostumbrando a vivir, su alma era un desierto sin emociones, sentía un vacío permanente, no estaba atado ni gobernado por los miedos, prejuicios y reglas del mundo.

Enfrentar esa situación, para su familia cada vez se volvía más difícil. Habían pasado más de 10 años, sus hijas se hicieron adultas, su esposa envejecía, pero él no, cada vez estaba más joven y dinámico. Quería experimentar, salir, viajar, era un ciudadano del mundo, el primero de una era, que ni siquiera había llegado todavía.

La vida eterna era para él, una tarea ardua que apenas comenzaba. Pues habitar en un mundo de mortales donde solo él, es el único inmortal se le convertía en un problema. Hasta ahora, solo lo que perduraba del hombre era la fama, la gloria de sus obras, el nombre, el heroísmo en el

campo de batalla, las obras artísticas o arquitectónicas de las que se hizo responsable. Pero él tendría que vivir por siempre errante por el mundo aguantando las embatidas de los años, de los cambios tecnológicos, de los avances del mundo.

Su familia, sus amigos comenzaron a verlo como un ser extraño, y él comenzó a sentirse igual, curiosamente en este mundo no había cabida para él.

—Carol, te has preguntado, ¿qué será de mí en un futuro? Para todos ustedes la muerte es un acontecer inevitable, ¿pero para mí, existirá un fin? ¿Moriré algún día?

—Mathew, el tiempo te irá dando respuestas, no te afanes por eso. Lo importante es, que aquí seguimos juntos.

—Siempre, quise quedarme para siempre, ahora, que no recuerdo nada, no tengo memoria y paso por la vida viviendo el momento, no sé, si es lo que realmente quiero. La extinción de la vida del hombre, está ligada a la vida terrena, a las alegrías y sinsabores de un mundo que pasa. He perdido la capacidad de asombro, y eso es, como estar muerto.

Un día amaneció más temprano que de costumbre, él hacía muchos años que no dormía con Carol su mujer, sus hijas se habían casado y se habían ido a vivir fuera a tratar de construir su propio mundo, alejadas de ese, que les había tocado enfrentar sin estar preparadas. Llamó a la puerta de Carol para entrar y llevarle café, siempre acostumbraba eso cada mañana, era su pago a su eterno amor, compromiso y fidelidad para con él.

—¿Carol, mujer ya estás despierta? ¿Puedo entrar?

Carol era su amiga inseparable, él no sabía dar amor, ni tener sexo, y ella lo había aceptado así y permanecía con él a su lado envejeciendo sola, despidiéndose del mundo poco a poco, viviendo, sabiendo que algún día partiría teniendo que dejarlo a él.

—Carol, te traigo cafecito. Esta recién hecho.

Pero ella no le respondía, abrió la puerta y allí estaba con una sonrisa en sus labios, cándida, llena de una paz infinita con la mirada fija en el horizonte. Mathew entró, le cerró los ojos, le dio un beso en la frente y se recostó en su regazo.

—¿Cómo enfrentaré la vida ahora sin ti querida Carol,
mi eterno amor?

Allí, entendió que no quería ser inmortal, que quería despedirse de este mundo al igual que todos los mortales, sintió que llevaba una vida miserable y que no quería seguir así y mucho menos sin ella. Hacía más de 30 años no lloraba, no tenía emociones, no sentía, no recordaba. Pero por su mejilla corría una lágrima.



SOLO MÍA

Patrick un hombre calmado, ecuánime, creía que la vida debía transcurrir apacible y sin mayores sobresaltos, no le gustaba para nada los afanes y estar de allí para allá, las carreras le producían un stress inmenso. Vivía feliz con la vida que llevaba. Tenía un buen puesto y estaba profundamente enamorado de Amarantha una mujer a la que amaba profundamente y con la cual llevaba más de cinco años de relación, por eso, había decidido hacerla su esposa.

Estaba muy temprano todavía, miró el reloj y vio que ya eran las 9 de la mañana. Amarantha solía dormir hasta tarde los fines de semana, ¿sería que ya se habría levantado? La noche anterior no se habían visto, últimamente tenía mucho trabajo la pobre, y le tocaba quedarse hasta altas horas de la noche, y precisamente ese día anterior tenía una comida con unos clientes que llegaban del extranjero a cerrar un negocio importantísimo. Sin embargo, se decidió a llamarla.

—¿Cómo amaneces mi amor? ¿Cómo te terminó de ir en tu cena de anoche?

—Me fue muy bien, cerramos el negocio.

—¡Maravilloso! ¡Así que hoy es un día para celebrar! Por eso quiero invitarte a cenar esta noche, será una cena especial para que te pongas muy bella, bueno, tu no lo necesitas, ya de hecho ¡eres hermosa! Pero quiero que te pongas algo especial ya que será un gran día.

Sus ojos verdes se iluminaban de solo pensarlo. ¡Por fin le pediría matrimonio! Últimamente veía que Amarantha estaba lejana y a lo mejor se debía a esa falta de determinación suya para decidirse a unir su vida con la de ella. Así, que había llegado la hora.

—Patrick, hoy estoy muy cansada, sabes que todas estas noches he tenido que trabajar hasta tarde, dejémoslo para otro día, ¿quieres?

—Amor, ya hice reservaciones, seguro que allá se te quitará el cansancio. Yo sé por qué te lo digo.

Amarantha aceptó a regañadientes, a leguas se veía que no le gustaba la idea de salir a cenar.

La recogió en su carro, Mazda último modelo.

Amarantha se subió al carro, se veía hermosa, tenía un vestido rojo con un escote alto que resaltaba su belleza, llevaba su pelo azabache recogido en una moña, se subió al carro y le dio un suave beso, pero estaba callada, en cambio Patrick hablaba y hablaba como si llevara meses sin pronunciar palabra, se sentía emocionado.

Todo el día había preparado como le diría que se convirtiera en su esposa, ya tenía 37 años y cómo era posible que se sintiera asustado como un niño cuando va a su primer día de clase. El anillo ya lo tenía hacía varios meses, pero él lo conservaba esperando que fuera el momento oportuno.

—Amor, hay un restaurante nuevo que quiero conocer, dicen que es muy romántico, se llama las 4 estaciones. ¿Lo has oído mencionar?

—Sí, queda en la Calera, y creo que es una buena elección, porque yo también necesito que hablemos, creo que hemos estado un poco alejados y...

—No te preocupes, yo lo sé y estoy dispuesto a arreglarlo, así que dejemos los comentarios para la hora de la cena.

Llegaron y todo el sitio estaba iluminado con velas, a la entrada había una pianista muy parecida a María Martha Serralima. Ella tocaba el piano como los ángeles, sus suaves manos se deslizaban por ese teclado con una delicadeza que hacía palpar el corazón hasta el más insensible de los humanos. Patrick había conocido a Amarantha en una fiesta de navidad. Cuando la vio bailando en la pista, creyó que era una aparición. Era difícil no fijarse en ella, su escultural cuerpo danzaba al son de las notas que tocaba la Orquesta. Iluminaba el recinto con sus dientes blancos y la sonrisa ancha que dibujaba en su rostro, además, una mujer que medía casi 1,80 sobresalía entre la multitud así no se lo propusiera. Lucía un vestido de corte princesa en un gris plata con volantes y apliques de lentejuela. Ella sabía que todos la miraban, por eso, jugueteaba coqueta con ese desparpajo que la caracterizaba y que la hacía que brillara aún más.

Desde ese mismo día Patrick dirigió todos los esfuerzos a conquistarla y desde ese momento solo viviría por ella y para ella, pues Amarantha le había obsequiado el

elixir de la felicidad y el dedicaría hasta su último suspiro a complacerla y hacerla feliz.

—Buenas noches tenemos una reserva a nombre de Patrick Bullock.

Buscaron la mesa que tenía reservada al lado del balcón, donde se divisaban las luces a lo lejos, la mesa estaba perfectamente organizada, tal como él lo había solicitado, llena de rosas rojas y una buena botella de vino. Se sentaron, y antes de que él pronunciara palabra alguna, Amarantha ¡le soltó de un solo tajo la noticia!

—Patrick, tenemos que terminar nuestra relación, esto llegó hasta aquí. Yo te quiero, pero no te amo. Llevo diez meses escribiéndome por internet con otro hombre de un país lejano. Anoche, no salí a cerrar ningún negocio, estuve con él, quien llegó, a proponerme matrimonio y yo acepté. Siento que lo amo, lo nuestro ya se había enfriado, nunca supe si tu intención era casarte o quedarte toda la vida de novio, y poco a poco me fui encarretando en esa otra relación, que mantuve paralela, porque él no estaba. Al principio, era solo un juego inofensivo, un despache,

pero poco a poco se fue volviendo importante, y, tengo que reconocer que me enamoré. Definitivamente lo amo y quiero irme con él a un mundo nuevo.

Patrick no daba crédito a lo que oía. Comenzó a sentirse aturdido, perdido, palideció se tomó de un solo sorbo la copa de vino y le pidió al mesero un whisky necesitaba algo más fuerte.

—¿Tú sabes lo que me estás diciendo Amarantha? Esto tiene que ser una broma de mal gusto. ¡Por Dios! ¿Te enloqueciste?

—Tal vez, y sé que no debí hacerlo, me siento muy mal, tú eres un hombre muy bueno y de hecho ¡te quiero mucho! Pero no es amor, ¡entiéndeme por favor! Todos estos días he estado buscando la manera de decírtelo pero no he podido y siento que ¡no puedo más! Era solo un juego inofensivo. ¡Te lo juro! No pensé que trascendiera. Sólo chateábamos, me llamaba, me mandaba flores, era supremamente especial ¡y eso me gustaba! Luego vino un par de veces y cuando me di cuenta ya me había enamora-

do. No tengo perdón. Tú no tienes la culpa. La verdad no tengo nada más que decir.

—¡No tienes nada más que decir! ¡No seas descarada! Estás acabando con mi vida y con cinco años de relación, hoy venía a proponerte matrimonio a que selláramos nuestras vidas y juntos construyéramos un hogar, una familia y ¿tú me sales con esto? ¡Qué cinismo!

Patrick se sentía acabado. Amarantha era la culpable de que fuera a naufragar su vida y no había nada que hacer. Sintió ira, sintió odio. Se paró, tomó su celular, salió como loco del restaurante no podía dar crédito a lo que acababa de oír, y la dejó allí en el restaurante. Manejó como loco, hasta que llegó a un bar cerca de su apartamento y allí se bajó a ahogar su pena.

A la mañana siguiente despertó embrutecido por los efectos del alcohol, creía que era una pesadilla lo que estaba viviendo, tal vez un mal sueño, no podía ser real aquella situación. Tenía un nudo en su cabeza buscando los motivos por los cuales Amarantha lo dejaba.

—¡No! Eso no puede ser real, tiene que ser una pesadilla.

Se levantó sobresaltado, lleno de ira, de dolor, de desencanto. Su corazón ardía. ¿Qué sentido tenía la vida si tenía que estar separados del ser que amaba? ¡No! ¡Sin ella nada tendría sentido! Sentía el alma en carne viva.

Tras un mes de angustias, de pensar cómo saldría de semejante atolladero, lleno de desolación, había sacado una licencia pues ya no lograba encontrar como concentrarse en su trabajo, tomaba todos los días, sentía su orgullo herido, era un dolor tal, ¡que le desgarraba las entrañas! No había manera de que la vida siguiera adelante sin ella. Ya nada valía la pena. Abrió los ojos, ese día casi no había podido dormir, daba vueltas y vueltas como pollo en asador, su cuerpo sudaba, tenía que respirar hondo, se sentía mareado, tenía náuseas y un sabor metálico en la boca. Se encontraba en un extraño estado, agotado por la mala noche que había pasado, se paró de la cama y fue hasta la sala, vio que por debajo de la puerta le habían tirado el periódico, era lo único que medio ojeaba todos los días y luego tiraba a la basura. ¡Bah! nada nuevo todo igual. Pero ese día en primera página estaba ella, ¡Amarantha! y un titular que decía:

“Hoy, a las 7:00 de la noche en la Iglesia Santa María de los Ángeles se oficiará el matrimonio de la señorita Amaranta Belvedere y el famoso empresario petrolero Ali Drake presidente de Royal Dutch Shell, heredero de una de las más grandes fortunas. Los nuevos esposos viajarán a Holanda a luna de miel y se radicarán en Irlanda.”

Sintió que el alma se le destrozaba, que se le acababa la vida, sintió que no podía esperar más, que tenía que actuar enseguida, seguía perdidamente enamorado, pensaba en ella día y noche. Para él, no había en el mundo otra mujer, solo Amaranta y las curvas de su cuerpo de Diosa inmortal. Lloró largo rato, estaba inmóvil en el sofá. Después cuando logró reaccionar se levantó, se bañó, se organizó y tomó su automóvil, tenía un nudo en la garganta. La vida sin Amaranta no tenía sentido. Metió su revolver en la gaveta del carro, ese que conservaba desde hacía más de diez años para defenderse si era necesario, y que jamás pensó usar sino era para ese único fin. Pero ya no había vuelta atrás estaba decidido, se sintió ahogado y salió a darle una última mirada a su amada antes de apretar el

gatillo que lo llevaría a sentir esa paz que jamás volvería a tener en su alma.

Cuando los vio salir de la Iglesia no pudo soportar el dolor, allí iba ella del brazo de otro y decidió que debía apretar el gatillo y ponerle fin a su miserable existencia. Total, ya para qué seguía viviendo, ya nada le importaba.

Con su arma apuntándole a su cien se dirigió al atrio de la iglesia. Se escuchó el fuerte sonido de la detonación del arma todos quedaron impávidos.

Un silencio asombroso recorrió el lugar, en medio de la multitud y la algarabía mientras lograban asimilar lo que sucedía, el ruido los había ensordecido y los había dejado medio atontados. De pronto sin más, la novia cayó sobre el pavimento y allí junto a ella, se pegó el último tiro que le quedaba diciéndole:

—Solo la muerte era la única que podía separarnos. Nadie más tenía ese derecho.



CAPRICO DEL DESTINO

Día tras día, cada vez que comenzaba a amanecer y se veían las primeras luces que entraban por la ventana, se levantaba entusiasmada, pero hoy era uno de esos días especiales ya que en la tarde la llevarían a pasear donde sus tíos y eso le encantaba. Sentía el olor a hierba mojada, y podía escuchar el murmullo de los pájaros que le alegraban el alma, caía una llovizna menuda, pero jamás se perdería de ir con su padre a ordeñar las vacas, eso la entusiasmaba mucho. Juan, la tomaba en sus brazos siempre protegido con esa gruesa ruana de lana para combatir el frío y con su sombrero en la cabeza para protegerse de la lluvia, y a pesar de que sus pasos se hundían y se resbalaban por lo empantanado que estaba el terreno, la cargaba y se sobreponía con fuerza para seguir avanzando pues el deber lo esperaba, y aunque el camino era abrupto, apresuraba sus pasos por esa tierra rojiza resbaladiza. Rosario lo amaba, se aferraba a su cuello con todas sus fuerzas y se despedía de su madre quien ya se encontraba preparando los tragos para los que madrugaban al trabajo.

—Hasta luego mamá, ahora nos vemos.

—Rosario, pórtate bien, no hagas rabiar a tu padre.

El olor del agua de panela recién hervida se esparcía por toda la finca en la mañana, y se mezclaba con el olor a bahareque y carbón con el que su madre cocinaba en el fogón de leña. Después de ayudar a su padre con el ordeno, le gustaba acompañarlo a recorrer los cafetales, debían inspeccionarlos a diario por que había mucha plaga. Estaban a finales de septiembre y se encontraban en plena cosecha, durante esta época el tiempo corre demasiado y se vive de prisa rodeados de recolectores y chapoleras que llegan de diferentes partes a ayudar a recoger la cosecha.

A Juan, le gustaba acercarse al beneficiadero a verificar el café, él mismo hacía la medición al lado de su pequeña Rosario, quien a sus escasos siete años era toda una mujercita. Le gustaba tomar el café que ya estaba despulpado en sus manos, y ver cómo se le esparcía entre sus dedos, ese olor acre, característico del café en fermentación, la seducía por completo. Después, bordeando el medio día, regresaban a casa para el almuerzo.

—Papá ya casi llega la tarde, hoy vamos donde mis tíos, ya es la última semana de no ir a la escuela —eso le fascinaba a Rosario.

Nada le daba más felicidad en el mundo que ir a su casa y abrazarlos. Allí pasaba varios días parecía que el tiempo se detenía, se sentía feliz, quería que esos días no terminaran nunca.

—Herminia, Gonzalo, ya llegamos.

Apenas vieron a la niña la cargaron y la estrecharon entre sus brazos.

—Rosario estos días nos dedicaremos a ti en cuerpo y alma.

Rosario los amaba, se divertía mucho con los diez primos que tenía allí, y aunque era una casita pobre, con el piso de tierra y carecían de todas las cosas a las que ella estaba acostumbrada se sentía dichosa, a lo lejos divisaba las brasas del fogón donde estaban haciendo la comida, posteriormente cenaron todos juntos, parecía un día de fiesta. Herminia sirvió jugo de guanábana, arroz, frijoles y un pedacito de chicharrón a cada uno, era un batallón de gente,

por eso, había que hacer rendir lo que se tenía. A Herminia le había tocado una vida difícil, tenía muchas bocas que alimentar y su esposo ganaba muy poco, además que cada rato emprendía viajes para conseguir dinero y se demoraba meses para volver a aparecer quedando ella sola con toda la carga. Venía, le dejaba un hijo y volvía y se iba, la pobre Herminia quedaba sola para mantener diez hijos. No era fácil, y menos en una situación precaria como la que vivían. Eso la había convertido en una mujer resentida y amargada, tenía que ir a emplearse en casas ajenas para poder llevar un pedazo de pan a su casa. Con la visita de Rosario el aire se llenaba de ilusión, todo era felicidad, parecía que la vida se detenía y por encima de las mezquindades y privaciones que la vida les había regalado, la niña les llenaba el corazón de dicha a todos. Ella era alegre, festiva, revoloteaba como las mariposas, jugaba con sus hermanos y era inmensamente feliz, tal vez les llevaba esa dulzura y llenaba ese ambiente sombrío con su encanto y alegría.

Caía la tarde y un rayo de luz atravesaba la ventana, comenzaban a aparecer las primeras estrellas en el fir-

mamento y en el alma un refugio de paz que los envolvía a todos.

—Rosario, ya es hora que todos vamos a la cama.

—Pero, ¿por qué? Yo quiero seguir jugando con mis primos.

—Mañana y toda esta semana ya tendrás mucho tiempo para eso. Pero por ahora, hay que dormir.

Allí estuvo la última semana de vacaciones, cada que terminaban y tenía que regresar, su pecho se le estrujaba, no sabía por qué sentía ese dolor al despedirse, era un desprendimiento que le desgarraba el alma y aunque le daba alegría regresar a casa con sus padres, ese sentimiento se mezclaba con tener que dejar a sus tíos y primos a los que quería tanto, para luego tener que esperar de nuevo otro año en que podía regresar de nuevo y volver a verlos.

Rosario entró al colegio, allí la maestra tomaba lista hasta que llegaba a su nombre.

—Rosario Torres González y ella le corregía:

—Maestra, yo soy Rosario Restrepo González, Torres, no es mi apellido. Todos los días era la misma historia.

Angustiada, le preguntó a su abuela por qué en el colegio decían que ella tenía otro apellido. Su abuela se puso de pie, trató de componerse y ella, que siempre se le ocurría algo que decir, se quedó muda, no le salía palabra alguna.

—No hagas caso a esas tonterías mi niña, esa maestra no sabe nada, está equivocada. Tu apellido es Restrepo González. Rosario se quedaba tranquila con las palabras de su abuela.

Pero la historia se repetía y todos los días al tomar lista era la misma cosa. El año se terminó y Rosario pasó a segundo grado, ella creyó que ahí terminaba el calvario, con esa absurda maestra que siempre la llamaba con un apellido que no era el suyo. Pero ingresó a un nuevo curso y volvió la llamada a lista cuando otra vez

—Rosario Torres González, la nombraba cada vez que llamaba a lista.

—Maestra, yo no sé, por qué, aquí me dicen un apellido que no es el mío. A mí no me gusta eso.

Rosario cada vez lo toleraba menos, le daba rabia, sentía impotencia, se molestaba, y más, cuando las compañeritas le decían

—¿Rosario, tú por qué tienes varios apellidos?

No tenía qué responder y su corazón se llenaba de amargura.

Un día, su abuela la encontró llorando desconsolada.

—¿Qué te pasa mi niña?

—Abuela estoy aburrída, en ese colegio me siguen llamando con un apellido que no es el mío y yo pensé que al pasar de año y tener otra profesora eso terminaría.

Su abuela al verla tan triste y, cansada de la misma pregunta, creyó que era el momento de decirle la verdad.

—Mira Rosario tus verdaderos padres son Herminia y Gonzalo a los que siempre has llamado tíos, por eso llevas el apellido real de tu padre, tal como aparece en el registro civil de bautizo y es por eso, que te llaman con tus apellidos reales. A la niña se le aguaron los ojos no podía dar fe a lo que estaba escuchando.

—Tus padres, cuando eras un bebé, les tocó llevarte para la casa de los que crees son tus padres, pero en realidad, son tus tíos. Muchas veces no sabían qué iban a comer al día siguiente ni con qué iban a pagar el arriendo de la casa, pensaron que, al dejarte allí, tú tendrías una vida mejor, sin tantas dificultades como las que ellos afrontaban en ese momento.

—¿Pero por qué nunca me dijeron que eran mis papas?

—No lo sé mi amor, las cosas se fueron dando así, los días pasaron y nadie dijo nada.

—A tu madre le dio muy duro, deambulaba por la casa sin reposo. Le partió el alma dejarte ir, lloraba sin consuelo fue muy doloroso para todos. Era difícil verla sobrellevar su vida, pero no podíamos hacer nada para aliviar esa situación. El sufrimiento la minaba, de eso éramos todos testigos, pero sabíamos que era por un corto tiempo y que pronto regresarías a casa.

—Pero, ¿no fue así verdad? ¡Me dejaron allá para siempre!

Su abuela le acariciaba las manos.

—Hijita, el tiempo pasó sin darnos cuenta y te veías tan feliz, además ¡lo tenías todo! Ellos te adoran y tú, a ellos, ¿cómo podíamos arrancarte a las malas de allí?

La niña palideció, sus ojos almendrados perdieron el brillo. Lloraba desconsolada, las lágrimas le corrían por las mejillas.

—Abuela, nadie, nadie, nadie, puede entender lo que siento.

—¡Cálmate! ¡Cálmate! —le decía su abuela.

—¡Es que eso no puede ser cierto! —decía Rosario. Era como una mala jugada del destino, le producía una rabia que no podía contener, se encerró en un mutismo absoluto, apenas jugaba, apenas reía. No quiso volver a hablar, iba al colegio, pero imbuida en sus pensamientos. Sin embargo, a pesar de sus debilidades y de sentirse destrozada se cubrió de una coraza que le permitió seguir viviendo y jamás quiso volver a ver a sus tíos, si antes no la quisieron como su hija, ¡ahora menos! Pues para ella estaban muertos. Fue la manera que encontró para liberar todo ese dolor que sentía. Ja-

más volvió a darles la cara pues para ella sus verdaderos padres eran Juan y Julia sus tíos.

A Herminia y Gonzalo la noticia de que la niña se había enterado de la verdad los dejó sumidos en un marasmo emocional. Herminia se acomodó en el rústico banco del comedor, ni siquiera ese día soleado que se veía a través de la ventana lograba animar su corazón. Tenía una terrible angustia, un dolor de madre que solo ella podía sentir en ese momento, a pesar de que tenían diez hijos le hacía falta la pequeña Rosario, tal vez la más alegre de todos, era como si les hubieran cerrado la puerta que la comunicaba con el mundo.

—Gonzalo, ¿qué vamos a hacer? No podemos perder la niña del todo.

—Pidamos la custodia, somos sus verdaderos padres.

¡Nada les importaba más en ese momento que recuperarla! Llevaron la situación al tribunal con el fin de recuperar la niña. Herminia, Rosario es feliz con sus tíos, pero no podemos renunciar a ella.

Presentaron la demanda al tribunal. Allí en el juzgado de niñez y adolescencia decidieron estudiar primero la posibilidad que los padres demandantes llegaran a un acuerdo con los tíos de la niña antes de continuar con el proceso legal y ambos fueron citados a audiencia conciliatoria.

Ese día la lluvia había refrescado el ambiente, para Herminia y Gonzalo la vida se les había dividido en un antes y un después y para Juan y Julia, el solo hecho de saber que perderían a su niña los mantenía atormentados.

¡Cómo era la vida! Cuando recibieron a Rosario todo estaba claro. Ellos se quedarían con la niña y ahora que ya estaba grande, querían arrebatárselas. ¡No lo iban a permitir! Ellos se habían encargado de todo, desde su nacimiento. Ese amor desbordante que sentían por ella los iba a matar si llegaban a separarlos.

Se dio inicio a la audiencia conciliatoria, en el recinto solo se escuchó los martillazos que indicaban dar inicio a la audiencia y al señor juez emitiendo su discurso de apertura, cuando le pidió a Rosario subir al estrado para interrogarla y hacerle las preguntas, estalló en sollozos.

—No me quiero ir de casa de mis padres. Juan y Julia son mis padres, no me los quiten por favor, no me los quiten. Sus ojos ámbar estaban desorbitados, lloraba y producía un sonido desgarrador, a tal punto que el juez tuvo que hacerla sacar por la psicóloga que acompañaba esa mañana la sesión.

Herminia y Gonzalo se miraban, estaban quietos, casi ni respiraban al ver aquella escena que nunca imaginaron, el corazón les ardía en llamas y les devoraba las entrañas. No había nada que hacer, ni nada que decir, con el llanto y las palabras de Rosario ya había sido suficiente. ¡Habían perdido la niña! Ella ya no les pertenecía.

Paso al estrado Herminia y Gonzalo. Este, tomó la palabra:

—¿Qué sentido tiene que nos adjudiquen la custodia de la niña y seguir peleando por ella cuando su corazón no lo tenemos? Es obvio que para ella sus padres son Juan y Julia. ¡Sin su amor, nada tiene sentido! Solo nos toca dejar que el tiempo pase, y se encargue de devolvernos a nuestra pequeña Rosario. Y que ella pueda algún día perdonarnos.



EL MUERTO VIVIENTE

Me sentía inquieto, no recordaba nada, era como si antes no hubiera existido. Me encontraba en un lugar extraño, creía que era una pesadilla, observaba todo con asombro. ¿Estaré soñando? ¿Qué hago yo en ese sitio inmundo, sombrío, que huele a podredumbre? Trataba de recordar situaciones familiares o buscar algo en mi mente que me conectara con la realidad que estaba enfrentando, pero no podía, por más que lo intentaba, no lograba vincularme con nada, mi mente estaba totalmente en blanco.

Levanté la vista y decidí ir a caminar por esas calles, Tenía que averiguar dónde me encontraba, buscar algo que me conectara con mi identidad y mi pasado.

Ese pueblo tenía que tener alguna conexión con mis orígenes o si no, ¿por qué estaba allí? Aprecié que era un pueblo pequeño, el camino me llevó a una plaza central donde se levantaba una iglesia. Estaba todo en completo silencio, no se escuchaba nada, y las calles se veían totalmente vacías. No veía a nadie, solo caminos largos, mal-

trechos y acabados que se extendían más allá de mi mirada y algunas sombras que se movían.

—¡Qué carajos! ¿En este pueblo de mierda nadie vive? ¿Qué estoy haciendo yo aquí? ¿Cómo llegué?

Seguí caminando como un zombi en medio de ese panorama desolador, estaba algo cojo, me dolía mucho la pierna y el cuello, pude palparme una cicatriz que tenía y que me ardía como una condenada.

De pronto a lo lejos divisé una sombra, una espesa neblina y una llovizna menuda acompañaba esa noche de luna llena, las hojas rodaban por el suelo con el viento que soplabo lento y sin pausa, solo fantasmas de sombra y luz lo habitaban. Era obvio que eso que divisaba venía hacia mí, albergué la esperanza de encontrarme a alguien que pudiera decirme donde estaba. Miré atentamente, me pareció ver a una mujer, vestía de negro, no le pude ver la cara, la noche estaba muy oscura, solo podía ver cómo avanzaba entre la neblina, caminé para alcanzarla y preguntarle dónde me encontraba, pero de pronto la perdí, miré hacia atrás, a la derecha a la izquierda, pero ya no estaba.

Me sentía cansado, fatigado, ya la respiración se me cortaba, me senté en la banca del parque en medio de esos árboles cenizos ya casi sin vida, podía oír el crujir de las ventanas y a lo lejos se oía el repique de las campanas. Me quedé mirando fijamente la iglesia, se veía que hacía mucho tiempo no se oficiaba misa allí, solo había un viejo sagrario, y unas bancas desbaratadas. La fachada tenía aspecto de Búnker Monolítico, afuera observé una cruz, la misma que colgaba en el interior y una música de arpa que salía, suave, dulce y penetrante.

Me acerqué hasta la puerta, ya que el olor que salía de la iglesia era bastante fuerte, un sudor frío se apoderó de mí, era una sensación extraña y sobrecogedora, ese ambiente y ese olor me afectaban, lograban confundirme hasta el punto de traer a mi mente imágenes que no lograba comprender. ¡Estaba desconcertado! ¡Quería tener una explicación para todo esto que me estaba sucediendo, ese olor que me llegaba era muy fuerte, olía a muerte! A sexo, a pecado, tragué saliva y entré hasta una de las naves centrales.

—¿Hay alguien aquí? ¿Hay alguien aquí? —grité con fuerza y la esperanza de que alguien saliera y me dijera dónde me encontraba.

A lo lejos divisé un viejo Sacristán que me respondió:

—Váyase no perturbe la casa del señor, hoy no recibimos pordioseros. Es día de descanso, y volvió y se entró.

Quise ir a buscarlo, pero ya se había ido y había cerrado con candado la reja que muy seguramente conducía a la sacristía. Allí colgaba un espejo desteñido y oxidado, cuando vi mi reflejo en él, quedé paralizado. Frente a mí, estaba un hombre envejecido, sostenido por un bastón que le ayudaba a dar cada uno de sus pasos, tenía una cicatriz en el cuello, medio encorvado, el pelo pintaba algunas canas, y una mirada triste que reflejaba el dolor en el fondo de sus ojos claros. Vestía un pantalón de paño a rallas, la camisa por fuera, una chaqueta gruesa que le llegaba hasta las rodillas, unos zapatos gastados como si hubiera caminado mucho, empolvados, y ya casi sin suela, se veían deteriorados por los años. Ese, que se reflejaba en ese espejo, era yo. Pero ¿quién era, de dónde venía? O, ¿hacia

dónde iba? Si era que iba a alguna parte, él no tener respuestas me llenaba de angustia, y acrecentaba mi zozobra. Respiré hondo y decidí seguir caminando para encontrar respuestas.

Sentía como si una maldición permaneciera escrita en el aire de las calles, todo era un testimonio mudo de una historia siniestra y olvidada. Solo veía casas y edificios abandonados a punto de caer por su mal estado y algunos otros que paradójicamente estaban muy bien conservados. Casas cerradas con puertas de madera, desgastadas por el paso de los años. Me sentía como si fuera la única persona que deambulaba por allí en años, podía escuchar el gemido del viento, como un lamento triste de las almas que alguna vez habitaron este pueblo.

Avancé y llegué hasta un establecimiento viejo y rústico, donde salía una luz a través de una puerta, desde afuera se veía que deambulaban sombras y se oían murmullos y voces, efectivamente, allí había varias personas, pero al parecer no se percataron de mi presencia, no me escuchaban, o no querían hacerlo, apenas me miraban incrédulos

casi ignorándome como si no entendieran lo que les preguntaba.

Un relámpago iluminó el recinto y pude ver que detrás de la barra estaba una mujer, ahora sí, pude ver su cara, era joven, pero se veía envejecida, tenía una cabellera negra larga, recogida en una trenza, se veía bastante voluptuosa, sus caderas anchas y forradas por ese vestido que a duras penas le llegaba hasta la rodilla, era la mujer que había visto caminar entre la niebla hacía un rato. Me sentí atraído, no sabía por qué, pero me quedé perplejo mirándola.

—Buenas tardes.

—¿Qué desea? —me preguntó sin levantar la vista.

—He caminado mucho, y me siento perdido, ni siquiera sé cómo llegué hasta aquí, ¿será que usted me puede ayudar?

—¿Y qué hace usted aquí? ¿Cómo llegó?

—No lo sé, de pronto un estruendo como el de una bomba me despertó, estaba a las puertas de un cementerio que se veía abandonado, pero no recuerdo nada. Comencé a caminar sin rumbo y aquí estoy.

—No tengo mucho que ofrecerle, en este pueblo ya no queda nada, solo almas que deambulaban por las calles sombrías, en busca de una vida de la que queda muy poco. Usted mismo pudo ver, hasta el cementerio está desocupado, todos los restos fueron trasladados a otro cementerio que queda en la parte baja del pueblo, y que no sufrió tanto con los destrozos que dejó la guerra, muchos restos se perdieron, pero los que lograron rescatar descansan en paz en este sitio.

Yo veía que las personas seguían departiendo como si el tiempo no pasara, se reían a carcajadas, me miraban, y seguían en lo suyo como si yo no les importara.

Afuera, la neblina se hacía cada vez más densa y se lograba colar por las ventanas.

—Disculpe, ¿cómo es su nombre?

—Me llamo Margarita.

—Un lindo nombre, como el de una flor, será que puedo permanecer aquí un rato sentado en una silla, le juro que no molestaré a nadie. Solo quiero tomar aire y descansar un poco.

Me puse a observar aquel sitio, las paredes estaban peladas, el piso era de madera, el mobiliario encajaba perfectamente con aquella atmósfera sombría, olía a viejo y a mentol, era poco acogedor, tanto o más que la gente que lo habitaba. Me venció el cansancio y me quedé dormido.

Me desperté sobresaltado, levanté la mirada y estaba Doña Margarita ofreciéndome café y pan.

—Muchas gracias, Dios le ha de pagar.

—Sr., es mejor que se vaya de este pueblo, aquí no queda nada, los pocos que quedaron y lograron sobrevivir se han marchado ya.

—¿Y usted porqué sigue aquí, Doña Margarita?

—Por terca, porque ya nada espero y nadie me espera.

—¿Y familia?

—No tengo. Pero tampoco tengo tiempo de quedarme conversando aquí.

Leonel mira a su alrededor y ve que las personas siguen jugando y departiendo, susurran entre ellos como comentando algo, pero no lo determinan.

—Y ellos, ¿quiénes son?

—Son algunos de los habitantes del pueblo que vienen a pasar las horas aquí para olvidarse de la rutina y la tristeza que los rodea.

—¿Quién más vive en este pueblo?

—Muchos más, pero hoy es un día especial.

—¿Un día especial? —pregunté.

—Sí, en este pueblo existe una leyenda que cada diez años ocurre algo excepcional y como hoy se cumple ese tiempo la gente está a la expectativa, unos se encierran muertos del susto, otros pernoctan aquí hasta que se cumpla el tiempo, en fin, cada uno hace lo que cree que es más conveniente.

—¿Qué pueblo es este? ¿Cómo se llama?

—Se llama Puerto Tenebria y está situado en una Acrópolis, es un caserío prácticamente en ruinas, donde quedan algunas construcciones que se destacan por mantenerse en pie construidas en piedra de yeso, tipo Alabastro. La mayor parte del pueblo está situado abajo en el valle. ¿Todavía no ha estado por allá?

—No, todavía no he estado.

—Se dice que Puerto Tenebria está inmerso entre dos mundos, uno prácticamente destruido con casas desvencijadas, y otro, que se divisa en el valle, que evoca el fantasma del pasado, con construcciones que se mantienen en pie y que no sufrieron tanto daño. En ese lado del pueblo se encuentra numerosas quebradas e imponente vegetación que contrasta con la aridez del paisaje. Su temperatura oscila entre 17 y 22 grados centígrados. Es un sitio que a pesar de los desastres de la guerra aún conserva la magia de sus paisajes, el verdor de sus colinas, y el cristalino de sus aguas.

No quise molestar más a esa querida señora que tan amablemente se había portado conmigo, no sabía qué hacer, a donde dirigirme, pero seguí mi camino, me sentía con más fuerza después de la comida y el descanso, así que lo que le quedaba era averiguar quién era, y cómo estaba allí.

Descubrí una fascinante panorámica del otro lado de Puerto Tenebria, abajo, a lo lejos, se podía divisar un extenso valle hundido entre la montaña. Nunca creí que me encontraría con semejante vista en un pueblo que parecía

solo un moridero. La extrema luminosidad del día resaltaba los colores de la naturaleza. Me encantó ver en el horizonte como se dibujaba la belleza del valle, ese verde que se mezclaba con el color pardo de la tierra y el azul del cielo, allí, se podía observar que está concentrado la mayor parte del pueblo y en mi alma entró por primera vez desde que estaba allí, una extraña sensación de tranquilidad y alegría. Recordé a Doña Margarita, quería apartarla de mi mente, pero su imagen me seguía, su cuerpo, su mirada penetrante, podía oler su perfume a azahar y jazmín, sentía que me asechaba por todas partes.

Tenía que hacer algo, no podía seguir deambulando por esas calles sin rumbo alguno, así, que pensé que tenía que trabajar para mantenerme.

En el ambiente se respiraba un aura de misterio, que me llevaba a considerar la posibilidad de que todo esto era un sueño, continué caminando, a pesar de lo enigmático, se veía un pueblo mágico, llegué a la explanada y divisé al fondo, una posada, una vieja librería, un granero, una estación de policía deshabitada, un centro médico que más

parecía una casucha desbaratada. Entré a la posada, se veía limpia y ordenada.

—Buenos días, señor.

—Buenos días —respondió el camarero.

—Me da un café bien negro por favor y ojalá grande quiero recargarme un poco.

—Claro que sí, ya mismo.

—Este lado del pueblo es muy bello, nada que ver con el que dejé allá arriba.

—Arriba solo viven los muertos vivientes, aquí abajo vivimos los que buscamos y anhelamos la vida.

—Mucho gusto me llamo Ambrosio, soy el ayudante de doña Margarita la dueña de la posada.

—¿Doña Margarita? Yo conocí una mujer con ese nombre ayer, allá arriba, al otro lado del pueblo.

—Es la misma Doña Margarita, es muy importante para todos los residentes de Puerto Tenebria es como la manda más.

—¿Y atiende los dos sitios?

—No hombre, como se le ocurre, a lo mejor estaba por allá dando vuelta. Le repito: ella es la dueña de esta posada.

Inmediatamente volvía recordar sus ojos, su cuerpo su mirada, quería volver a verla.

—Y, ¿a ella cuándo puedo encontrarla aquí?

Yo no había terminado de hacer la pregunta cuando ingresó ella.

—¿Cómo? ¿Usted todavía por aquí?

—Sí señora, y por aquí me voy a quedar, me está comenzando a gustar este pueblo. Su ayudante el sr Ambrosio, me ha atendido muy bien.

—¿Ya recordó quién era? ¿Qué vino a hacer a nuestro pueblo?

—En esas ando, creo que debí sufrir algún golpe y por eso no recuerdo nada, tal vez sea bueno que me haga ver de algún médico aquí. ¿Me podrían indicar dónde queda el hospital? A propósito, ¿me podría facilitar el periódico?

—Noooo por aquí el periódico llega cada año por la cuaresma, cuando lo recibimos, ya lo que cuentan son sucesos pasados, este pueblo está muy escondido.

—Hospital como tal, no hay. Tenemos un médico que atiende en el centro de salud del pueblo. Mire queda allí mismo. Doña Margarita le indicó con el dedo la ubicación. Pero antes vale la pena asearse, aquí puede permanecer algunos días mientras encuentra algo que hacer o por lo menos se acuerda de quién es.

—Muchas gracias Doña Margarita, es usted muy amable. Dios le ha de pagar.

Aproveché para ducharme y afeitarme, no podía seguir pareciendo un pordiosero, me cambié de ropa con un pantalón y una camisa que Doña Margarita me regaló después supe que esto era de Ambrosio, al que no le había hecho ninguna gracia, a partir de ese momento él cambió mucho, se volvió tosco y agrio conmigo.

Mi aspecto estaba terrible. ¡Apeataba! Después de ese baño reparador decidí recomponer mi vida y si no recordaba nada, por lo menos aventurarme a comenzar una nueva vida.

Después de volverme a mirar en el espejo, casi que no me reconozco. Era otro totalmente, parecía veinte años

más joven, mi aspecto estaba renovado. Salí de la habitación y atravesé el pasillo, detuve la vista para ver la luz que entraba por la ventana, el sol brillaba como nunca antes lo había visto, el paisaje se veía reluciente lleno de colores: ocre, verdes y rojizos. De repente me encontré con una mirada inquisidora, unos ojos aterradores que me miraban y desnudaban el alma.

—¿Va a seguir usted en este pueblo?

—Perdone, ¿quién es usted?

—Soy el sacristán, ¿acaso ya no me recuerda?

—La verdad, ayer no alcancé a verle la cara y creo que usted, a mí tampoco.

—¡No crea! ¡Yo sé más de lo que usted piensa!

—¿Y si sabe tanto, me podría decir quién soy yo? ¿Y qué hago aquí?

—Eso no me compete a mí.

En ese momento entró doña Margarita quien al ver a Leonel exclamo:

—¡Por Dios Leonel! No parece usted el mismo.

—Gracias a usted Doña Margarita, ahora, dígame, ¿en qué le puedo ayudar? Tengo que compensarle en algo lo que usted ha hecho por mí, es la única persona que me auxiliado en este pueblo.

—Es que en Puerto Tenebria ayudamos solo a los vivos —dijo el Sacristán bajando el tono de voz.

—¡Supersticioso! —lo regañó Doña Margarita con un tono impetuoso.— No le haga caso Leonel, él nunca sabe lo que dice. Más bien ayúdeme atendiendo el lugar u organizando un poco las cosas.

El estar allí me conducía a un estado de plenitud como si no quisiera seguir averiguando, me olvidaba por completo, que ni siquiera sabía cuál era mi verdadera identidad.

—¿Qué día es la misa en la iglesia? —le pregunté al sacristán queriendo ser un poco amable con él y romper el hielo.

—Allá no hay misa, y deje de preguntar tanto, aléjese de aquí, usted no tiene nada que hacer en Puerto Tenebria. Usted es, el mismísimo Diablo.

—Haga lo que le dice el sacristán, a mí también ya está empezando a molestarme su presencia —le dijo Ambrosio.

—Si supiera quién soy o a dónde debería ir, tengan por seguro que no estaría aquí perdiendo el tiempo con ustedes.

—¡Por Dios! Déjenlo en paz. O seré yo la que los mandaré a ustedes dos pal carajo.

—Doña Margarita, este hombre no debería estar aquí yo sé por qué se lo digo. Recuerde que estamos en una fecha especial, la época en que los muertos reaparecen para cobrar sus deudas.

—¡¡¡Basta ya!!! Ya les dije y no me obliguen a volver a repetirlo.

El sacristán era un hombre viejo, encorvado, tenía casi la figura de un gnomo ya que su estatura era pequeña, su nariz grande, vestía unos pantalones grises de tirantas y una camisa a cuadros estilo leñadora, si uno se quedaba observándolo detenidamente generaba respeto a pesar de su figura. Yo llegué a pensar que parecía sacado del cuento de Blanca nieves ya que parecía el enanito gruñón, y cuando le hice el comentario a Doña Margarita se puso soberbia.

—Más te vale que no metas con ese hombre, tiene poderes malévolos que estoy segura no te gustaría conocer jamás, es un hombre mayor, hábil y bastante inteligente.

—Tranquila Doña Margarita, lo que menos quiero es ocasionarle un disgusto, a usted, que se ha portado tan bien conmigo.

Me despedí y subí a la habitación, ya había tenido suficiente por hoy, y mañana tenía que madrugar para ayudar con las labores y ver cómo me conseguía un empleo que me diera por lo menos para pagar los gastos mientras que veía cómo se iba presentando la situación.

Me levanté temprano, salí sin tomar nada y me dispuse a buscar el médico que estaba haciendo el rural. Tenía urgencia de que me viera y pudiera darme algo que me permitiera recobrar la memoria. Ya me comenzaba a impacientar, tal vez en mi casa estaban preocupados por mí. Nadie en ese pueblo parecía tener los menores indicios de quien era yo, así que entré y me presenté:

—Dr. muy buenos días. Vengo a que me revise porque he perdido la memoria, desperté en este pueblo y no sé

qué hago aquí, ni quién soy yo. Tengo imágenes que de repente me llegan, flashbacks que logran confundirme mucho más y me llenan de temor.

Pasamos a su consultorio, a través de una puerta de barrotes de hierro que daba a un pequeño cuarto que tenía un techo como el de una bóveda, las paredes levantadas en piedra, allí mismo había una especie de cama en la que se veía que él dormía, porque más que su consultorio parecía su cuarto. Me invitó a sentarme y comenzó a indagarme con una serie de preguntas que no tenía como responder.

—Veo que la situación está más grave de lo que me esperaba porque sufres una amnesia global transitoria, una alteración emocional inusual. Este viaje puede durar unos días, meses e inclusive años y generalmente ocurre por un acontecimiento emocionalmente traumático tan doloroso que la mente parece desconectarse y borrarlo todo.

—¿Y qué debo hacer? ¿Cómo podré conseguir mi identidad de nuevo? Dr. puedo tener hijos, esposa, me deben estar buscando. ¡Dios esto es una pesadilla!

—Tu cerebro está en blanco, es más, parece el de un niño que apenas comienza a descubrir el mundo. No hay medicinas para eso, lo único que queda es esperar, nuestra medicina se basa en la sabiduría de antaño, se nos es transmitida de generación en generación y yo puedo aplicarla contigo. Lo único que queda es buscar alguna conexión con tu pasado por mínima que sea. A partir de allí podemos comenzar a trabajar.

Me fui triste, más desorientado que antes. Pero de repente recordé que el sacristán sabía algo más que no había querido decirme, así que decidí buscarlo de nuevo para preguntarle.

Al entrar a la posada me recibió doña Margarita:

—¡Por Dios! ¿Dónde te habías metido? Ya estaba preocupada.

—Hola Doña Margarita, disculpe que me fui sin decirle nada, estaba donde el médico del pueblo, necesitaba que me revisara y me diera algo que permitiera recuperar mi memoria.

—Tranquilo, debes tener calma —lo abrazó en su regazo. — Si te desesperas no conseguirás reponerte.

En ese momento me llegaron sombras de un recuerdo vago, me daba la sensación de que estaba en mi hogar, y recibía abrigo, cariño, comprensión y ayuda. Doña Margarita no era ajena a mí, esa señora lograba despertarme las pasiones más arrolladoras, mi cuerpo se estremecía, me excitaba su sola presencia. Vestía una falda azul turquesa y una blusa negra semi transparente de encajes donde perfectamente se le podían ver los senos. Me tomó del brazo y subimos por la escalera hasta su cuarto, cerró con llave comenzó a besarme, y yo respondí gustoso a esos labios carnosos, nos arrancamos la ropa de un solo tajo, se veía que tanto ella como yo, teníamos la necesidad de sexo, estábamos descontrolados, jadeantes, llenos de una pasión desenfrenada. Yo me sentía loco por ella, la deseaba con todas mis fuerzas, la fuerza de mi cuerpo se había adueñado de mi alma y respondí besándola, mordiéndola, apretándola con mi cuerpo con suaves investidas que nos dejaron exhaustos y perdimos la conciencia.

Cuando desperté estaba abrazado a Doña Margarita. Me sentía apenado, pero a la vez sentía una paz desconocida. Es como si mi cuerpo, mi mente y mi espíritu se sintieran completos. El cuarto era bastante pequeño, solo tenía la cama, la mesita de noche y un escaparate en el que se veía guardaba su ropa, sobre la mesita de noche, había un pequeño farol con el que alumbraba toda la habitación.

Doña Margarita me miró, sus ojos resplandecían.

—No sé quién eres y de dónde vienes, lo cierto es, que es como si te conociera de toda la vida. Creo que apenas recuerdes tu memoria y tengas que irte, voy a morir de tristeza. Yo la miré con los ojos de mi corazón y le respondí:

—Creo que he sido suyo toda la vida y es por eso que el destino me ha traído hasta aquí, Doña Margarita.

—Por favor, no me digas doña.

—Está bien. Margarita. Quiero colaborarle, tengo que sentirme útil, de alguna manera le tengo que agradecer todo lo que usted ha hecho por mí.

—Leonel no se afane con eso. Usted está demasiado pálido, desde que lo vi por primera vez me llamó la

atención eso. No sea que esté enfermo y no quiero correr riesgos.

—Está bien, pero quiero ir de nuevo a buscar al Sacristán, creo que tiene que responderme algunas preguntas.

—Tengo ropa y zapatos nuevos para ti, esos que tienes no aguantan un paso más.

—Qué pena con usted, no debe molestarse tanto por, mí.

—Olvídese de eso, cuando recupere su memoria ya habrá tiempo de pagarme todo.

Me duché y me vestí con la ropa que me había regalado Margarita, un jean y una camiseta roja, a ver si me subían los colores, la verdad era que parecía muerto. Me puse los tenis nuevos y la verdad sentí que flotaba, esos otros zapatos estaban hechos hilachas.

Me toqué la cabeza y me sacudí. Tengo que apurarme e ir a buscar al sacristán.

—Puedes esperar a mañana, está muy tarde y desplazarte al otro lado de Puerto Tenebria a estas horas es peligroso, ya sabes que ese lado del pueblo es escabroso.

—Perdóname que no pueda esperar, tengo que ir a buscarlo ahora, mañana puede ser tarde para mí.

La negrura de la noche, parecía la boca de un lobo, para llegar hasta el otro lado de Puerto Tenebria necesitaba atravesar todo el pueblo, regresar allí me producía miedo, el silencio era sepulcral, mis pies caminaban de prisa entre la densa neblina que acompañaba la noche, sentía mi respiración agitada, pero la ansiedad de encontrar al sacristán me daba el valor para seguir adelante. Cuando llegué, descubrí que la puerta estaba abierta, entré a la Iglesia y me dirigí de inmediato a la reja, se veía el resplandor de una luz tenue, lo que me hizo suponer que allí estaba, pero esa ligera penumbra me intimidaba. Alguien detrás de mí llamó mi atención, era un hombre de pelo largo y barba gris abundante, gafas redondas de marco dorado, traje negro, corbata negra, sombrero. Parecía un anciano sabio, sin embargo, para la edad que se veía que tenía se veía bastante bien, su físico era envidiable.

—¿Quién es usted? —pregunté.

—¿Tampoco me recuerdas?

—No creo haberlo visto antes.

—Claro que sí, tu yo tenemos un pacto y parece que lo estás rompiendo.

—¿Pacto? De que pacto habla, yo no lo conozco.

—Qué fácil olvida usted las caras, soy el sacristán.

—El Sacristán, ¿pero que distinto está usted, seguro no lo hubiera reconocido?

—La ropa no hace al monje, pero sí lo dignifica querido amigo.

—Pues que bueno encontrarlo, me urge tener una charla con usted.

Sospeché que sabía todo de mí, de mi familia, de mi vida, de mis antepasados, mientras que yo no recordaba nada.

—Sé para qué me está buscando, pero estoy seguro de que no le gustará para nada descubrir la verdad.

—Eso déjemelo a mi querido Sacristán.

Sacó un cofre bastante empolvado.

—Aquí está todo lo que usted está buscando, solo que para abrirlo deberá matarme porque yo no le voy a entregar la llave.

Un rayo cayó en la iglesia. Las imágenes iban, venían, y pasaban por mi mente con una crueldad despiadada, veía sangre, muerte, dolor, gritos, llanto, explosiones. Mi cabeza quería reventarse.

Sabía que era el sacristán el que estaba produciendo esas imágenes en mi cerebro. Así que le grité:

—¡Para! ¡Para! que me vas a reventar la cabeza en mil pedazos. ¡Yo sé que tú sabes todo de mí, así que dime de una vez por todas quién soy y qué hago en este pueblo de mierda!

—Un engendro del demonio como tú, no puede profanar este sitio santo.

Me sentía aturdido, todo me daba vueltas, me sostuve del atril para no caerme, al lado en la mesa donde se celebra la misa vi un periódico, inmediatamente lo tomé en mis manos, era un periódico descuadernado, amarillento, que olía a moho, viejo y quebradizo. Cuando lo tomé, de milagro no se me deshizo entre las manos. Me puse a observarlo y vi mi fotografía en esa página. ¡Ese era yo! ¡Estaba seguro!, pues coincidía con la imagen que había visto

reflejada en el espejo de la sacristía allí mismo el día anterior y en el espejo de la casa de Doña Margarita. La letra estaba deteriorada, pero yo con mucho esfuerzo pude leer la noticia:

—La bomba que paró el tiempo en Puerto Tenebria — lo leí en voz alta.

La explosión de la bomba Atómica se registró a las 8:15 de la mañana. El protagonista de la foto es Leonel Castilblanco el mayor terrorista de los últimos tiempos. Su muerte se da en el lugar de la explosión. El pueblo de Puerto Tenebria queda prácticamente destruido al acabar con la vida de miles de personas como consecuencia de este hecho. En la fotografía se aprecia la enorme nube de humo, resultado de los enormes incendios masivos.

—¡Dios, ese soy yo!

Pero, ¿qué fecha tenía ese periódico que estaba ya desecho? Efectivamente, cuando lo miré, quedé desconcertado, ese periódico estaba fechado el 1 de septiembre de 1.945.

—Dame las llaves de ese cofre.

—No te las daré, porque ese cofre ha permanecido cerrado hasta hoy, nunca has podido abrirlo y hoy tampoco lo harás. Tu castigo es errar por el mundo como un alma en pena.

Me llené de ira, tenía que acabar con esta incertidumbre. Le arrebaté el cofre al sacristán y lo estrellé contra el piso. Al caer, me di cuenta de que allí solo había hojas deshechas por el paso de los años, solo quedaba una foto envejecida en la que muy claramente vi que era Margarita. En ese momento todo el pueblo de Puerto Tenebria tembló, y comenzó a caer escombros, se fue la luz, todo quedó completamente oscuro.

Una cantidad de imágenes pasan como una película por mi mente. Sé que estoy de regreso. Recuerdo todo perfectamente. Llegan hasta mí, recuerdos de mi niñez, mi adolescencia, mi matrimonio con margarita, el fallecimiento de mis padres, de mi abuela. De mi familia solo quedé yo, sobreviví a la desgracia, tocándome enfrentar un nuevo escenario de vida y sacar fuerzas de donde ya no tenía para seguir avanzando. Fue la época más desdichada de mi vida

y todo lo que me condujo a ser el hombre tan despreciable que llegué a ser. Observo a mi alrededor y veo que estoy de nuevo en donde me desperté, a las puertas de lo que fue el cementerio de Puerto Tenebria, de donde nunca debí haber salido, me siento exhausto, limpio el sudor de mi frente con mis manos torpes y cansadas.

Me doy cuenta de que la mañana está casi tan oscura como la noche y llueve a cántaros, siento el corazón desbocado como si se me quisiera salir del pecho. La cicatriz que tengo en cuello me duele más que de costumbre, pero ese dolor ya desaparecerá para siempre, porque todo, ya está hecho.

Levanto la mirada y veo a mi Margarita, mi amor eterno, esa que nunca me ha desamparado, ni en la vida, ni en la muerte.

—Margarita, cómo quisiera comenzar de nuevo.

—Leonel, ¡no quiero perderte! No encuentro explicación a esto.

—¡Tranquila! Hay cosas que están ahí, aunque no las creas y de verdad existen. Mírame yo soy una de ellas, ya

cumplí, ahora debo partir de nuevo y ahora sí, ¡para siempre! Es hora de descansar en paz.

Es tanto el dolor que caigo inconsciente otra vez sumido en ese sueño profundo que durará otros tantos años más.

Leonel, es un retornado del caos, un muerto viviente de 1.945 esa época de la segunda guerra mundial. Cada diez años sale en busca de su alma, está condenado a caminar el resto de la eternidad, condenado a vagar sin rumbo alguno, como un muerto viviente.

